HORACIO CASTELLANOS MOYA

Cornamenta



RANDOM HOUSE

HORACIO CASTELLANOS MOYA

Cornamenta



RANDOM HOUSE

Pues vale la pena que sepáis los amigos del adulterio cuántos trabajos os aguardan, y cuántas amarguras envenenan los placeres que gozáis rara vez a costa de crueles peligros.

QUINTO HORACIO FLACO
(*Sátiras*, Libro primero, II)

No es el crimen sino su anunciación lo que hace palidecer a los hombres.

CHRISTA WOLF
(*Casandra*)

PRIMERA PARTE

TARDE Y NOCHE DEL VIERNES

(San Salvador, 25 de febrero de 1972)

1

Que cómo un hombre casado, con familia y vida pública respetables, se enreda en líos fogosos, más propios en el joven rebosante de testosterona que en alguien que ya alcanza la cincuentena, es algo que ni el propio Clemente Aragón entiende, ni pretende entender, porque la vida ni de broma se detiene y más bien empuja sin cesar, como en este instante, cuando abre los ojos en medio de la penumbra, tendido en la cama, y oye los pasos de Esther que avanza por el corredor hacia la cocina, y que de un momento a otro exclamará: ¡Es la una y media, viejo! No importa cuantas veces a lo largo de los años le haya repetido que él despierta por sí mismo de la siesta, el reloj en su mente es cronométrico, afinado desde hace décadas, desde mucho antes de conocerla, ella podría evitarse ese grito, él no necesita ser despertado, que en realidad el hecho de que ella pretenda despertarlo le exacerba los nervios, le obliga a preguntarse cómo puede convivir con un ser que es incapaz de comprender un asunto tan sencillo, una mujer que no escucha sino que imparte órdenes, que eso es en el fondo lo que sucede, necesita gritar que es la una y media para sentir que ella le está dando la orden de despertar, como en efecto hace en este instante, cuando él ha salido ya de la cama y se está desabotonando la camisa del pijama, prenda que ha usado desde siempre para tomar la siesta, aunque sólo sea una pestañita de veinte minutos, el ritual debe ser

seguido al pie de la letra: una vez que termina de almorzar, fuma un cigarrillo en la mesa con el café mientras supervisa que los niños hayan acabado hasta el último resto de comida en sus platos, luego pasa al lavabo a enjuagarse la boca, entra a la habitación a ponerse el pijama, cierra las persianas y se tiende en la cama para que uno de los niños o la misma Esther —si no hay nadie más a disposición— se pare a un lado a hacerle piojitos, hasta que él comienza a roncar, casi enseguida, sin que le hagan piojitos no hay siesta posible, como si el cosquilleo en su cuero cabelludo fuese un somnífero de efecto inmediato y contundente.

Y entonces se impone el silencio en la casa, porque los veinte minutos de la siesta de Clemen son sagrados: los niños salen al patio a jugar en silencio, la televisión enmudece, y Esther y Fidelita, la sirvienta, caminan en puntillas, temerosas del enojo que acomete a Clemen si por algún ruido es despertado, que hasta los niños controlan sus voces con tal de no padecer el castigo de quedarse encerrados en casa durante la tarde, sin poder salir a jugar futbol a la calle con los amiguitos de la colonia, si su imprudencia rompe la siesta de su padre.

Se está abotonando la camisa blanca cuando Esther irrumpe en la habitación y se dirige directamente a subir las persianas, mientras le advierte, como cada día, «¡No se te vaya a hacer tarde, viejo!», sin que le importe la carretada de veces que le ha dicho que no necesita que nadie le esté marcando el paso, y que se lo haya dicho varias veces a los gritos, cuando tenían muy poco tiempo de haberse casado. Desde entonces él supo que esta mujer era incorregible, que se pasaría el resto de la vida dándole órdenes, indicaciones, y que lo más prudente era desentenderse, no hacerle caso, pensar que estaba tratando con una lora que repite la misma cantaleta, la única forma de evitar un endiablado y permanente pleito con ella. Pero

una cosa es lo que se decide en la mente y otra muy distinta cómo reacciona el carácter. Lo sabe en carne propia Clemen, que cada orden de Esther le produce una pequeña agrura, no sólo en su estado de ánimo, sino también en el estómago, y no tiene la menor duda de que su gastritis procede del amargor que traga cada vez que la escucha, y no de los cuarenta cigarrillos que fuma diariamente.

Ha entrado al cuarto de baño a lavarse el rostro, a peinarse, a acomodarse la corbata, cuyo nudo rara vez desata al mediodía, sino que sólo afloja, cuando de súbito recuerda a Blanca, la subrepticia llamada telefónica que le hizo a la oficina al final de la mañana, con ese mensaje críptico —«Mi hermana Margarita me dijo que ha visto a la venta un encendedor adornado con una katana, por si te interesa que te lo compre»—, una llamada que sólo puede significar que el general sospecha del enredo entre ellos. Permanece con la mirada fija en el espejo sobre el lavabo, perplejo, ajeno al reflejo de su rostro, con un acceso de miedo que le reseca la boca, le aprieta las tripas, un miedo que no sentía desde hace muchísimos años, porque de pronto tiene la certidumbre que el general lo hará pagar por los cuernos que le ha encaramado. Sacude el rostro, despabilándose, en el momento mismo en que Esther se ha detenido a la entrada del cuarto de baño, que él olvidó cerrar la puerta, y le dice con cierta suspicacia: «¿Qué te pasa, niño? Como si hubieses visto al diablo». A lo que él responde, humedeciéndose levemente el cabello, mientras trata de recuperar el control, que ese tinte ya no le funciona como antes, las raíces del cabello comienzan a aclararse muy pronto, buscará una nueva marca, y enseguida se unta un poco de vaselina y procede a peinarse con la mayor atención, el cabello brillante echado hacia atrás, hasta dejarlo impecable, en tanto que Esther continúa su paso hacia la sala, seguramente con un rictus de

burla, que a ella le parece ridículo que él se tiña el cabello y el bigote, más guapo se miraría con canas, eso le parece a ella, pero a él qué va, cumplió cincuenta y cinco años dieciocho días atrás y ella apenas llegará a los treinta y dos, con esos veintitrés años de diferencia no quiere que lo confundan con su padre, por eso se tiñe el cabello, para que cuando caminan juntos por la calle nadie se atreva a llamarle suegro, eso le ha dicho, gracejo, pero para sí piensa que si se dejara las canas más difícil le sería seducir a las que ha seducido en los años recientes, y que las canas para nada le lucen, para ser sincero, sólo esas pocas que se deja en el bigote, hacia el extremo derecho, que lucen como un lunar y hasta atractivas parecen, como galán de cine mexicano, se lo dijo hace poco Brenda, su secretaria, la trigueña más rica que se ha llevado a la cama en los últimos tiempos.

Entra al dormitorio, se pone un cigarrillo en la comisura de la boca, toma el saco de la percha y se dirige a la sala, donde Esther yace en un sillón y hojea el periódico con el ceño fruncido. «Tené cuidado cuando regresés, que se puede poner feo en la calle si la Asamblea elige hoy al presidente —le advierte, mientras Clemen se inclina para tomar un encendedor con forma de pistola de la mesa de la sala y prende el cigarrillo—. La oposición va a hacer bochinche», dice ella con expresión de repugnancia. Claro que se pondrá más fea la calle, él mismo se lo ha dicho, no en balde atiende al grupo de Alcohólicos Anónimos al que pertenecen miembros del Alto Mando militar, no tendría ella que estárselo repitiendo como si lo supiese por la lectura de las noticias, si gracias a él lo sabe de primera mano, pero más feo se le pondrá a él si el general sospecha de su acostón con Blanca, algo en lo que no quiere pensar en este momento, cuando devuelve el encendedor a la mesa de la sala adornada precisamente con parte de su colección de

encendedores, los más vistosos, como esa pistola que tira la llama por el eyector de cartuchos, o la granada color plomo que la tira por la espoleta o el pequeño dragón al que se le presiona la cola para que escupa el fuego por sus fauces o la daga árabe que al sacarla de la vaina, en vez de la hoja, tiene el mechero, una daga que con violencia empuja a Clemen al recuerdo de la llamada telefónica, porque fue precisamente la espada japonesa —llamada katana— que adorna una pared en casa del general, y que le fue regalada durante una visita oficial a Tokio, la que inspiró a Blanca para la ocurrencia de que en caso de que hubiese peligro de ser descubiertos usaran la palabra clave katana, como hizo ella esta mañana. Clemen permanece absorto unos segundos; Esther lo ha quedado mirando y le dice con sospecha: «Te veo raro, niño. —Y enseguida, alzando el cachete izquierdo, le reclama—: ¿Y mi beso?».

Clemen se acerca obediente a darle el beso de despedida, mientras ella grita: «Niños, vengan a decirle adiós a su papá». Y Erasmito y Alfredito corren desde el patio, donde estaban a la espera de que den las dos de la tarde para poder salir a jugar futbol a la calle, a darle sendos besos a su padre.

Con el pitillo humeante de nuevo en la comisura de la boca y el saco colgando de su dedo por la espalda, Clemen sale a la cochera y hasta ahí escucha la voz de Esther recordándole que en la tarde irá a la casa de Enriqueta a la reunión de las Al-Anón, un club de mujeres de alcohólicos anónimos que se reúnen una vez a la semana para chismear, tomar café y hacer vida social, que Blanca pasará por ella para ir a la cita, pero él debe recogerla a las 5.30 en la casa de Enriqueta, cómo no, si es ahí donde él espera encontrarse un momento a solas con Blanca para que le cuente lo que ha sucedido, el significado del soplo matutino que lo mantendrá con los nervios alterados hasta que tenga información suficiente para valorar la

situación y que, de ser necesario, le permita construir una coartada, algo de que asirse antes de encontrarse con el general en la reunión de compañeros AA programada para la tarde del siguiente día.

Acomoda el saco en el asiento trasero del Austin Mini Cooper rojo, modelo 1967, que yace flamante en la cochera, el auto que es su sello distintivo, audaz, coqueto, al que sus colegas ven con envidia o suspicacia, un coche propio de un playboy o un gigolo, no de un padre de familia, distinguido directivo de los alcohólicos anónimos en el país, del que se esperaría un poco más de templanza. Pero quien tendría que protestar, Esther, no lo hace, al contrario, disfruta de ser conducida en un carro que llama la atención, comparte con Clemen el andar pizpireto, y tampoco le incomoda la estrechez en el auto porque ella es de corta estatura, cortísima, a un jeme de ser enana, se le burla Clemen en las narices, y cuando alguna amiga le pregunta si no se siente incómoda en un coche tan chico, Esther dice que para nada y desenvaina los argumentos que Clemen blandió entusiasta cuando se abrió la posibilidad de comprarlo: el Mini Cooper gasta poquísima gasolina y puede ser estacionado con facilidad en cualquier espacio. Y a ella le encanta presumir que se lo compraron por una bicoca a su compadre hondureño Ricardo LaChapelle, el millonario homosexual que levanta barullo entre los pudientes de su patria por su escándalo y libertinaje —aunque nada puedan ante el peso de su abolengo y riqueza—, como si Clemen y ella hubiesen hecho la cabuda con sus propios fondos, cuando fue el padre de Esther, el abogado Mira Brossa, quien puso la plata para complacer a su hija única y consentida.

Sale en retroceso de la cochera, con las ventanillas abiertas, pues a esa hora de la tarde, luego de un par de minutos en la calle, bajo el sol demoledor, el auto se convierte en una caldera y, vaya la mala suerte, carece de aire acondicionado. Baja hacia la Veintinueve

Avenida Norte. Luego del arrancón inicial apaga el motor y pone la palanca de velocidades en neutro, a fin de que el auto avance como un planeador en esa bajada, sin gastar gasolina. Así ha conducido siempre, y se enorgullece de ese mínimo ahorro, que sólo puede hacer cuando se dirige hacia la oficina, en ese corto trayecto de cinco cuadras, pues luego la ruta es cuesta arriba, pero cuando viene de regreso a casa puede aplicar su forma de ahorro en la mayor parte del trayecto. Lleva el cigarrillo en la mano derecha, entre los amarillentos dedos índice y cordial, el codo izquierdo de fuera, apoyado en el borde la ventanilla, y el embrollo con Blanca pegoteado a su mente, aunque él se diga que de nada vale preocuparse ahora, mientras no tenga la información precisa sólo conseguirá alterarse inútilmente, en vez de poder afinar la coartada que lo saque de un enredo que podría costarle muchísimo, una paliza o hasta la vida. ¿Qué sabrá el general? ¿Será posible que Rosa Inés se haya ido de la lengua? La cobertura parecía impecable. ¿Algún descuido de Blanca o el olfato del viejo zorro? Ha comenzado a sudar mientras conduce sobre la Veinticinco Calle Poniente, pasa frente a la embajada de Estados Unidos y espera a que le cedan el paso en el redondel la Fuente Luminosa. No debió haberse metido con ella, qué bruto, debió haberse negado, pero cómo se le dice «no» a una mujer así, imposible, menos cuando fue ella la que tomó la iniciativa de forma contundente con ese beso que le estampó sorpresivamente en la cocina de la propia casa de ellos, de Blanca y el general, mientras él se servía una taza de café y ella se acercaba como si también fuese a hacer lo mismo, con el ruido de fondo del grupo de mujeres Al-Anon en plena cháchara en la sala, un beso fogoso, atrevido, sin palabras previas, que lo dejó estupefacto, y mucho más cuando ella le tomó la mano y se la puso entre sus piernas, sin dejar de besarlo, ella misma se levantó el vestido para

que él palpara carne y pelo, que no tenía calzón, evidencia de que nada era fortuito, y que aquellas mirada furtivas que a veces entrecruzaban respondían al ardor y no a la pura coquetería; pero con el mismo sigilo con el que se había acercado ella se retiró hacia la sala donde las otras mujeres, incluida Esther, charlaban entre galletitas y refrescos. Quedó él tan anonadado, feliz por la carne que había palpado y se le ofrecía, pero consciente del grave peligro que había corrido si alguien se hubiese asomado, que tardó un par de minutos en volver en sí, en regresar a la sala donde las mujeres ya estaban de pie listas para retirarse y él le echó el brazo sobre los hombros a Esther mientras se despedían y luego caminaron hacia el Austin Mini Cooper.

Tiene que dejar de pensar en ello, si no irá obsesionándose cada vez más y no podrá concentrarse en los asuntos de la oficina, se dice mientras espera la luz del semáforo en el cruce de la avenida Roosevelt, y aprovecha para sacar otro cigarrillo del paquete que siempre lleva presto en el bolsillo de la camisa, lo enciende con la colilla del anterior, que luego tira a la calle, y aspira el humo con fuerza, para sacarse la ansiedad que le cuece el pecho.

Entra al estacionamiento del Canal 3 unos minutos antes de las dos. Don Felipito, el portero del estacionamiento, siempre lo saluda con entusiasmo como si de una estrella se tratara, lo que a Clemen le parece de lo más natural, no en balde durante cuatro años tuvo un programa cómico, «El show de Ño-Canuto», muy popular en su época, hace ya quince años, cuando la televisión recién comenzaba a entrar al país, por eso don Felipito recuerda esos tiempos y lo trata como la estrella que fue, pero que dejó de ser cuando tuvo la oportunidad de pasar al área de publicidad y ganar más dinero, porque eso de ser artista cómico en la televisión salvadoreña no sacaba de apuros a nadie, en tanto que como ejecutivo de ventas no

se hará rico, pero gana mucho mejor y le permite mantener un nivel de vida que de otra forma hubiera sido imposible, aunque reconozca que un empujoncito hacia arriba, si no empujonzote, se lo debe a su suegro, el abogado, el padre de Esther, don Erasmo, quien no sólo apoquinó la mayor parte de la prima para la compra de la casa, sino que mandaba dinero cada vez que a su hija se le ocurría que necesitaba una novedad electrónica para la cocina, hasta que se desató la guerra entre El Salvador y Honduras, tres años atrás, y Esther se quedó sin recibir sus ayuditas porque don Erasmo vive en Honduras y su hija en El Salvador con su marido salvadoreño, y resulta que estos dos países vecinos no sólo se fueron a la guerra sino que hasta ahora no han mostrado interés en reestablecer relaciones de ningún tipo. Una guerra que, además, los expulsó de pronto del mundo diplomático, porque a Esther su padre le había conseguido el cargo honorario de vicecónsul de Honduras en El Salvador, que no les reportaba ingresos, pero sí estatus, gracias al cual eran invitados a recepciones y tenían prebendas diplomáticas, lo que ahora no sucede, aunque Esther mantenga su círculo de amistades por cuenta de su simpatía y nadie la moleste por su nacionalidad, en parte por la popularidad de Clemen, y en parte porque al final de cuentas fueron las tropas salvadoreñas las que vencieron a las hondureñas en un ataque relámpago de cien horas.

Sale del Mini Cooper, se pone el saco y enfila, bajo el hirviente sol, hacia la entrada del edificio, no sin antes sacarse del bolsillo del pantalón el caramelo de naranja que le entrega en mano cada tarde a don Felipito, quien siempre dice «Muchas gracias, don Clemen», y se apura a abrirle la puerta de entrada, como ahora mismo hace, cuando Clemen penetra a la frescura del aire acondicionado que lo llevará por el pasillo hacia su oficina, mientras don Felipito se guarda el caramelo en el bolsillo como hace cada día, pues prefiere comerlo

al final de la tarde cuando va en el autobús camino a casa, como si fuese el incentivo postrero del día que le da el empleo, porque los caramelos de Clemen ya son parte de la empresa, los compra a montones y él mismo con frecuencia paladea uno, desde que dejó de beber ocho años atrás, desde que se convirtió en activista y luego en directivo de AA los caramelos lo han acompañado en la vida, su compensación de azúcar, tiene una fuente llena sobre su escritorio en la oficina y otra en casa resguardada en su habitación por Esther para que los chicos no se atiborren, en especial antes de los tiempos de comida, que si en algo es inclemente Clemen, si en algo su carácter se mantiene firme —aparte de su abstinencia alcohólica— es en la aplicación de la orden de que los niños deben dejar su plato limpio en cada tiempo de comida, ni la sirvienta puede recogerlo ni el niño puede salir de la mesa hasta que haya consumido toda su ración, demasiada hambre corre por el mundo, y por la zona marginal contigua a la colonia donde viven, como para que el mínimo desperdicio sea permitido.

«Un dulcito para la mujer más bella de esta empresa», dice en voz baja, coqueto, con un guiño, mientras le tiende el caramelo a Brenda, quien lo toma con indiferencia, como si nada hubiese oído del piropo, y le recuerda que a las 2.30 tiene que llamar a la agencia Lemus para tratar lo del comercial de la nueva chocolatina de la leche Foremost. Clemen entra a la oficina, acomoda el saco en la percha y toma su agenda para revisar lo que debe tratar con el Cusuco Lemus, pero le cuesta concentrarse, que desde la llamada de Blanca su mente tiene una parte ensombrecida que le exige redoblar su atención, aunque espera que el mensaje de Blanca haya sido sólo un llamado a la cautela, un llamado a congelar por un tiempo la relación que tan bien había comenzado, porque eso fue lo que ella le dijo esa tarde, tres días atrás, metidos por fin en la cama, que a la

menor cosa extraña por parte del general ella lo llamaría y mencionaría algo relacionado con su colección de encendedores, que la pasión de Clemen por coleccionar encendedores era conocida por todas sus amistades y hasta por sus compañeros AA, y la llamada telefónica al Canal resultaría explicable en cualquier circunstancia, un mecanismo de alarma concebido por ella y ante el que Clemen mostró admiración mientras yacía en el lecho luego de consumar su jadeo. Pero la pregunta que acosa a Clemen es si el general cuenta con alguna prueba, si ellos, pese al extremo cuidado que habían puesto en su encuentro carnal, dejaron algún rastro, algún cabo suelto o indicio que desatara la sospecha y el celo del militar, o si sencillamente Rosa Inés, la hermana menor de Blanca, se olió el chisme y se fue de la boca.

Y por ahí va la mente de Clemen mientras tiene frente a sus ojos la agenda en la que apuntó lo que tratará en la llamada telefónica que hará al Cusuco Lemus en veinticinco minutos, que lo mejor hubiera sido visitarlo, tomar el Mini Cooper y enrumbar hacia la agencia de publicidad, como hace cada vez que comienzan a negociar un contrato, pero en esta ocasión son nada más detalles y correcciones, por eso planeó hacerlo por teléfono, no podía prever que la alerta de Blanca irrumpiría este viernes; salir a la calle le relajaría el ánimo, le permitiría llevar sus pensamientos por otro camino, en vez de permanecer enclaustrado en esta oficina bajo el acecho de la tensión, del desasosiego del que ahora es víctima. Observa el escapulario del Cristo Negro de Esquipulas que yace bajo el cristal que protege su escritorio, un escapulario igual al que cuelga de su pecho bajo camisa y camiseta, la estampita del Cristo Negro cubierta por un plástico y con una fina cuerda verde, escapularios que también tiene en cantidad suficiente para obsequiar a cada compañero de nuevo ingreso a uno de los grupos AA que él atiende,

a quienes les dice con absoluta convicción que deben encomendarse al Cristo Negro de Esquipulas para que los ayude a mantenerse abstemios durante veinticuatro horas y los proteja de la tentación, y se lo dice por experiencia propia, el Cristo Negro ha sido su protector desde que se convirtió en alcohólico anónimo, nunca ha recaído gracias a que reza al escapulario cada vez que tiene ocasión, pero deben encomendarse con fe, con el corazón para que la voluntad no flaquee, como hace él, eso les dice a los compañeros de nuevo ingreso cuando les entrega el escapulario, lo que no les dice es que a él también lo salvó de ser capturado y puesto frente al paredón de fusilamiento cuando el golpe de Estado de 1944 contra el brujo maldito, el dictador Hernández Martínez, eso lo saben sus viejos amigos, incluido el Cusuco Lemus, que a los compañeros de nuevo ingreso les puede causar inquietud el hecho de que él haya estado metido tan a fondo en una conspiración militar para derrocar al dictador, aunque eso haya sucedido veintisiete años atrás y entonces todo el mundo apoyaba el golpe, sería contraproducente que los compañeros de nuevo ingreso supieran de ello, una recomendación que le hizo el propio Bill Wilson en Nueva York, el gran jefe del movimiento mundial contra el alcoholismo, y se lo recomendó precisamente en la visita de Clemen a esa metrópoli, luego de que le entregara en mano el escapulario y le contara la historia de cómo el Cristo Negro lo había protegido en su fuga una vez que el golpe militar fue derrotado. Fue en esa ocasión cuando les tomaron la foto que está ahora a espaldas de Clemen, en el librero de la oficina, una foto en que aparecen ambos de pie, sonrientes, con traje y abrigo, el gran jefe gringo y su delegado salvadoreño, una foto de la que Clemen tiene tres copias debidamente enmarcadas: ésta de la oficina, otra en la sala de la casa —en un lugar destacado de la mesa donde yacen los retratos

familiares—, y una tercera en el pequeño despacho en la sede central de los AA en la colonia Centroamérica. ¿Qué habrá hecho Bill con el escapulario? Se hace a un lado la corbata, se toca el pecho con la palma de la mano para sentirlo por sobre la camisa y la camiseta, y mantiene la mano pegada mientras le ruega que lo ayude, que nada sepa el general de su devaneo con Blanca, que de nada se entere, pues sólo serviría para hacer daño a todos —al general, a Blanca, por supuesto a él y quizá hasta a su familia, si Esther llegara a enterarse—, y murmura «Divino Cristo Negro, protégenos», con la mano en el pecho, presionando el escapulario a la altura del corazón, prometiendo enmendarse y no volver a caer en la tentación, y con los ojos cerrados, repite varias veces la letanía.

Entonces Brenda abre la puerta de la oficina sin anunciarse, descubre a Clemen en pleno rezo, pero ni ella detiene su paso ni él termina su letanía, que no es la primera vez que lo sorprende con la mano en el pecho sobre el escapulario, ya sabe ella que a veces ruega por un compañero que ha recaído, para que el Cristo Negro le ayude a volver a la senda de la abstinencia, pero que el rezo es muy corto y ella puede entrar sin problema, no lo interrumpe, como ahora mismo, cuando Clemen abre los ojos y la ve acercarse, comedida, a la espera de que él se incorpore, con ese cuerpazo trigueño solapado con astucia, siempre holgadas la falda y la blusa, que tan sabe lo que tiene que no necesita alardear, y el rostro de cervatilla arisca, asustada, detrás del cual también esconde lo suyo, la voracidad con que arremete a la carne contraria, los gemidos y exclamaciones que tanto lo excitan, un recuerdo de una semana atrás en el motel que en otra circunstancia se abriría paso relampagueante en la mente de Clemen y lo calentaría, pero no ahora cuando el pensamiento de que Brenda viene a decirle que también su marido sospecha del enredo que se traen entre piernas

lo aturde por un instante, así está de afectado, hasta que ella le anuncia que don Moris quiere reunirse con él en el acto, lo está esperando en su oficina. «¿Qué querrá Moris?», se pregunta en voz alta. Brenda se alza de hombros y da la vuelta rumbo a su escritorio, momento en el que Clemen, repuesto de su ruego y contrición, contempla el trasero que se ha comido con tanto regocijo, solazándose en el recuerdo, pero enseguida se recrimina la estupidez de que no le haya bastado con esta hembra hermosa que lo complace sin causarle problemas y que por gula se haya enredado con Blanca, como meterse a ciegas en un campo minado.

Tiempo atrás, Moris, el Borlaco, el gran jefe, venía a su oficina o lo llamaba directamente a su teléfono cuando quería conversar con él; ahora, desde que contrataron a Brenda, es a ella a quien llama para que le dé el mensaje. Borlaco pícaro, como si no tuviesen más de veinte años de conocerse, como si Clemen no supiese que le quisiera chupar los huesos a la trigueña, seguramente ya sospecha que Clemen es el suertudo, pero él la tendría muy difícil, habida cuenta de que la mujer del Borlaco, María Teresa, lo mantiene flanqueado por una vieja secretaria y por el chófer, que ella es accionista de la empresa y aparece cuando se le antoja, y lo primero que hace al llegar es ponerse a conversar con su amiga Juanita, la secretaria del Borlaco, y no es lo mismo escapar de la oficina para echar un polvito con la secretaria cuando uno es ejecutivo sin cola que lo siga, que cuando se es el gran jefe, el dueño de los dos canales de televisión del país, tan poderoso y podrido en plata que no puede moverse sin la cuadrilla de guardaespaldas que lo protege. Apenas dos años atrás el Borlaco tenía más chance de darse sus escapaditas, que a veces hasta salía sin chofer, pero desde que apareció la guerrilla comunista y secuestraron y mataron al más rico de los ricos la situación cambió, no vale la pena arriesgar la vida por un polvo que

se puede echar con facilidad en sus frecuentes viajes a la Ciudad de México, Los Ángeles y Miami. Esto lo supone Clemen, ninguna confidencia tiene en mano, que el Borlaco es cada vez más inaccesible, y sólo pueden hablar cuando éste lo convoca, como ahora.

—¿Qué te cuentan tus discípulos, los uniformados? —le pregunta Moris desde el escritorio, sin levantar la vista del papel que lee, refiriéndose a los jefes militares que Clemen atiende en sendos grupos de AA, a algunos de los cuales el Borlaco también frecuenta, pero por motivos muy distintos, que mira con desdén el activismo de Clemen como pastor de almas etílicas y se rebaja a tratar con los chafarotes sólo para que le garanticen que ningún comunistoide como Napoleón Duarte vendrá a estorbar sus negocios, que mantendrán a la turba a raya.

Clemen se dispone a responder, pero Moris añade:

—Hoy en la tarde elegirán presidente a tu coronel Molina —y se reclina en su silla mientras Clemen toma asiento y enciende otro cigarrillo, que el anterior se le quedó en el cenicero de su oficina.

—Capulina —exclama Clemen con sorna, refiriéndose a un cómico mexicano regordete y con un grueso bigote, muy parecido a quien se convertirá en nuevo presidente de la República, y enseguida remeda, guasón, los gestos y el tono de voz del candidato militar—: ¡Salvadoreños!…

—Los pescados y los comunistas saldrán a hacer escándalo a las calles —lo interrumpe Moris.

—No les queda de otra —dice Clemen.

Hablan de política cada vez que se reúnen. Ambos coinciden en que las elecciones las ganó la alianza de los democristianos (a los que se conoce popularmente como «pescados»), socialdemócratas y comunistas, encabezada por Duarte, y que los militares a puro

fraude lograron el empate, a sabiendas de que controlan la Asamblea Legislativa por mayoría absoluta y esta tarde procederán a elegir al coronel Molina como presidente, a quien Moris describe como un asno al que tendrán que darle mucho palo para que avance, pero mil veces preferible a un exaltado mesiánico e impredecible como Duarte, que además tendría que darles una tajada de poder a los comunistas que forman parte de su alianza. Clemen coincide con su jefe, como ha coincidido con sus jefes desde hace muchos años, cuando aprendió que no vale la pena arriesgar el pellejo por la política y que lo mejor es seguirles la corriente a los que mandan, y si algo critica, lo hace a manera de chanza, que el humor aplicado a los otros a nadie molesta. Moris dice que habrá cadena nacional a las 7.00 pm, no se anuncia aún, pero una vez que haya concluido la elección en la Asamblea se anunciará, por lo que Clemen debe advertirles a los clientes que reprogramarán sus comerciales, y le indica que la campaña de lanzamiento de la nueva chocolatina de Foremost debe posponerse para la próxima semana.

—En un rato hablaré con el Cusuco Lemus —dice Clemen. Y luego pregunta—: ¿Cómo crees que reaccionará el Loco Duarte?

—Como cabro loco —dice Moris y vuelve al documento sobre el escritorio, no sin antes hacerle un gesto a Clemen para que se retire.

Ya no conversa el Borlaco con Clemen como años ha, cuando comenzaba con el primer canal de televisión y se reunían a diario para chismear y a veces hasta salían por una copa, en ese entonces en que Clemen bebía como endemoniado, pero a medida que el Borlaco fue creciendo, fundando nuevas radios y otro canal, haciéndose más y más rico, la distancia entre ellos fue creciendo, porque Clemen era nada más otro empleado, y ya se sabe que quien nace para maceta no pasa del corredor, una brecha que se hizo abismo cuando el Borlaco se casó con María Teresa Gutiérrez, hija

de una de las más ricas familias cafetaleras del país, quien lo ha llevado de la mano a la cúspide de la sociedad, por eso Clemen no insiste en la continuación de la charla, sino que sale como entró, agradecido de que el jefe aún lo llame en privado a su oficina y no lo trate sólo a través de la secretaria, como hace con la mayoría de los demás empleados.

Pasa frente a Brenda cuando ésta le dice que acaba de llamar el asistente del general Aguirre, que la reunión de mañana en la casa del general Gutiérrez ha sido cancelada, «que usted entenderá», y lo dice con un gesto de preocupación, porque ella también está al tanto de que esta tarde puede haber disturbios en el centro de la ciudad, que ya pasaron cinco días desde que se celebraron las elecciones y se dice que hoy elegirán al presidente, tan al tanto está que quisiera pedir que le permitieran salir antes de las 6.00 de la oficina, no quiere quedar atrapada con los bochinches en el centro, donde le toca cambiar de autobús, pero no se atreve a hacer la petición porque no es Clemen quien decide sobre eso sino el gerente, un enano mal encarado.

—¿Quiere que lo comunique? Aún tiene tiempo de hablar antes de la llamada con la agencia Lemus —pregunta ella.

Pero Clemen se ha quedado como pasmado, que lo que antes le hubiera parecido lo más natural del mundo, la llamada del asistente del general Aguirre para anunciar la cancelación de la reunión del grupo de alcohólicos anónimos que se realizaría en casa del general Gutiérrez, ahora le parece sospechosa, por eso inquiere si no se ha confundido ella de asistente, a lo que Brenda responde que de ninguna manera, no es la primera vez, y ella jamás confundiría al subteniente Hasbún con el subteniente Espinosa, pues aunque nunca ha tenido el placer de conocerlos, sus voces son radicalmente distintas, la una ronca y la otra chillona, por si más especificaciones

pidiese Clemen. Pero éste le dice que no hay necesidad de corresponder la llamada en este momento y prefiere seguir camino hacia su escritorio antes de que Brenda le note la preocupación, que lo último que quisiera es hablar ahora con el general Aguirre, mucho menos después de ese «usted entenderá» que para él no se refiere sólo a los disturbios políticos que puedan explotar al final de esta tarde, sino también al hecho de que el general no tiene ganas de ver ni pintado a aquel del que sospecha que le pueda haber encaramado los cuernos. Y mientras infructuosamente trata de concentrarse en el asunto que abordará en la inminente conversación con el Cusuco Lemus, lo aplasta un sentimiento de auto recriminación por haber cometido la estupidez de acostarse con Blanca, pero —gracias a una de esas triquiñuelas de la mente— de la culpa y el miedo pasa en un instante a la contemplación del placer, y logra mantenerse a flote aferrándose a la imagen del impresionante y brioso cuerpo desnudo, y de la mirada perturbadora con que ella lo atenazó mientras lo cabalgaba.

La campanilla del teléfono lo saca del ensueño. Y luego el Cusuco Lemus con tono estentóreo:

—Qué pasó, mi querido predicador, ¿cuántas almas húmedas has salvado en las últimas horas?

—Esperando por la tuya antes de que la cirrosis te encierre en el hospital, cabronzuelo —responde Clemen, que así se tratan, de tanta confianza y años de conocerse, pero precisamente por ello Clemen considera que el Cusuco es incorregible, un caso perdido, resiste el muy canijo tan bien la bebida que no derrapa lo necesario para pedir ayuda, y dice que es una estupidez abjurar de uno de los pocos gustos que tiene la vida, como si de pronto uno decidiera que coger le hace daño, que ha cogido en exceso, e ingresa a un grupo de cogedores anónimos, dónde se ha visto, que hasta los curas cogen,

y peor aún es dedicarse a convencer al prójimo de que se abstenga de coger, vaya ocurrencia, no sigás con ese rollo conmigo que no vas para ningún lado. Eso le dijo el Cusuco Lemus la primera vez que trató de llevarlo a una reunión del grupo AA, años atrás, cuando Clemen acababa de ingresar a la cofradía de abstemios y andaba entusiasmado tratando de emboletar a medio mundo, un entusiasmo que para nada ha perdido, al contrario, se le ha hecho oficio, pero con el Cusuco no pierde su tiempo, bien le conoce la necedad, su amistad es demasiado larga, íntimos desde la adolescencia, cuando cursaban el bachillerato en el colegio García Flamenco, y a los dos se las pelaba el estudio, se dedicaban más bien a la juerga y la francachela, y a las muchachas, cómo no, que del chupadero al puterío se la pasaron los años mozos, y también los que siguieron, aunque ya estuviesen casados, Clemen con su primera mujer y el Cusuco con la de siempre, hasta que Esther apareció en el mapa cuando Clemen ya había tocado fondo con el guaro y entonces se produjo la «deserción», como llama el Cusuco a la conversión de su amigo.

—Y entonces, ¿cuándo vamos con la campaña de la chocolatina? —inquiere el Cusuco Lemus.

—Este fin de semana se perderá en medio del alboroto —dice Clemen.

—Eso mismo digo yo, que tus amigos los chafas van a nombrar hoy como presidente a ese zopenco, según los rumores.

—Tenés oído de tísico —dice Clemen y enseguida repite lo que propuso Moris: que esperen hasta el lunes para valorar la situación y entonces decidirán la fecha.

—Al viejo Leret no le va a hacer gracia. Tenía ilusión de ver su nueva chocolatina al aire esta noche y ya sabés lo cerril que es.

Que Moris le dará una llamada al viejo Leret y todo tranquilo, le

dice Clemen, y que seguramente aprovechará para insistirle en que le venda acciones de la empresa Foremost.

—Ese Borlaco es voraz para hacer plata —comenta el Cusuco Lemus, y enseguida, sin transición, como si ya no hubiese que hablar más de negocios, le dice—: Esa tu secretaria está bien rica, mano. Ayer la vi por casualidad cuando caminaba a la salida del Canal. Qué culote, cabrón. Seguro que vos ya le estás aceitando las tuercas, ¿verdad?

Clemen sonríe para sí.

—¿Cómo creés? Por principio no meto la paloma en la nómina y más respeto que la señora es casada —responde, acariciando con sus dedos las puntas de su bigote.

—Ni que vos le pagaras… Pero, mirá, hace un momento, antes de que me pasara la llamada con vos, le propuse que se venga a trabajar conmigo, aquí va a ganar más que con el Borlaco, un chucho que paga salarios de mierda.

Clemen le dice que le baje a su calentura, y que mida sus palabras, los pueden estar escuchando, ahora con la agitación política el ejército graba todas las llamadas, y de inmediato se escabulle, que hablen otro día, debe reunirse con Moris. Y cuelga, incómodo, con un sentimiento de desagrado hacia el Cusuco Lemus, que la amistad ni que venga de lejos mantiene el frescor cuando el uno continúa en la dirección de siempre y el otro pega una voltereta y arranca en sentido contrario, que es lo acontecido entre ellos; y también con un sentimiento de desagrado hacia sí mismo, quién lo manda a decir por teléfono que el ejército graba las llamadas, una estupidez, cómo se le pudo ocurrir, el enredo con Blanca lo está haciendo perder el control. Pero el Cusuco Lemus no está bromeando, aunque lo trate de aparentar, con el tono guasón y dicharachero, que cuando se encapricha con una mujer es un peligro

y le puede ofrecer el cielo y la tierra a Brenda con tal de llevársela, el muy canijo.

Clemen levanta el auricular, le pide a la trigueña que venga a la oficina y cuando la tiene plantada enfrente le advierte, de forma amable —según él, más como amigo que como jefe y amante—, que no crea en los castillos en el aire que el señor Lemus le quiera vender, él lo conoce desde hace cuarenta años, tiene fama de enganchar a la gente y luego dejarla colgada de la brocha, que si le ofrece un puesto en la agencia de publicidad con mejor salario no le vaya a creer ni el bendito, que no sería la primera empresa con la que el señor Lemus se hunde por bebedor y parrandero, lo conoce al dedillo, mientras que el Canal 3 es una empresa sólida y estable, para toda la vida, y que tampoco le siga la corriente en nada porque la necedad es la principal tara de su amigo, que una vez que se le mete algo entre ceja y ceja, fastidia y fastidia. Brenda lo observa en silencio, al principio incómoda, molesta, pero luego con un dejo de picardía en el rostro, ante lo cual Clemen se pregunta si no estará más bien metiendo la pata, abriendo la curiosidad y el apetito de esta mujer que seguramente ahora piensa que él está celoso y tiene miedo de perderla ante el otro, una idea que antes le hubiese parecido una tontería, pero no en este momento, cuando le dice con impostada cautela que nada más quería prevenirla, y eso era todo, a lo que ella responde que pierda cuidado y se retira con ese dejo de picardía en la mirada. Clemen se queda pensando que los escrúpulos de Brenda cederán ante los embates del Cusuco Lemus de igual manera a como cedieron ante sus propios embates, y de ese pensamiento pasa en un segundo al recuerdo de Brenda gimiendo en la cama del motel, y de los gemidos salta a las deliciosas obscenidades que la trigueña exclama hasta llevarlo al paroxismo, y entonces siente rabia hacia ella por la sola posibilidad de que se le

entregue al Cusuco Lemus como se le ha entregado a él, la infidelidad es una rueda que no deja de girar, lo ha sabido él desde siempre. Agita su cabeza para sacarse esa idea de la mente, para controlar el celo que de súbito lo ha poseído, pero ya se sabe que perseguir una emoción para tratar de detenerla es negocio infructuoso, y sólo gracias de nuevo a la campanilla del teléfono logra salir del celo rabioso, que no de la inquietud, porque lo primero que sospecha es que la llamada tiene que ver con Blanca y el general.

2

Cuando la sirvienta abre la puerta de la casa de Enriqueta, Clemen entra apresurado, como víctima de una urgencia, y así se abalanza al hall donde las mujeres cotorrean frente a dos mesitas con tazas y platos, de cara al patio, y apenas asomando por el umbral, le hace señas a la dueña de la casa, tocándose el bajo vientre, de que pasará de inmediato al sanitario, como quien ya no aguanta las ganas, por lo que las mujeres ríen y hacen comentarios: «¡No te vayas a tropezar!». «A este le ha dado churria la noticia de que eligieron presidente al tal Molina», entre carcajadas y burlas, y como la fama de gracejo lo precede, se aprieta el bajo vientre y a toda prisa enfila hacia el fondo de la casa, y supone que Blanca ha entendido, no se requiere ser tan alcanzativa, y que unos minutos más tarde dirá que al ver las prisas de Clemen también a ella le han entrado las ganas de ir al servicio y lo seguirá en la ruta entre los comentarios burlones de las otras. Una vez encerrado en el sanitario, felicitándose por su estratagema que le permitirá estar un momento a solas con Blanca, permanece sentado sobre la tapa del inodoro, atento a oír el resonar de pasos acercándose sobre la loseta, tal como pronto sucede, por lo que procede a jalar la manilla del inodoro, luego se enjuaga rápidamente las manos y abre la puerta con cuidado, listo a hablar a hurtadillas con Blanca mientras ésta aparentaría que se dispone a entrar al servicio, pero entonces

Clemen tiene que recular y hacerse a un lado porque es Esther quien entra hecha un bólido, mientras exclama: «Me despertaste las ganas de orinar de sólo verte el apuro, niño». Clemen sale al corredor y permanece desconcertado unos segundos hasta que ve a Blanca cruzar el corredor hacia la cocina, y presto la sigue, que no se le presentará otra oportunidad esta tarde, sin pensar que la sirvienta pueda estar en la cocina, pero para su suerte, Blanca está sola, esperándolo, con un vaso en la mano y la puerta del refrigerador abierta.

—¿Qué te dijo? —pregunta entre dientes Clemen, ansioso, desde el umbral, sin entrar del todo, pendiente por si alguien aparece desde el hall o Esther sale del sanitario.

—Me preguntó por qué nos habíamos tardado tanto en la casa de Rosa Inés —dice ella sin aspavientos, como si hablase de una curiosidad cualquiera.

Nos tiene vigilados, piensa Clemen, porque Blanca conduce ella misma su auto, no acepta chofer ni guardaespaldas.

—¿Y qué le respondiste?

—La verdad, niño —dice sirviéndose agua de una botella que coloca de nuevo en la puerta del refrigerador, y que mantiene abierta como coartada por si alguien aparece de súbito—. Que él ya sabe que Rosa Inés es necia y loca, que tuvimos que pasar un gran rato tratando de calmarla, hasta que se le bajara la borrachera, y que luego a vos te costó un mundo tratar de convencerla de que regrese a las reuniones del grupo.

Clemen le pregunta si no existe la posibilidad de que su hermana se haya ido de la lengua. Con un gesto de rechazo, como quien espanta con la mano una mosca, ella responde que cómo se le ocurre, si Rosa Inés no se dio cuenta de nada, él mismo la vio caer noqueada luego del coctel de somníferos que Blanca la hizo tomar, y

aunque se hubiese dado cuenta jamás de los jamases le haría una confidencia semejante a Lolo, el general, ¡con lo que Rosa Inés detesta a los militares!…

Clemen oye el ruido de un picaporte.

—¿Cómo se enteraría? —pregunta antes de salir al corredor a esperar a Esther que avanza a su encuentro.

Blanca se alza de hombros, luego se da un golpecito con los dedos en la oreja y también sale de la cocina con el vaso de agua en la mano.

—Vámonos, que se está poniendo feo en el centro con el bochinche de la manifestación —le dice Clemen a Esther.

—Despidámonos, pues —dice ésta y se acerca a besar a Blanca, quien se inclina con la mejilla saliente y dice:

—Yo también me voy, porque tengo que pasar donde Rosa Inés.

Clemen recibe en la mejilla el beso de Blanca, le echa el brazo sobre los hombros a Esther y los tres caminan hacia el hall a decir chao a las otras compañeras Al-Anón.

Que la naturalidad en la impostura es atributo de gente audaz y resuelta y que les sirve para salir indemnes de las emboscadas que la vida les tiende, es algo que nadie pondría en duda, ni siquiera Clemen, si tuviera el ánimo correcto para razonar sobre ello, pero como no lo tiene, es sacudido por el temor y el desconcierto cuando Esther le dice que Blanca le ha contado del encendedor con forma de espada japonesa que le conseguirá Margarita, su otra hermana, en una tienda de antigüedades en Nueva Orleans; no reacciona con admiración ante la sangre fría y el virtuoso despliegue de la estratagema del que Blanca ha hecho gala, sino que padece un apretón en el estómago mientras le abre la portezuela del Austin Cooper a Esther para que ésta acomode su forondo trasero. Luego circunvala el auto, enciende un cigarrillo y permanece un rato

abstraído, de pie, apoyado en la puerta abierta, antes de sentarse frente al volante.

—¿Por qué no me habías contado? —le reclama Esther con la indignación de quien no ha sido tomada en cuenta.

—¿Por qué no te había contado qué? —masculla Clemen echando a andar el auto.

—¡Lo del encendedor, niño!… ¿En qué mundo estás?

—Hombre, con los problemas que tengo en la oficina por la suspensión de la campaña de la chocolatina a causa de la situación política y voy a estar pensando en un encendedor… —dice Clemen, malhumorado.

Esther enciende el radio en busca de noticias sobre los acontecimientos en el centro de la ciudad: en la información minuto a minuto de la KL dicen que miles de simpatizantes de la oposición están congregándose en el parque Libertad a la espera del discurso que dará el candidato José Napoleón Duarte, luego de que la Asamblea Legislativa eligiera presidente de la República al coronel Arturo Armando Molina.

—Suerte que no tenemos que pasar por el centro cerca de esa chusma… —dice Esther con una mueca de asco. Y mientras ella continúa su perorata en contra de la oposición, Clemen piensa que sólo el hecho de que el general mantenga una estricta vigilancia sobre Blanca le pudo haber permitido enterarse de que estuvieron poco más de una hora en casa de Rosa Inés, pero que no puede saber lo que sucedió adentro.

—El sobrino de Enriqueta hará la primera comunión el domingo, pero si la situación se descompone, culpa de esa gentuza, están considerando posponerla para el siguiente domingo —comenta Esther mientras esperan la luz verde del semáforo sobre el bulevar Venezuela, frente a la entrada de la Terminal de Autobuses de

Occidente.

—Y a ellos ¿en qué los afecta? —dice Clemen con fastidio—. Será en la capilla del colegio ¿no?

—La gente se asusta, y con razón —dice ella.

—No veo la relación entre lo que pueda suceder en el centro de la ciudad hoy viernes en la tarde y una primera comunión el domingo en un colegio que queda a más de dos kilómetros de distancia —masculla él sólo para mantenerla entretenida, porque en realidad su mente rebobina una y otra vez lo que sucedió la tarde del martes anterior, desde que recibió en la oficina la llamada telefónica en que Blanca le decía que su hermana Rosa Inés había recaído, que permanecía en estado de intoxicación alcohólica, que si por favor podía venir a ayudarla, estaban en la casa de Rosa Inés en la colonia Flor Blanca, pasando por el momento en que le decía a Brenda que si alguien preguntaba por él le explicara que andaba atendiendo una emergencia, la cuñada del general Aguirre había recaído —le susurró, llevándose el dedo índice a los labios—, hasta el momento en que estacionó el Austin Cooper frente a la casa de Rosa Inés, tocó el timbre y pasó a la sala, donde ésta se encontraba despatarrada en el sofá, completamente borracha, insultando a los hombres y en especial al canalla de su exmarido —entre llantos, alaridos y regurgitaciones—, por lo que Clemen se apresuró a tratar de confortarla, a aplicar su terapia discursiva para esos casos de emergencia, en tanto Blanca la obligaba a tomar un coctel de somníferos que en pocos minutos la dejaría noqueada. «¿No es peligroso eso?», preguntó él. Blanca negó con un movimiento de cabeza y luego, con un guiño, dijo que ya se lo había aplicado en otras ocasiones, y no fue hasta entonces que Clemen vislumbró la otra realidad, algo que había intuido pero no quería creer, y que le quedó clarísimo en el momento en que le pidió a Blanca que llamara

a la sirvienta para que les ayudara a llevar a Rosa Inés a la habitación, porque en su estado era incapaz de caminar, y Clemen sufre de un hombro dislocado que se le zafaría ante un esfuerzo tal —y, además, una cosa es terapear borrachos y convencerlos de que dejen la bebida y asistan a las sesiones de alcohólicos anónimos, y otra cosa muy distinta es cargarlos—, a lo que Blanca con una sonrisa pícara respondió que la sirvienta no se encontraba en casa sino que andaba de visita en su pueblo y regresaría hasta el día siguiente, por lo que ellos dos estaban solos, sin contar al bulto intoxicado que dejarían en el sofá una vez que estuviese completamente noqueado, mientras en ellos la calentura contenida se convertía en un incendio de gemidos y balbuceos, tal como pronto aconteció.

—Vas como en otro mundo, niño —dice de pronto Esther, cuando Clemen gira el volante hacia la izquierda y enfila sobre la Veinticinco Avenida.

—En la noche tengo que atender al grupo de luchadores —dice él, aún abstraído, que la escena que se repite en su mente es el momento en que salió de la casa de Rosa Inés, embelesado por el regocijo del placer recién vivido y al mismo tiempo temeroso por la transgresión cometida, aunque no sean estas emociones contradictorias las que busca Clemen en la escena que da vueltas en su mente, sino el recuerdo de alguna persona sospechosa que hubiese estado vigilando la casa, de un probable oreja apostado en los alrededores al que hubiese percibido mientras se dirigía a su auto. Pero no recuerda haber visto a nadie.

—¿No has cancelado esa reunión? —se queja Esther—. No entiendo por qué los viernes en la noche tenés que ir con esa gentuza en vez de quedarte conmigo para encontrarnos con los amigos o ir al cine, y mucho menos hoy con los disturbios que habrá

en el centro.

Clemen se detiene frente a la luz roja de la avenida Roosevelt, enciende otro cigarrillo y le dice:

—Te he repetido que no me gusta que te refirás a ellos de esa manera.

—Pues si eso es lo que son —dice ella enfurruñada.

—Dios, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar —murmura él, una frase que pertenece a la «Oración de la serenidad», que todo alcohólico anónimo debe memorizar, y que Clemen tiene impresa, enmarcada y colgada de la pared, tanto en su habitación como en la oficina.

—Deberías cancelar esa reunión o mandar a alguien que los atienda —insiste Esther aún enfurruñada—. ¿Y dónde se van a reunir?

—Preguntale a «Queti» —responde él, sarcástico en su enojo, tratando de controlarse.

—¡Qué majadería es esa, niño! ¡¿Cómo que qué me importa?! —exclama ella, indignada—. ¡Habrase visto!

Clemen conduce en el carril izquierdo de la avenida, detrás de un Volvo blanco que avanza lentamente: de pronto, con el cigarrillo apretado en la comisura de la boca, gira con brusquedad hacia la derecha, acelera a fondo, rebasa al Volvo y enseguida maniobra de nuevo para volver al carril izquierdo, sin bajar la velocidad, hasta que frena de sopetón frente al semáforo de la calle San Antonio Abad.

—¡Te volviste loco, niño! ¡Querés matarnos! —ha gritado Esther, asustada, tambaleándose en el asiento.

—¡Cuántas veces te he dicho que no te metás con mis compañeros ni con los grupos! —masculla, como escupiendo.

—Calmate, no es para tanto —dice ella y contrae el rostro,

ofendida, que sólo quiere prevenirlo para evitar que quedé enredado en medio de los disturbios, porque ella sabe que las reuniones con los luchadores tienen lugar en barrios delincuenciales en los alrededores del centro capitalino. Pero la justificación de ella enturbia aún más a Clemen, que la necedad de esta criatura amamantada en el privilegio de confundir pobreza con delincuencia le toca los huevos, tanto como el hecho de que desprecie a los luchadores y la lucha libre, a sabiendas de que él es un fanático de este deporte, y que atiende a ese grupo de alcohólicos anónimos no sólo por su compromiso y vocación de servicio, sino porque se siente comodísimo y privilegiado entre ellos, más que con ciertas amistades presuntuosas con las que ella se orina de la emoción.

Su pasión por la lucha libre le viene de los años en que vivió exiliado en México, a finales de los cuarenta, nunca se perdía un combate de El Santo o de Blue Demon, eufórico por las copas ingeridas con los compañeros de exilio y farra entraba a la Arena México, como años después tampoco se perdía la jornada sabatina en la Arena Metropolitana de San Salvador, donde siempre le reservaban sillas preferenciales en la primera fila frente al cuadrilátero, aunque ya no pueda ir con tanta frecuencia a causa precisamente de Esther, a quien nunca pudo contagiarle su pasión, que no es deporte para mujeres como ella, él lo entiende, menos cuando en la única ocasión en que accedió a acompañarlo a la Arena Metropolitana, tuvo tan mala suerte de que, por el privilegio de estar en la primera fila, le rebotara encima el Mongol en su caída, un luchador a quien Zas Primero había lanzado con una patada voladora a través de las cuerdas del cuadrilátero, cosa frecuente en los combates, que para Clemen la sorpresa fue motivo de guasa, porque rápidamente se hizo a un lado y pudo evitarlo, no así para Esther, quien casi sufrió un síncope del susto, y para colmo el Mongol en su

caída no sólo le pegó una manotada que le desbarató el peinado de bombillo que le habían hecho esa mañana con tanto esmero en el salón de belleza, sino que la botó de la silla y la dejó zurumba, atarantada en el suelo, y apenas pudo ponerse de pie alzada por Clemen cuando el luchador fornido y sudoroso se reincorporó y subió al ring a reanudar el combate. Lo peor fue la rechifla y el alborozo en la galería por la caída de Esther, los gritos e insultos que la plebe le endilgaba, que de «vieja pendeja» subían hasta las groserías más soeces, a tal grado que ella casi rompe en llanto e indignada le exigió a Clemen que se fueran en el acto, tal cual sucedió, no sin que mientras salían la rechifla llegara al clímax cuando les tiraban vasos y otros objetos que no les cayeron encima gracias a la malla metálica de gallinero que protege el ringside y el cuadrilátero del furor del populacho en la galería. El acabose fue que las luchas las transmitían por el Canal 3 de la televisión, gracias a las gestiones de Clemen que consiguió el patrocinio de la fábrica de calzado Adoc, y es sabido que los camarógrafos se engolosinan con las tomas escandalosas y no iban a pasar por alto el incidente que puso en ridículo a Esther no sólo ante la plebe de las galerías y la gente un poco más decente que compartía con ellos las primeras filas del ringside, sino ante los miles de televidentes seguidores de ese deporte.

Clemen cruza hacia la Veintiuna Calle Poniente, bordeando el edificio de la embajada de Estados Unidos, enseguida acelera y apaga el motor para que el Mini Cooper baje con sólo el impulso a lo largo de esa calle, mientras Esther ha vuelto al tema de la primera comunión del sobrino de Enriqueta, que no logra digerir que la hayan dejado fuera de la lista de invitados, y lo achaca a la politiquería en que está embarrado el cuñado de Enriqueta, metido hasta las cachas en la campaña electoral de los democratacristianos

y hombre cercano al candidato Duarte, por eso quizá no los han tomado en cuenta, insiste.

—No tiene nada que ver con eso. Nosotros no somos amigos de Mario y Flora, sino sólo conocidos. No tienen por qué invitarnos —dice Clemen, a sabiendas de que no la convencerá, lo que tampoco le importa, porque de pronto comprende que la coartada sigue impecable, que el general no tiene más opción que creerle a Blanca que todo el tiempo que estuvieron en la casa de Rosa Inés lo dedicaron a cuidarla, a terapearla, a permanecer atentos a que no cometiera una tontería, que ya unos años atrás había tenido un impulso suicida, un dato que hasta ahora rememora Clemen con sorpresa y regocijo, como si de una epifanía se tratase. Sonríe con alivio, porque si no cometen pifia alguna la coartada es impenetrable, no importa que un oreja haya soplado que él estuvo una hora metido en esa casa.

—Miralos, arruinando los zapatos nuevos —se queja Esther cuando se aproximan a vuelta de rueda a la casa y ven a los niños que aún juegan al futbol en la calle con los amiguitos de la colonia, que ese es su principal entretenimiento cuando no están en el colegio, no los detiene ni el sol quemante del mediodía, ni la lluvia, ni la penumbra vespertina.

—¡Para adentro, a lavarse las manos que ya vamos a cenar! —les grita Esther desde la ventanilla, agitando la mano como quien arrea bestias, y Clemen gira el volante para incrustarse en el garaje de la casa.

A los gritos de «¡Carro, carro!», los niños se han hecho a un lado con el balón para dejar pasar al Mini Cooper, que en esa calle cerrada, por la que sólo circula el tráfico de quienes viven en la pequeña colonia, no tienen muchas interrupciones, y una vez que el auto ha entrado al garaje vuelven con el mismo entusiasmo al juego

de futbol, mientras Esther sale con prisa del auto, indignada porque sus hijos no han obedecido su orden y siguen corriendo y pegándole de patadas al balón en la calle.

—¡Que se vengan para adentro les he dicho! —grita con un aplauso enérgico.

—Un ratito más, mamá —pide Alfredito desde la calle, atento al amiguito que se le escapa con el balón en los pies.

Clemen toma su saco del asiento trasero, se afloja el nudo de la corbata, y sale sosegado, que al comprender la solidez de la coartada se le ha quitado el miedo de encima, al menos ese miedo oscuro y denso que lo había enceguecido a lo largo de la tarde, aunque pese al alivio, le queda un temor agazapado, un temor que ya conoce y que sólo superará cuando se encuentre de nuevo con el general y ponga en práctica sus dones histriónicos, actuando con naturalidad como si nunca se hubiese revolcado en la cama con Blanca, como si esa posibilidad fuese un molesto bicho imaginario que revolotea alrededor de la cabeza del general y que Clemen es capaz de espantar con un manotazo.

—¡Nada de un ratito! —grita Esther plantada junto al carro con las manos en la cintura—. ¡Para adentro, ya! —ordena. Y enseguida los niños caminan, cabizbajos y murmurando, hacia la casa—. ¡Y sin rezongar! ¡Que ni siquiera han venido a saludarnos, como si fuesen animales sin educación! —les espeta, mientras acomoda su mejilla para que Erasmito y Alfredito le den su respectivo beso de saludo.

Y Clemen enciende el cigarrillo postrero antes de la cena.

Fidelita ha venido en carrera a abrirles la puerta. Dice: «Buenas tardes, niña Esther. Buenas tardes, don Clemen».

Es una indígena menuda, tan baja de estatura como Esther y de edad semejante.

—¿Nadie ha llamado? —pregunta Esther.

—Don Armandito llamó a don Clemen —dice Fidelita. Es el hijo menor del primer matrimonio de Clemen, a punto de contraer nupcias.

—¿Y a mí, nadie me llamó? —vuelve a preguntar aquella con el ceño fruncido.

—No, niña Esther —responde la sirvienta y enseguida regresa de prisa hacia la cocina, sus chancletas de hule restallando sobre la loseta.

—¡Rápido, a lavarse bien las manos —ordena Esther a los niños encaminándolos al lavabo, mientras Clemen entra a la cocina y toma una tajada de los plátanos fritos que la sirvienta está sacando de la sartén —porque así le gusta la comida, calentísima o hirviendo, a tal grado que Fidelita sostiene que él debe de tener callos en el paladar y en la lengua—, luego se dirige a la habitación con la tajada de plátano quemante en la boca, a colgar el saco y la corbata de la percha, y a cambiarse la camisa blanca de manga larga por una guayabera gris de manga corta, en tanto Esther sigue arreando a los niños hasta que se sientan a la mesa.

—¡No bebás tanta agua que no te va a caber la comida! —le advierte Esther a Alfredito.

—Tengo mucha sed —dice el niño, quien luego de tomar aire se empina el resto del agua.

—¡Necio! —grita ella y se abalanza fuera de sí para pegarle un manotazo, pero Alfredito con rapidez ha colocado el vaso sobre la mesa, agacha la cabeza y se cubre con el brazo, mientras Erasmito, del otro lado de la mesa, bebe su agua con tranquilidad observando la escena.

—¿Qué pasa aquí? —dice Clemen jalando su silla en la cabecera.

—Este necio que no obedece —masculla Esther.

Fidelita trae la bandeja con los platos con frijoles refritos,

plátanos, tamales, crema, queso fresco y el manojo de tortillas envuelto en una manta dentro de la cesta.

—Puede apagar el ventilador, por favor —le pide Clemen, que la corriente de aire enfría la comida.

—A sus órdenes, don Clemen —dice ella y mueve el interruptor en la pared. Las aspas que cuelgan del cielo raso giran cada vez con más lentitud hasta que se detienen.

—Quiero una tortilla —dice Alfredito señalando la cesta que está del lado de Clemen.

—¡¿Cómo se piden las cosas?! —lo increpa Esther con enojo.

—Me pasa una tortilla por favor, mamá —corrige Alfredito, sin inmutarse.

—Este niño no tiene compostura —murmura ella con un gesto de desagrado, mientras toma la cesta que Clemen le tiende.

Cada tiempo de comida es lo mismo, piensa Clemen, y en el acto se desconecta, que lo ha aprendido a lo largo de los años de convivencia con ella, porque si no se desconectara reventaría, como ya más de una vez le sucedió, que en plena agresión de Esther contra Alfredito él reaccionara con fiereza y a los gritos, y se preguntara cómo carajos había acabado en manos de una mujer tan imbécil e insensible, tan inconsciente del daño que le estaba haciendo al niño humillándolo de esa manera, y una mínima desobediencia infantil se convertía en una discusión agria y feroz entre ellos, por eso se desconectaba, porque en un momento de lucidez se había preguntado si el error no había sido de él, al proponerle que adoptaran al niño, que ella en su inmadurez —entonces una chica privilegiada de veinticinco años— le dijo que sí, hasta parecía realmente entusiasmada, tener un segundo hijo sin necesidad de parirlo, de la misma sangre de su marido, además, un niño que entonces tenía dos años y que en verdad era nieto de

Clemen, abandonado por su madre natural, y cuyo progenitor, Alfredo, el segundo hijo del primer matrimonio de Clemen, a sus veinte años carecía de voluntad y capacidad de criarlo, un niño que sería una estupenda compañía para Erasmito, quien no padecería de soledad si contaba con un hermanito menor. Y empujados por ese entusiasmo de sentirse buenos legalizaron al niño —no hubo que cambiarle nombre ni apellido paterno—, sin más proceso que darle una propina al empleado de la alcaldía y acordaron no revelarle al niño su condición de adoptado y pedirles a familiares y amistades que guardaran el secreto, lo cual tampoco fue difícil porque Alfredo el mayor pronto emigró hacia Estados Unidos a buscarse el futuro. Pero con el paso del tiempo, Esther fue cambiando su actitud hacia el niño, aunque ella no lo reconozca en las conversaciones que han tenido al respecto, aunque lo haga quizá inconscientemente, el hecho es que trata a Alfredito como un paria, como un peso que le desagrada, y a veces rechaza, y Clemen no ha encontrado una manera de hacerle entender lo que sucede, incluso mencionar el tema la enerva, como si ese fuese su lado más oscuro, donde se sedimenta el maltrato y las humillaciones a las que ella fue sometida a manos de su propia madre, y que ahora descarga sobre Alfredito, quien a sus ocho años no puede comprender la animadversión de su madre. Por eso Clemen se desconecta, porque, aunque rece la Oración de la Serenidad, no encuentra forma de resolver el entuerto.

Fidelita trae más tortillas calientes que envuelve en la manta y pone en la cesta, y le pregunta a Clemen si quiere que le traiga ya su café. Éste afirma con un movimiento de cabeza mientras habla con los niños sobre el partido de futbol que jugaban en la calle con los compañeritos de la colonia, pero Esther mete su cuchara para advertirles que no quiere verlos ni una vez más pegándole de patadas a la pelota con los zapatos nuevos y que les ha repetido que

no deben mezclarse «con esa gentuza», refiriéndose a los niños de la zona marginal ubicada en el barranco próximo a la colonia, a lo que Erasmito responde que necesitan de ellos para completar los equipos, y lo dice sin tono justificativo, hasta desafiante, a sabiendas de que su padre no tiene ningún reparo a que jueguen con los niños pobres en la calle, no pueden, eso sí, invitarlos a pasar a la casa, que su madre enloquecería y les impondría un castigo.

Cuando Fidelita pone sobre la mesa, junto a Clemen, la taza con agua hirviendo y el bote de café soluble, timbra el teléfono en la mesita de la sala.

Ella se encamina de prisa a responder.

—Es para usted, don Clemen —dice, pero antes de que éste reaccione, Esther ya ha preguntado quien llama—. ¿De parte de quién? —inquiere la sirvienta. Y luego, tapando la bocina, masculla —: Don Severino.

—Quién es ese Severino —pregunta Esther.

Clemen no le responde; se muestra sorprendido ante la llamada.

—Dígale que llame más tarde, que está cenando —ordena Esther.

Fidelita ejecuta la orden.

—Que es urgente, dice. Que hubo un accidente grave. Alguien del grupo con el que se iba a reunir hoy en la noche —dice Fidelita tapando de nuevo la bocina.

Clemen echa para atrás la silla y de prisa se dirige al teléfono. La voz de The Torment, nombre de guerra de Severino en la lucha libre, con su inconfundible acento mexicano, suena alterada: dice que suspenderán la reunión, que hubo un percance, el Gavilán Migueleño recayó y se mató jugando a la ruleta rusa con el Apache.

—¿Dónde están? —pregunta Clemen, conmocionado.

The Torment le dice que en el cuarto del Gavilán Migueleño, en el mesón frente al parque Centenario.

—Voy para allá —dice Clemen.

—¿Qué pasó? —pregunta Esther con ansiedad.

—Tengo que irme de inmediato. Un compañero tuvo un accidente —le dice, mientras, de pie, sorbe apresuradamente su café hirviendo.

—¿Quién? —insiste Esther.

—Después te cuento —dice Clemen, haciendo un gesto con la boca hacia los niños, para que ella entienda que es inconveniente hablar del caso frente a ellos.

—Dios mío. En viernes y a esta hora —exclama ella, quien nunca se acostumbrará a las salidas de Clemen a horas inusitadas para atender a un compañero que ha recaído en la bebida, pues en el fondo le fastidia el espíritu misionero de su marido, pese a que en público se jacte de él.

A trancos se despide de los niños y de Esther, y se encamina a la cochera.

—Tené cuidado y regresa temprano —le pide ella.

3

Algo le decía que el Gavilán Migueleño iba a terminar de mala manera, que sus recaídas alcohólicas no le permitirían salir del pozo, ya en dos ocasiones había regresado a la bebida desde que ingresó al grupo de los luchadores, unos cinco meses atrás, llevado por el propio The Torment, la superestrella al que llamaban «El enmascarado de plata», una versión tropical de El Santo mexicano, quien lo convenció de asistir a las sesiones del grupo, la única ruta para salir del alcoholismo que lo estaba matando, esa enfermedad por culpa de la cual había propinado tal paliza a su mujer que la mandó al hospital con una costilla quebrada —según le confesó el propio luchador en su anterior recaída, arrepentido de sus actos—, que no era la primera golpiza, pero sí la más grave y también la última, porque ella luego decidió abandonarlo y se fue con los dos niños a vivir con el policía del que él sospechaba que era su amante, y contra quien el Gavilán Migueleño nada podía, porque aquel era un rufián desalmado, ganoso de coserlo a tiros, y más le valía mantenerse lejos de la que ya no era más su familia, lo que lo había sumido en una mayor depresión alcohólica, se sentía derrotado, y hasta había perdido el empleo como cobrador de Almacenes Schwartz a causa de la bebida, un luchador convertido en un completo perdedor, al que de poco valían sus triunfos en el cuadrilátero, el hecho de que nunca hubiera perdido un combate

«máscara versus cabellera» y que su rostro siguiera siendo una incógnita para el público.

Clemen conduce el Mini Cooper por la avenida España hacia el centro de la ciudad, baja la cuesta del colegio María Auxiliadora, mira la brillante marquesina del cine Fausto que anuncia *Dos amores en conflicto* con Glenda Jackson, y pasa frente al mercado San Miguelito, completamente cerrado a esa hora, que ya la oscuridad ha caído sobre la ciudad, y en cuya acera sólo quedan los mendigos y malandrines que, tirados sobre pedazos de cartón, pasan la noche en ese sitio. Conduce abstraído, con el cigarrillo en la comisura de la boca y su espíritu constreñido porque es el primer compañero bajo su cargo que se le suicida en sus diez años de servicio, no se puede entender de otra forma la ruleta rusa sino como un suicidio, se dice Clemen, y se pregunta al borde de la recriminación si en parte es su culpa por no haber hecho lo suficiente para rescatar al compañero, hubo algo que se le fue de entre las manos, porque en las recaídas anteriores, después de las llamadas telefónicas de The Torment, voló hacia el cuarto del Gavilán Migueleño en el mesón del parque Centenario, y en ambas ocasiones lograron rescatarlo, gracias en gran medida a la dedicación de The Torment, quien le tenía un gran cariño —no en balde era padrino de aquel en la lucha—, y había sido muchas veces su pareja en los duelos estelares en la Arena Metropolitana, el combate mejor conocido como «relevo australiano», dos luchadores enmascarados y técnicos —a los que se llama «limpios» por su forma caballerosa de luchar— contra dos luchadores rudos y por lo general melenudos. Esta tercera recaída tuvo que haber sucedido ayer u hoy mismo, de otra forma hubiese recibido un telefonema de The Torment, piensa Clemen, mientras dobla por la Séptima Calle Oriente, pasa frente a la iglesia San Francisco, rumbo hacia el parque, con la certeza de que The

Torment no se había enterado de la recaída de su protegido, de otra forma lo hubiese llamado de inmediato, que seguramente el Gavilán Migueleño se había ido a beber con ese cabronazo del Apache, como en las ocasiones anteriores, escabulléndose de los compañeros del grupo, y evitó contactarlos una vez que cayó en el remolino, contimás que el Apache se burla de sus colegas alcohólicos anónimos, de «culeritos» o «hatajo de maricones» no los baja, según le contaron a Clemen cuando les propuso que lo invitaran a una reunión, que ninguno quiere tener a ese diablo dentro del grupo, un gordo siniestro que trabaja como torturador en los sótanos del edificio central de la Policía Nacional, el Palacio Negro, vox populi es su oficio, un luchador rudo lleno de artimañas, al que el público rechifla pero también celebra.

Estaciona el Mini Cooper frente al mesón donde vive el Gavilán Migueleño, pero del lado del parque, que ya dos radiopatrullas de la policía ocupan el sitio frente al portón de entrada, donde un grupo de gente se aglomera, entre ellos The Torment, quien se encamina a recibirlo y le confirma lo que ya Clemen sospechaba: la súbita recaída, las andanzas con el sulfúrico del Apache, ese hijo de puta que aún está borracho en la habitación, ensoberbecido porque ganó el duelo, por eso la gente ha preferido quedarse junto al portón, a la espera de que los agentes lo calmen y se lo lleven, que a nadie le hace caso, mejor esperar un rato, pero Clemen no se detiene, camina hacia la entrada de la habitación seguido por The Torment, y entonces escucha los gritos estentóreos del Apache: «¡Ustedes son unos culeros, maricones, no tienen huevos, váyanse mucho a la mierda, déjenme en paz que me voy a terminar mi trago en salud de este cabrón que sí tenía huevos, no como ustedes, comemierdas!», grita el Apache, con la pistola empuñada y agitando el brazo, mientras sujeta la botella con la mano izquierda y se la empina a

sorbos, con el diablo en la mirada.

—Tranquilo, Apache, no pasa nada. Bebete esa mierda y te venís con nosotros al cuartel —le dice uno de los cuatro agentes uniformados que se han dispersado dentro de la habitación, alrededor del cuerpo tendido del Gavilán Migueleño, con la mano a la altura de la cartuchera, pero aún sin desenfundar, con el miedo en la jeta, que el Apache gira el brazo extendido con la pistola apuntándoles a uno tras otro.

—¡Por qué no te arrodillás, me chupás un huevo y hacés gárgaras con el otro, hijo de puta!… —masculla el Apache—. Hagamos una cosa: pongan sus pistolas en ese rincón, después yo pongo la mía y nos agarramos a vergazos, los cuatro contra mí, a mano limpia, y si me dan verga, me voy con ustedes, y si les doy verga, les reviento el culo, cabrones —les propone y se carcajea, siniestro, mientras bebe otro sorbo de la botella.

—Hacele caso al cabo, Apache. Estás borracho. Ya se murió éste y no tenés nada que hacer aquí. Va a venir el juez y después te va a llevar putas, te vas a arrepentir no sólo por la gran goma —le dice el Vikingo, quien está de pie a la entrada, por delante de donde se han quedado Clemen y The Torment—. Andate con el cabo a dormir la moronga en el cuartel, se quedan estos dos agentes conmigo aquí y cuando venga el juez le decimos que el Gavilán se suicidó y punto. No tendrás que ir al juzgado a declarar mañana —le propone el Vikingo, quien es detective de la policía y se dedica a labores de vigilancia y control de opositores políticos, tal como contó en su autocrítica en la primera reunión que tuvo con el grupo de alcohólicos anónimos, a sabiendas de que ninguno de los luchadores ni Clemen se meten en política.

El Apache lo observa con desdén y luego, apuntándole con la pistola y dando unos pasos hacia él, lo reta:

—Vos, hijo de puta, sos el siguiente a quien le toca jugar a la ruleta rusa conmigo. No te me vayás a ahuevar.

—Estás bolo, Apache —dice el Vikingo, con calma—. Guardá esa babosada —señala la pistola con un gesto de la boca— y vámonos.

Clemen voltea hacia el portón. Los curiosos se han hecho a un lado con revuelo para dejar pasar a un tipo joven, recio, la musculatura embutida en un polo, de tez pálida, ojos claros y pelo castaño, con la pistola al cinto, que irrumpe con paso marcial, escoltado por un gordo zarco de aspecto zafio. El tipo mira de reojo a Clemen, con un gesto de enojo, y enseguida entra a la habitación:

—Buenas noches, mi teniente —saluda el Vikingo, sacando el pecho y llevándose la mano a la frente al estilo militar; los cuatro agentes hacen lo mismo.

El tipo se ha detenido: observa la escena un par de segundos, se fija en el cuerpo tendido en el piso y clava su mirada retadora en el hombre que iracundo agita la pistola.

—Ya dejá de hacernos perder el tiempo, Apache —rezonga el teniente, con voz de mando, enfadada, y con el ceño fruncido—. Cuando más trabajo tenemos se te viene a ocurrir emborracharte y hacer pendejadas…

El Apache está desconcertado. Luego baja el arma y se la pone al cinto; coloca la botella sobre la mesa.

—Buenas noches, mi teniente —murmura, contrito.

—¡Apúrense! —ordena, tronando los dedos—. Y vos, Vikingo, acompañame.

Y sale con el mismo paso marcial con el que entró, seguido por el gordo zarco y el Vikingo.

Clemen lo ha reconocido: es un oficial que está bajo las órdenes del general Aguirre en la policía, lo ha visto llegar a la casa de éste a dejar documentos cuando ellos han estado en la reunión de

alcohólicos anónimos, siempre vestido con un polo tallado que hace resaltar sus abultados bíceps y la pistola al cinto.

Clemen reconoce a otros luchadores que se han acercado a la entrada: Tony Jackson y el Sordomudo Cruz lo saludan; el Bucanero y Zas Primero asoman por el portal.

El Apache sale, un poco tambaleante, entre los cuatro agentes. Ha recuperado su expresión retadora. Cuando ve a Clemen, se detiene y, con una mirada de odio y tono amenazante, le dice:

—¡Qué me ves, viejo pendejo! ¡A vos te tenemos bien controlado!

Los agentes lo obligan a que siga caminando hacia el portón.

Clemen está demudado, pero entonces The Torment y los demás se abalanzan hacia la habitación, y Clemen va con ellos, aunque como zombi, porque sigue impactado por lo que le acaba de decir el Apache, no sólo por el odio sino por sus palabras, que el borracho con verdad habla, pero el cadáver del Gavilán Migueleño lo saca de su azoro, tumbado hacia el costado izquierdo, con la sien y el cabello empapados en sangre, que le corre también por el rostro, la barba rala y los ojos abiertos, perdidos en la nada, un rostro que mantuvo escondido bajo la máscara a lo largo de su carrera como luchador y ante el que Clemen permanece conmocionado, sin reaccionar, en tanto el Sordomudo Cruz ha sacado una sábana de la cama para cubrir el cuerpo mientras esperan la llegada del juez, y The Torment solloza, tomando a Clemen por el brazo, y apretándolo sin conciencia de que lo lastima, un apretón que le ayuda a éste a sofocar el llanto y las arcadas, que las emociones que habían estado contenidas por la locura del Apache ahora salen a borbotones, y en medio de su convulsión interna Clemen percibe en un destello que esta muerte y el miedo padecido a lo largo del día por su aventura con Blanca tienen alguna relación, aunque no alcanza a entender qué vínculo puede haber entre ambos hechos, menos cuando The Torment le

dice que ya se comunicaron con los hermanos y la madre del Gavilán Migueleño, y que éstos están saliendo de San Miguel en el último bus y llegarán a San Salvador hacia las diez de la noche, pero que de cualquier forma habrá que hacer una colecta para el velorio y el entierro, que la pobreza muerde y ni con la muerte afloja, ante lo que Clemen le responde que claro, que The Torment se haga cargo de esa colecta, y enseguida le pregunta si el Chele Panameño ya está enterado del suceso, que si no él sale de inmediato a llamarlo desde la cabina telefónica del parque, pero The Torment le dice que el señor Panameño ya está enterado, en cualquier momento aparecerá, muy importante éste para lo de la colecta, que es el propietario del circuito de lucha libre y de la Arena Metropolitana, el que les paga a los luchadores la miseria que ganan, y con quien Clemen se entiende para la promoción en la tele, un viejo amigo desde la época de México, donde Clemen estaba exiliado y el Chele Panameño aprendía el negocio de gestor de espectáculos, y ambos eran apasionados de la lucha libre y se encontraban para las jornada del sábado en la noche en la Arena México.

Le falta el aire a Clemen, demasiadas personas en la habitación, y le dice a The Torment que saldrá al corredor, para que le suelte el brazo, y éste aún sorbiendo mocos apela a Tony Jackson y al Bucanero para que le ayuden a hacer la colecta, mientras Clemen sale al corredor y se encuentra con Kali Valdez y su madre, figuras indispensables del espectáculo en la Arena Metropolitana, que cuando Kali Valdez es víctima de marrullerías por parte de luchadores rudos y está tendido sobre la lona del ring recibiendo moronga, la madre salta de su silla en el ringside y se abalanza hacia cuadrilátero blandiendo su paraguas, y una vez que logra encaramarse y pasar entre las cuerdas ataca por la espalda a paraguazos al luchador que está golpeando a su hijo, lo que

enciende el ánimo de las galerías, distrae al rival y permite que Kali Valdez se reincorpore y tome la iniciativa en el combate, mientras la madre se retira y regresa a su silla, entre los aplausos y la rechifla del público, la madre que está presente en todos los combates de su hijo, que no es su hijo, claro está, porque Kali Valdez no tiene madre y la mujer del paraguas ha sido contratada por el Chele Panameño para ponerle picante al espectáculo. Y está conversando Clemen con el luchador cuando de pronto se le ocurre que todos han asumido la versión de la muerte a causa de la ruleta rusa, pero que el Apache pudo haber asesinado al Gavilán Migueleño con alevosía y luego acomodar el cuerpo para que respaldara el cuento del juego mortal, una ocurrencia que lo hace entrar de nuevo en busca de The Torment para preguntarle sobre el origen de la versión de la ruleta rusa, a lo que esté responde que el Apache lo ha contado, que ya se le conoce también la manía de jugarse la vida de esa forma, y apela a uno de los inquilinos del mesón, llamado Dimas, el primero que entró al cuarto luego de que resonó el disparo, y quien al abrir la puerta vio el cuerpo tendido del Gavilán Migueleño aún con leves convulsiones y el revólver tirado en el suelo. «Ruleta rusa, hijueputa, te vas a la mierda o seguís vos», dice el vecino que le gritó el Apache enfebrecido mientras se agachaba a recoger el revólver y entonces salió espantado hacia el teléfono público del parque a llamar a la policía y también a The Torment, con quien se frecuentaban gracias al Gavilán Migueleño.

Y Clemen recapacita en que, haya pasado lo que haya pasado, el Apache es la policía, y nadie se atrevería a señalarlo en caso de que los hechos hubiesen sucedido de otra manera. No se entera aún de que sus sospechas sobre un posible crimen perpetrado por el Apache son expresión del miedo segregado ante las palabras que le espetó a boca de jarro, «A vos te tenemos bien controlado, cabrón»,

unas palabras que quisiera sumir en un rincón oscuro de su mente, de donde nunca vuelvan a salir con su hedor amenazante.

Otros dos agentes de la policía, distintos de quienes se llevaron al Apache, han llegado y ordenan a los presentes que desalojen la habitación, que pronto vendrá el juez a hacer la inspección, momento en el que The Torment comenta que no pueden hacer ninguna gestión para las exequias del Gavilán Migueleño hasta que lleguen sus familiares y decidan si quieren velarlo en esta ciudad o prefieren llevarse el cuerpo a San Miguel, pero donde quiera que lo hagan necesitarán el dinero de la colecta, dice, y entonces se le aproxima el Sordomudo Cruz, un luchador del bando de los «limpios» y que en verdad es sordomudo —no ha necesitado el Chele Panameño ninguna impostación para promoverlo, que verídicos son los pujidos y ademanes con los que se expresa en el cuadrilátero y fuera de él—, blandiendo en su mano una lata vacía de leche en polvo marca Ceteco, quién sabe de dónde la habrá sacado, pero la entrega a The Torment para que éste comience a pedir las contribuciones, una lata en la que Clemen deposita un billete de veinte colones que ha extraído de su billetera, y que The Torment agita frente a los presentes en el corredor, repitiendo la frase «Colaboren para el ataúd, el funeral y el entierro, compañeros. Colaboren», aunque contados son los que algo ponen, varios los que bajan la vista y se disculpan, «No cargo dinero, compañero», y los otros se escabullen en silencio y salen lentamente del corredor hacia el portón, y del portón hacia la calle, y casi se dan de bruces con el médico forense y el juez de paz que vienen de prisa.

—¿Qué hacés aquí? —le pregunta a Clemen, con la papada temblorosa, y tendiéndole la mano, el doctor Mateu, jefe del Servicio Forense y miembro de un grupo de médicos alcohólicos anónimos.

—Era un compañero que recayó —dice Clemen, acongojado.

El juez, un tipo joven y con cara de zamarro, se presenta como el licenciado Serrano:

—Se mató, ¿verdad? Eso nos dijeron —inquiere, luego de darle un apretón de manos a Clemen.

Clemen afirma con un movimiento de cabeza. Y piensa que es extraño que el juez y el forense hayan llegado juntos tan pronto un viernes a esa hora. Al doctor Mateu se le ve contrariado, como si lo hubiesen sacado de casa contra su voluntad. ¿Por qué no envió a un médico de turno y tuvo que venir él?

—Estaba muy deprimido por problemas familiares —comenta The Torment.

—Él es Severino —los presenta Clemen, y luego, bajando la voz, les revela—: The Torment…

Sorprendidos, el médico y el juez lo saludan con admiración.

—Yo vi su última lucha contra el Mongol. Gran combate —exclama el juez Serrano con entusiasmo. The Torment venció, pero sufrió una lesión en el cuello que aún lo tiene fuera del cuadrilátero.

—El mejor amigo y padrino del Gavilán Migueleño —dice Clemen.

—¿El Gavilán es el occiso? —pregunta el juez—. Qué mala noticia.

Mateu y Serrano entran a la habitación: levantan la sábana, examinan el cuerpo; Clemen y The Torment, permanecen en el umbral.

—¿Y el revólver? —le pregunta el juez a uno de los agentes.

—Cuando nosotros vinimos no había ningún revólver —responde el agente, buscando la confirmación de su compañero.

—¿Quién encontró el cuerpo? —insiste el juez.

Los agentes se alzan de hombros.

—Nosotros vinimos de relevo. El cabo Pérez nos ordenó que nos desplegáramos para cuidar la escena —dice el agente.

El juez y el médico, quien está en cuclillas frente al cadáver,

voltean hacia Clemen y The Torment, quienes a su vez voltean hacia quienes se amontonan a sus espaldas.

El juez se acerca a la puerta.

—¿Quién encontró el cuerpo?

Nadie abre la boca. Y los que están cerca del portón se van retirando cautelosamente.

—Ya se robaron el revólver estos canijos… —comenta el juez, con una risita sardónica.

—Y vos ¿cómo te enteraste, Clemen? —le pregunta Mateu, aún en cuclillas.

—Aquí el compañero me llamó —dice volteando hacia The Torment.

—¿Y usted? —le pregunte el juez.

—El amigo Dimas me fue a buscar —dice The Torment señalando con un gesto de la cara al inquilino del mesón—. Yo vivo del otro lado del parque.

—Yo vi el revólver, licenciado —dice aquel—. Estaba en el suelo, a la par del cuerpo, cabal como si se le hubiera caído de la mano. Pero me fui en carrera al parque a telefonear a las autoridades y luego a llamar a don Severino. Hace un rato había otros policías aquí, pero ya se fueron. Quizá ellos lo recogieron…

Nadie menciona al Apache.

—¿Cuál es su nombre?

—Dimas, Dimas Sánchez, a sus órdenes, licenciado.

Lo dice con una expresión de apuro, como si de pronto hubiese caído en la cuenta de que puede estarse metiendo en un problemón.

—Vamos a llevarnos el cadáver para hacerle la prueba de la parafina y así salimos de dudas —dice el médico.

—Los familiares están en camino desde San Miguel. ¿No pueden esperar a que vengan ellos para llevárselo? —pregunta The Torment.

—Es viernes. Si usted los va a esperar —riposta Mateu—, dígales que vayan directamente a Medicina Forense. Ahí les entregarán el cuerpo. La ambulancia ya viene para acá a recogerlo…

El médico y el juez se aprestan a retirarse. Éste les dice a los policías que no dejen entrar a nadie a la habitación y salen, sin hacer más preguntas, como si ya no hubiese nada que investigar.

—Voy con ustedes —les dice Clemen.

The Torment lo mira con ansiedad, incrédulo, sorprendido de que se vaya tan pronto.

—Ahora regreso. Voy al teléfono público a informarles a los compañeros de la directiva y a tratar de poner una esquela en el periódico de mañana —le dice Clemen. Primero llamará al doctor Antonio Rosales, más conocido como Toni, el más antiguo directivo y miembro fundador de los AA, para detallarle los sucesos, y luego a Esther para decirle que se quedará hasta que llegue la familia del Gavilán Migueleño, que no lo espere, que se acueste cuando tenga sueño, que les dé las buenas noches a los niños de su parte, a lo que ella responderá como siempre en los casos en que él tiene que atender a un compañero en recaída, con el reclamo recriminatorio, el lamento de la víctima del abandono, las ganas de hacerlo sentir culpable, y fugaz como siempre pasará también por su mente la pregunta sobre el momento en que se puso en manos de esta mujer, en que sometió su voluntad al control de ella, el tibio consuelo de la autoconmiseración.

Luego de cruzar el portón, Clemen se despide de Mateu y de Serrano.

Decide llamar primero a *El Diario de Hoy*, que si aún no han cerrado la edición pueden preparar con rapidez la esquela mortuoria suscrita por alcohólicos anónimos y no pondrán reparos para hacer los trámites administrativos y recibir el pago hasta el lunes entrante.

Antes de discar el número, con la agenda de bolsillo apoyada en la repisa de la caseta, enciende un cigarrillo, se queda contemplando el parque alumbrado por unas pocas farolas, los grupos de vecinos alrededor de las bancas, conversando con animación, las manchas de mosquitos que revolotean en la farola próxima a la caseta, y entonces, como si no hubiese respiro en el fragor de la jornada, recuerda la frase amenazante del Apache, y una idea irrumpe de pronto en su mente, que el general Aguirre ha recibido la información sobre la duración de su encuentro con Blanca no porque ella esté bajo seguimiento permanente, sino que es a él a quien la policía vigila.

4

Que las fantasías sobre uno mismo corren más rápido que el pensamiento que trata de asirlas lo comprueba una vez más Clemen cuando ha terminado la llamada al periódico para encargar la esquela mortuoria del Gavilán Migueleño («El movimiento de alcohólicos anónimos de El Salvador lamenta profundamente la pérdida irreparable del compañero…») y, en vez de colgar enseguida la bocina y salir de la caseta, se queda con aquella pegada a la oreja, el cabo del cigarrillo en la comisura de la boca y la mente ida, en su propia fantasía, porque la esquela del compañero muerto no saldrá hasta el lunes en el tamaño más económico, un octavo de página, y a lo sumo habrá otra esquela de la Arena Metropolitana, si el Chele Panameño afloja el bolsillo, mientras que si Clemen muriera habría muchas esquelas a página entera (la del Canal 3, la de la familia, la del Movimiento AA, las de los varios grupos que él atiende) y la conmoción sería inmensa, una fantasía de superioridad en la que se solaza unos segundos hasta que por fin vuelve en sí con un dejo de culpa, y se pregunta por qué pierde su tiempo en estupideces, cuándo podrá deshacerse de esa maña aprendida desde la tierna infancia de estar siempre comparándose con el prójimo, ¡caramba!, que entonces lo asusta una voz a sus espaldas, hasta casi deja caer la bocina del sobresalto, y al volverse descubre que es el Vikingo quien le está diciendo que lo disculpe, no quería

asustarlo, sólo decirle que ha regresado, pero no podrá quedarse acompañándolos en la espera de los familiares del Gavilán Migueleño, porque tiene que estar a disposición en el cuartel. Clemen reconoce que lo asustó, pero no hay problema, le dice, sonriente, aunque seás un hijo de la gran puta imprudente, lo que no le dice, que un respetable directivo de los AA no se dirige de esa forma a los compañeros, menos a un luchador y detective de la Policía Nacional, de quien se debe temer una reacción violenta, por lo que sólo tira la colilla del cigarrillo y camina junto al luchador por la acera del parque, rumbo al mesón, bajo la noche de cielo despejado, seguramente cada vez con más estrellas titilantes y que las luces del parque impiden ver. Pero pronto el Vikingo desembucha el verdadero motivo que lo ha traído a la caseta telefónica para abordar a Clemen a solas: como él tuvo que salir del mesón, dice, acompañando a su teniente, no escuchó cuando el Apache amenazaba a Clemen, pero sus compañeros agentes se lo contaron y por eso le quiere pedir que no se tome en serio las palabras del Apache, puras bravuconadas de borracho, que le tiene un poco de ojeriza a Clemen por la labor que ha realizado entre el gremio de luchadores para sacarlos del vicio, es cierto, pero que no se preocupe, nada le hará el Apache. Clemen aminora el paso, enciende otro cigarrillo, y le dice, con tono de aparente despreocupación, que el Apache no lo amenazó, sino que le dijo que lo tienen controlado, bajo vigilancia, lo que es distinto, a lo que el Vikingo responde que esa es precisamente la mentira, se lo garantiza él, que trabaja en el mismo cuerpo de seguridad y que a veces lo destacan a celar opositores, como ya Clemen lo sabe, que ninguna vigilancia se lleva a cabo sobre él, pura fanfarronería del Apache. Clemen lo mira por el rabillo del ojo y no puede evitar un rictus, pues ahora tiene la total certeza de que el Vikingo no sólo

miente, sino que ha sido expresamente enviado a mentirle, sin duda por ese teniente al que ha visto en más de una ocasión en casa del general, junto a otros oficiales que llegan a hacer consultas o a entregar documentos mientras ellos sostienen su reunión del grupo AA.

—¿Cómo se llama el teniente con el que te fuiste? Tengo la impresión de que ya lo conozco —pregunta Clemen, apretando el ceño, como si estuviese tratando de recordar.

—Mi teniente Villacorta —dice el Vikingo.

Ninguna duda le cabe ahora de las sospechas del general, de los celos que lo enturbian, sólo así se explica que lo mantengan bajo vigilancia, aunque aún carezca de una forma de probar lo sucedido, pero si Blanca se mantiene firme en la negativa, y su carácter permite abrigar esa esperanza, el general no encontrará prueba alguna, pues Rosa Inés, la única probable testigo, estaba completamente noqueada por la intoxicación alcohólica, eso se repite Clemen para refrenar el temor, que por nada en el mundo debe evidenciar ante el Vikingo, quien, aunque conozca los motivos por los que se le vigila, no los mencionaría sin que el teniente o el mismo general le cortaran la cabeza.

Antes de cruzar hacia el mesón donde yace el cadáver del Gavilán Migueleño, pasan cerca de un grupo de vecinos que, desde un costado del parque, cerveza en mano y en intensa alharaca, hurgan con la mirada los cielos, y a veces uno de ellos alza el brazo para señalar un probable avistamiento que enseguida se convierte en chasco, motivo para el chascarrillo, la burla y la carcajada. El Vikingo pregunta a Clemen si ha visto alguno de los platillos voladores que han surcado los cielos de la ciudad al menos en tres ocasiones en las últimas semanas, causa del barullo entre los capitalinos, que hasta la prensa hizo eco del hecho y publicó la foto de uno de los ovnis en

primera plana, de aquel que se paseó con mayor largueza por los cielos y que muchísimos ciudadanos observaron con asombro, incluido Clemen, porque el objeto volador no identificado no tuvo ni prisas ni empacho, iba y venía del volcán de San Salvador al cerro de San Jacinto, a una velocidad y altura que lo hacían claramente visible, y aun era distinguible el giro circular de sus parpadeantes luces rojas y blancas, tal como Clemen pudo ver con sus propios ojos, luego de recibir la llamada telefónica del compañero Quartarone a eso de las 8.05, una llamada que lo hizo temer que se tratara de otra de sus recaídas alcohólicas, por lo que tendría que salir a su rescate, pero lo que Quartarone le dijo con gran excitación era que había un platillo volador del lado del volcán, que saliera de inmediato a la calle para lograr verlo, ante lo que Clemen reaccionó casi con un espasmo, al grito de «¡Un platillo volador!» corrió en pantuflas hacia la calle, seguido por los niños y Esther que saltaron del sofá donde miraban la tele, y hasta Fidelita se sumó a la pacotilla, y alcanzaron a ver el ovni que entonces estaba suspendido sobre el cerro de San Jacinto, al suroriente de la ciudad, girando sobre sí mismo, fijo, sin avanzar durante un largo par de minutos, pero enseguida se dirigió hacia el volcán, en el noroccidente, cruzando los cielos de la ciudad ante el pasmo de aquellos muchos habitantes que habían logrado enterarse, y una vez que alcanzó la mole volcánica se mantuvo suspendido al menos un minuto sobre el inmenso cráter llamado Boquerón, que la última vez que vomitó su lava cincuenta años atrás lo hizo por suerte hacia el norte y no hacia la ciudad que se tiende a sus faldas, un minuto que para algunos pareció eterno y para otros demasiado fugaz, luego del cual en un parpadeo desapareció, dejando boquiabiertos a quienes lo habían visto, incluidos los Aragón y las familias vecinas que se habían abalanzado a la calle, y quizá para romper el hechizo o para salir de

la atmósfera de reverencia que los acontecimientos sobrenaturales conllevan, Clemen comenzó a agitar los brazos como quien hace señales a un avión de rescate y a gritar «¡Aquí, aquí, aquí!», ante lo que los vecinos reaccionaron primero con desconcierto, pero luego con una sonrisa condescendiente, a sabiendas del viejo cómico, guasón y gracejo que había en Clemen, que sólo a Esther no le hizo gracia la ocurrencia de su marido, mucho menos cuando ella le llamó la atención («¡Qué te pasa, niño!») y éste le dijo en voz baja, acercándose a su oído, que estaba llamándolos porque se habían ido de paso y habían olvidado llevársela a ella. Aunque en este instante, caminando en la acera del parque junto al Vikingo, a quien uno que otro vecino reconoce y saluda, si un ovni volviese a aparecer le haría de nuevo señales de auxilio, pero no para que se llevaran a Esther, sino para que lo rescataran a él del predicamento en que está sumido por culpa de ese polvo que jamás debió haberse echado, un pensamiento del que lo saca el Vikingo, quien se despide con un apretón de manos y escabullendo la mirada.

Lo ve alejarse, con la melena teñida de rubio, por la acera del parque en dirección al centro de la ciudad, al Palacio Negro, sede del cuartel de la policía, en cuyo sótano seguramente lo esperan los presos políticos de la jornada y donde le dará parte al teniente Villacorta de que ya cumplió la misión encomendada, disipar las sospechas de Clemen de ser objeto de vigilancia, revertir el daño que pudo haber causado el exabrupto del pendejo del Apache, al que ahora mismo tendrían en bartolina por infracción al reglamento, no merece menor castigo su delación, revelarle al objetivo que es objetivo, pedazo de mierda, como se pudo ir de la boca, comentará el teniente mientras el Vikingo le da el parte, con lo cuidadosos que han sido en esta operación. Basta un segundo para que este hilo de pensamiento relampaguee en la mente de Clemen y lo deje turulato,

sumido en el desasosiego, reprochándose darle rienda suelta una vez más a su fantasía en vez de entrar al mesón donde los compañeros lo esperan.

El Chele Panameño llegó mientras él estaba en la caseta telefónica. Luego de cruzar el portón, lo observa cuando hurga en su billetera, saca un par de billetes y los deposita en la lata de leche Ceteco, diciendo que se trata de una contribución, él no puede hacerse cargo de todos los problemas de los luchadores que pelean en la Arena Metropolitana, hace lo que puede, ya saben que la lucha libre es una pasión, pero no deja la plata que uno quisiera, por eso cada quien tiene su empleo: de qué viviría Tony Jackson si no fuera conductor de la Ruta 3, o Kali Valdez si no trabajase en el almacén Goldtree & Liebes, o el Bucanero si no tuviera su tiendita de abarrotes en el barrio Concepción, o el Apache y el Vikingo si no fueran policías, o usted mismo Severino, si no hubiese estudiado para tenedor de libros, nunca hubiera podido convertirse en The Torment, que los frijolitos son primero, así es la cosa, ya ustedes saben que para mí es un sacrificio mantener la Arena, pura pérdida a veces, aquí Clemen es testigo de lo que cuesta convencer a los patrocinadores para sostener el programa en la televisión, ¿verdad, licenciado? Que si el Chele Panameño no fuese verboso y engatusador no tendría los negocios que tiene, se dice Clemen, no en balde lo conoce desde hace más de veinte años, y está seguro de que sólo le sacarán para la colecta ese par de billetes que metió en la lata de leche Ceteco, aunque más tarde, en corto, sin testigos, Clemen quizá lo pueda convencer de que contribuya con más, que al menos pague una pequeña esquela mortuoria en el periódico, no es prudente dejarse ver tan chucho por su propia gente. Pero eso será después, porque ahora Kali Valdez dice que los de la ambulancia forense ya se tardaron demasiado, que él tendrá que retirarse, pues

cruzar el centro de la ciudad tarde en la noche, con la molotera política que ha habido, puede ser peligroso, y apela a los dos agentes policiales que permanecen junto a la puerta de la habitación del Gavilán Migueleño, también a la espera de que vengan a recoger el cadáver. Uno de ellos, el rechoncho y con labio leporino, que se ha quitado el casco, responde que los de la morgue pueden tardarse un mundo, hoy es viernes, y si ya comenzaron a beber los obligarán a pasar la noche en vela. Clemen se incorpora a la especie de círculo que vecinos y luchadores han formado en el patio interno del mesón, como si esta fuera la sala de velorio del Gavilán Migueleño, hasta sillas han sacado mientras él estaba en la cabina telefónica, una de las cuales le ofrecen a Clemen, y Dimas pregunta si alguien quiere un cafecito, que pondrá agua a hervir, aunque advierte que tiene pocas tazas, pero sólo Clemen y The Torment dicen que con gusto se lo aceptarían, en tanto los otros luchadores —el Bucanero, el Sordomudo Cruz y Zas Primero— aprovechan el momento para decir que ellos también se tienen que retirar, que por favor les avisen dónde será el velorio, aunque en verdad sólo dos de ellos lo dicen porque el Sordomudo Cruz habla a señas que pocos entienden y no escucha sino lo que en los labios lee. Que la ambulancia tendría que venir de un momento a otro, pues el doctor Mateu dijo que quería dejar la prueba de la parafina lista esta misma noche, comenta Severino como para convencer a sus colegas de que los acompañen un rato más, pero el Chele Panameño riposta que el gordo Mateu con seguridad ya firmó ese documento, no va a quedarse en la morgue la noche de viernes por un bolo muerto, lo raro más bien es que haya venido al lugar de los hechos, algo sólo explicable si alguien de arriba en la policía lo llamó porque ya conocen las marufias del Apache cuando borracho comienza a jugar a la ruleta rusa, no es al primer cristiano que se lleva entre las patas. Los

presentes se sorprenden ante la afirmación del Chele Panameño, quien, por supuesto, como dueño de la Arena Metropolitana y patrón de los luchadores, sabe más sobre ellos que cualquiera, incluido Clemen, que sólo se entera de lo que le cuentan durante las reuniones del grupo de alcohólicos anónimos, y quien además recapacita en que la rápida aparición de Mateu y del juez sólo pudo obedecer ciertamente a un llamado de las altas esferas, que casi no hicieron preguntas ni se preocuparon por verificar lo sucedido, y al juez lo único que le interesó fue el destino del revólver.

—¿Y el Vikingo no estaba con ellos cuando se pegó el tiro? —pregunta el Chele Panameño, extrañado.

Que no, el Vikingo llegó más tarde, junto con los uniformados en la primera radiopatrulla, dice Dimas desde la puerta de su habitación, en camino a poner el agua para el café.

—Como esos dos cabrones siempre andan juntos… Dios los hace y el diablo los junta —comenta el Chele Panameño, aprestándose a la despedida, y le pide a The Torment que le haga saber dónde será el velorio para tratar de darse una vuelta por la funeraria mañana temprano, en caso de que sea en San Salvador, claro—. ¿Vos te quedás? —le pregunta a Clemen.

—Sí, a ver si la familia aparece pronto —dice éste como si estuviese realmente preocupado por cumplir su papel de representante de los alcohólicos anónimos ante los deudos de un compañero, cuando en verdad su espíritu está constreñido en un rincón oscuro, maloliente, en el que cada frase que escucha despide el hedor de la sospecha, como ahora que piensa en que si el Vikingo y el Apache son tan buenos colegas que siempre andan juntos, ellos podrían ser quienes lo están vigilando, cual cazadores ocultos lo habrán observado cuando entraba a la casa de Rosa Inés y en especial cuando salía oloroso al sexo de Blanca, pensamiento que le

genera una ansiedad que trata de aplacar diciéndose que hubiera sido demasiado imbécil haberlos enviado precisamente a ellos a vigilarlo, a sabiendas de que él podría reconocerlos al mínimo descuido.

Enciende un cigarrillo y luego hurga en el bolsillo izquierdo del pantalón en busca de un caramelo de naranja, pero olvidó abastecerse por las prisas con las que salió de casa, lo que lamenta, porque un caramelo le ayudaría a contrarrestar la amargura del momento, a sacar su mente del enredo en el que está atrapada, hasta los hubiese repartido entre el Chele Panameño y los luchadores que se han despedido y que, al cruzar el portón, se encuentran con el Mongol, el Diablo Rojo y el árbitro estelar de la lucha libre, Tío Tigre Cardoza, otro viejo conocido de Clemen de la época de México, quienes vienen entrando al parecer con varias cervezas entre pecho y espalda, que el barullo chabacano con que saludan, la gestualidad exagerada, Clemen la reconoce a la distancia, seguramente estaban en plena juerga cuando les llegó la noticia del deceso. Quieren ver de inmediato el cuerpo, pero los agentes les cierran el paso, que no pueden entrar a la habitación, ésas son las órdenes, además no hay nada que ver, el cuerpo está cubierto por una sábana, les dice el agente rechoncho y con labio leporino, quien se ha puesto de nuevo el casco y está avispado por la agresividad que les percibe.

—¿Y éstos?… ¿No nos van a dejar entrar? —dice el Mongol, retador, plantado frente a los agentes que cubren la puerta, dispuesto a pasar sobre ellos, que de tan fornido apenas cabe en las camisas, y su fama de luchador rudo y zamarro compite con la del Apache. Su actitud agresiva es tal que los policías han llevado sus manos a la cintura y parecen decididos a desenfundar.

—Tranquilo, Mongol, que ellos sólo están haciendo su trabajo —

dice The Torment, conciliador, y poniéndose de pie por si su excolega pierde el control—. No es su culpa; cumplen órdenes.

Clemen también se ha puesto de pie, pero nada dice, que ni el Mongol ni el Diablo Rojo son sus compañeros de abstinencia, sólo escucha la perorata del primero, quien, aún encendido, despotrica contra la policía de mierda, contra el maldito gobierno que les ha robado las elecciones, que ha impuesto de presidente a ese coronel hijo de mil putas, más tarado que los dos pendejos uniformados a los que tiene enfrente; y ese maricón del Apache, lo que vino a hacerle al Gavilán Migueleño, cuilio tenía que ser el muy cabrón, momento en el que Clemen entiende que el Mongol está más borracho de lo que parece y que si vienen alebrestados no es por el típico jolgorio de viernes en la tarde, sino porque bebían para sacarse de encima la furia producida por la derrota opositora ante los militares, y que seguramente antes estuvieron presentes en la multitudinaria manifestación de protesta en el parque Libertad, donde Duarte y otros líderes de la oposición arengaron a las masas sin que por suerte se produjesen incidentes violentos, al menos hasta el momento en que Clemen salió de casa, luego del noticiero de las seis. Una vez terminada la andanada de insultos, el Mongol parece haberse calmado un poco, aunque aún tenga la rabia en el rostro, y busca una silla libre, pero entonces, como quien de pronto recuerda lo más importante, propone al Diablo Rojo y a Tío Tigre Cardoza ir a la tienda vecina a comprar cervezas, pero sólo aquel le hace la segunda, mientras que el árbitro dice que ya está empanzado, que tal vez después de orinar se anime. Apenado, The Torment voltea hacia Clemen, como sintiéndose culpable de que sus colegas luchadores se propongan traer bebidas alcohólicas; éste se alza de hombros, hace un guiño, que no importa.

Pero una intensa sensación de incomodidad se le ha metido en el

cuerpo a Clemen, una sensación que nada tiene que ver con el hecho de que la espera de la familia del Gavilán Migueleño pueda adquirir tintes de velorio de bebedores, eso no le molesta, que cuando se reúnen en casa Esther y sus amistades él mismo se encarga de prepararles los cocteles, nada tiene contra la gente que bebe por esparcimiento o para sacarse las penas de cuando en vez, a los que trata de ayudar son aquellos que viven el alcoholismo como una enfermedad incontrolable que les arruina la vida, pero lo que ahora le incomoda, lo que le impide desplegar su simpatía, es otra cosa, esa sospecha reafirmada por el Mongol de que la muerte del Gavilán Migueleño pudo haber sucedido de una forma más siniestra, y también la certeza de que ese pequeño mundo de los luchadores en el que hasta ahora se sentía a gusto, seguro, bien querido, se ha trastocado, pues a través de la presencia del Vikingo y del Apache percibe la amenazante mano del general, la sordidez y la malevolencia del poder que amenaza con caerle encima. Lo acometen las ganas de largarse, y a punto está de hacerlo, cuando Dimas viene con sendas tazas de café, y dice que enseguida traerá la azucarera, y luego le señala a Tío Tigre Cardoza el sitio donde están los sanitarios del mesón.

En muchas personas la curiosidad es más fuerte que el miedo, prefieren saber lo que pueden saber, aunque después lo sabido les impida pegar ojo en la noche, y muy pocos son aquellos que deciden mejor largarse, taparse los oídos o cerrar los ojos, que el mismo que dice y repite que la curiosidad mató al gato, cuando le toca su turno felino no quiere perderse ni pizca del detalle. Quizá eso explique que Clemen no se haya despedido, pese a haber terminado el café y a que su sensación de incomodidad persista, que lo dicho por el Mongol ha detonado su curiosidad, supone que la cerveza que el luchador tiene ahora en la mano le irá tirando de la lengua, que

pronto podrá vislumbrar una capa más oscura de lo que sucedió con el Gavilán Migueleño en esa habitación cuya puerta está a sus espaldas. O quizá lo que lo mantiene en su silla es la súbita entrada en escena de Miguel «Miguelito» Álvarez, el famoso locutor deportivo y en especial de la lucha libre, cuyo estilo de narrar, intenso y florido, hace del espectáculo en el cuadrilátero el deleite de los televidentes los sábados a las nueve de la noche, un estilo de narrar en el que la pasión al rojo vivo, el énfasis y la ocurrencia, convierten cada acontecimiento en un imán para quien sentado en el sofá de su casa mira el combate en la pantalla chica, un estilo, en fin, aprendido en la radio, donde «Miguelito» se formó en el oficio y donde se conocieron con Clemen, quien en aquel entonces tenía un programa cómico en la radio YSU, ciertamente popular, pero nunca con la audiencia de los de Miguel «Miguelito» Álvarez, nada raro que la pasión por el deporte esté por encima del gusto por la gracejada.

«Miguelito» quiere entrar también a la habitación donde yace el Gavilán Migueleño, pero los agentes lo disuaden, aunque con maneras amables, que él no viene pasado de tragos ni golillero como el Mongol, sino que entiende la situación, no insiste, y su popularidad es tanta que uno de los vecinos, un flaco cejudo y descamisado que ha permanecido de pie fumando en silencio, corre a su habitación por una silla para el afamado locutor, quien se abre un lugar entre The Torment y Clemen, donde enseguida se apoltrona y pide que le cuenten los detalles, que el mensaje que le dejó con su mujer el Chele Panameño era que el Gavilán Migueleño se había suicidado, ante lo que The Torment y Dimas repiten la versión de los hechos.

—Aquí hubo mano peluda: para mí ese cabrón del Apache lo obligó a matarse —dice con rabia el Mongol, luego de empinarse el resto de su cerveza, y mira con gesto retador a los agentes.

—Ve, como si nosotros tuviésemos vela en el entierro… —riposta el agente rechoncho y con labio leporino que no ha bajado la guardia, sacando pecho y sosteniéndole la mirada al Mongol.

—No es la primera vez que al Apache le entra la locura de la ruleta rusa cuando está bolo —dice «Miguelito»—. Él mismo se jacta de que dos colegas detectives se le han quedado en el camino. La mala suerte del Gavilán…

—El diablo del alcohol —comenta Clemen, observando al Mongol.

Y entonces un clic alumbra su mente, como si de pronto una descarga hubiese cerrado el circuito de sus asociaciones, y en ese flashazo ve lo que siempre ha estado ahí y no ha querido ver, la mano peluda del sargento de la policía de San Miguel, el que se quedó con la mujer del Gavilán Migueleño, empujando al Apache para que sucediera lo que haya sucedido en la habitación a sus espaldas, y tiene la corazonada que eso que acaba de ver es lo que también tiene encabronado al Mongol, y quizá a alguno más que lo sabe o lo intuye y no se atreve a decirlo, que a nadie le gustaría quedar en la mira del Apache por irse de la boca, pues la única técnica detectivesca que éste conoce y aplica es la tortura en las ergástulas apretujadas en el sótano del Palacio Negro, lo que no es un chisme, él mismo se jacta de ello cuando está con las copas para ganarse la fama de cruel y desalmado, tal como a Clemen le han filtrado aquellos luchadores que antes eran compinches de farra del susodicho y que ahora son sobrios compañeros del grupo.

Azorado por su descubrimiento, pero diestro en el disimulo, Clemen está a punto de encender un cigarrillo cuando la ambulancia de la morgue se estaciona frente al portón y, al unísono, todos se ponen de pie y se abalanzan para escoltar a los camilleros.

5

Que la cosa está muy fea, dice Miguel «Miguelito» Álvarez, una vez que a solas han quedado en el corredor del mesón —Clemen, The Torment, Dimas y el afamado locutor deportivo—, que los demás luchadores y vecinos se largaron luego de que la ambulancia hubo partido con el cadáver del Gavilán Migueleño, y hasta los policías también se fueron, no sin antes cerrar la habitación, escenario del suceso, pese a que Clemen les pidió que la dejaran abierta porque pronto llegarían los familiares y no podrían entrar, quién sabe dónde la llave estaba, quizá encerrada en el mismo cuarto o iba en la ambulancia dentro del bolsillo del fenecido, ante lo que el policía rechoncho y con labio leporino respondió que la orden recibida era cerrar la habitación, y eso era lo que estaban cumpliendo, que ellos ya no tenían vela en este entierro. No fue sino hasta que los agentes hubieron desaparecido cuando The Torment dijo que él tenía consigo una copia de la llave, que su amigo le había dado a guardar por cualquier emergencia.

Sí, muy fea está la cosa, continúa Miguel «Miguelito» Álvarez en voz queda, él estuvo un rato entre bastidores esta tarde en el mitin del parque Libertad, mientras los oradores de la oposición en la tarima lanzaban discursos en protesta por la imposición del coronel Molina como presidente, bien entonados la mayoría de ellos, hasta el propio Loco Duarte tenía varios whiskies entre pecho y espalda, y no

sólo entonados sino bravucones, unos alardeando de que los gringos no permitirán tal desaguisado, presionarán para que la Corte Suprema anule el nombramiento de la Asamblea y se haga un nuevo recuento de votos o nuevas elecciones, y otros que se frotaban las manos diciendo que ya viene el golpe de Estado, que un sector militar no tolerará la imposición del coronel en la estaca presidencial.

—Están soñando con pajaritos preñados si creen que los gringos los van a ayudar —dice Clemen.

—¿Por qué decís? —pregunta Miguel «Miguelito» Álvarez.

Los otros lo quedan mirando, atentos a que desembuche, a la espera de un chisme caliente y de última hora.

Pero Clemen, qué va, ni que tuviese la papa hirviendo en la boca la escupiría, si así es como la comida le gusta, y menos en tal momento y lugar, cuando lo último que se le ocurriría es sumar otra preocupación a la que ya padece por el polvo insensato, y su comentario ha sido sólo coartada para retroceder a un recuerdo que comparte cuando la ocasión lo amerita, como ahora mismo, y tanto lo comparte que en más de una ocasión un oyente le ha dicho que eso ya se lo ha contado, pero como al brillo del recuerdo no lo rige la cordura, procede al relato: en el golpe de Estado del domingo 2 abril de 1944 contra la dictadura del general Martínez, él vivió como testigo privilegiado y hasta en carne propia cómo los gringos le dan carreta a uno y después lo dejan colgado de la brocha, en cosas de política, claro está, que en lo personal él nunca hablaría mal de ellos.

La cosa fue así: estaba Clemen esa tarde del lunes 3 de abril, junto a otros conspiradores, en las oficinas del Telégrafo, que se habían tomado por la fuerza desde el día anterior, cuando entró un telegrama para el embajador de los Estados Unidos en El Salvador, un telegrama enviado desde el Departamento de Estado, y habida cuenta de que la embajada y su gobierno estaban de acuerdo

solapadamente con la iniciativa para derrocar al dictador, y varios de los líderes alzados habían sido formados en escuelas militares estadounidenses, los ocupantes del Telégrafo decidieron que había que hacer llegar de inmediato el telegrama al embajador, correr el riesgo de quedar atrapado en uno de los combates callejeros en que aún estaban enzarzadas las tropas gubernamentales y las rebeldes, pues la situación aún no se definía, el dictador se había pertrechado en el Palacio Negro, el cuartel de la policía, contaba con el apoyo de la Guardia Nacional y esperaba la llegada de tropas fieles del interior del país mientras negociaba con los oficiales golpistas. Y como Clemen tenía buenos contactos en la embajada, y estaba envalentonado por los tragos que habían corrido como agua de mayo entre los alzados que ocupaban el Telégrafo, y además no soportaba la tensión nerviosa producida por la espera de que la artillería destrozara el cuartel de la policía con el dictador adentro para definir la victoria de los golpistas, le urgía darse aire, salir a la calle, se propuso el primero para la misión de ir a la embajada a entregar el telegrama, a lo que todos asintieron, siempre y cuando lo acompañara el flaco Gavidia, también con excelentes contactos en la embajada gracias a que sus dos hermanos, jóvenes tenientes recién llegados de Fort Bragg, estaban metidos hasta las cachas en el golpe.

El edificio de la embajada en esa época estaba en la calle Arce, a pocas cuadras del Telégrafo. Se fueron a pie, escupidos, alertas, pero por suerte los tiroteos se oían lejos, al otro lado de la ciudad, por el Palacio Negro y el Primer Regimiento de Infantería, y llegaron sin problema. Cuando vieron el telegrama, los marinos que custodiaban el portón les permitieron entrar de inmediato. El lobby zumbaba: había una media docena de políticos y ricachones que apoyaban el golpe, y diplomáticos, en gran alharaca, tensos, a la

espera de que la situación se resolviera, y quienes, sabiéndolos protagonistas de la asonada, los rodearon y atiborraron con preguntas. Clemen le entregó el telegrama al agregado político, el rubio gigantón que les pidió que esperaran por si el embajador necesitaba enviar una respuesta, solicitud que a los recién llegados les cayó al pelo para quedarse en el lobby, en el chisme, y para servirse sendos tragos de la botella de whisky, dispuesta en una de las mesitas del salón. En esas estaban cuando llegó el rumor de que el golpe había fracasado, que el general les había doblado el brazo a los jefes militares. No podían dar crédito, si se trataba sólo de bombardear el Palacio Negro para acabarlo. Les ganó la voluntad el muy zamarro. Y en eso oyeron un estruendo frente al portón de la embajada: era un tanque que se había detenido y del que bajó trastabillando el coronel Tito Calvo, uno de los dos máximos líderes de la asonada, el muy maricón, en vez de usar el tanque para atacar el cuartel de la policía, venía con el miedo destilando en la jeta borracha, a implorar protección, a que le dieran asilo político los gringos. Aquello fue el sálvese quien pueda. Varios de los presentes, incluidos Clemen y el flaco Gavidia, clamaron que ellos también solicitaban asilo político. Pero fue en ese momento cuando el coronel Massey, agregado militar de la embajada, le dijo a Clemen, tomándolo del brazo, que lo acompañara a su oficina. Clemen lo siguió sin idea alguna de lo que éste quería. Todos estaban tan desconcertados y cagados del miedo que nadie entendía nada. Una vez en su oficina, el coronel abrió la puerta de un armario grande y le dijo a Clemen que se metiera ahí y permaneciera encerrado hasta que él le avisara. Sorprendido, Clemen le preguntó para qué, si lo que él necesitaba era solicitar asilo político para que el Brujo no lo fusilara. Massey casi le ordenó que se metiera, que confiara en él, que después le iba a explicar. Y Clemen le hizo caso.

—Por eso me salvé —dice y lanza una bocanada de humo.

—¿Cómo? —pregunta The Torment.

Dimas y Miguel «Miguelito» Álvarez permanecen atentos.

—El gobierno de Estados Unidos no le dio asilo político a nadie —explica Clemen—. Massey ya sabía lo que sucedería. Y me salvó el pellejo, porque a los que estaban en el lobby y solicitaron asilo, al recibir la respuesta negativa del Departamento de Estado, se les exigió que desalojaran la embajada y afuera los esperaban las tropas del general.

Los cuatro permanecen en silencio, pensativos.

—Qué jodida… —dice Dimas.

—Los gringos no van a ayudar a Duarte entonces —comenta The Torment.

Clemen se alza de hombros; termina el cigarrillo y se abalanza para apagarlo en el cenicero que Dimas ha puesto en el suelo.

—¿Y qué les pasó a los que se llevaron presos? —pregunta Dimas.

—A Tito Calvo lo fusilaron; a los demás los encarcelaron. Y a mí también me hubieran fusilado, pues me condenaron a muerte en el juicio sumario que hicieron una semana después. Si no es por Massey, que me tenía cariño, y se llevaba muy bien con mi abuelo, no lo estaría contando.

Esa es la historia que ha ido afinando a lo largo de veintiocho años, y que se cuida muy bien de adaptar, un matiz aquí, un silencio allá, de tal forma que conmueva a la particular audiencia que lo escucha, porque la verdad tiene demasiadas aristas y siempre despierta suspicacias, y de tanto contar una misma historia el relator termina creyéndose aquellas fantasías añadidas para hacer brillar su bravura o buena suerte, y las cuenta con una convicción que no deja dudas, como en el caso de Clemen, a quien seguramente refutaría uno de aquellos que estaba en el lobby de la embajada, por ejemplo

el flaco Gavidia, que daría cuenta de que fue Clemen quien subrepticiamente se metió al despacho de míster Massey, como si ya estuviese enterado de los acontecimientos que se les venían encima. Y también queda en un silencio brumoso el hecho de que la protección recibida en la embajada no fue ajena a la amistad de Clemen con las damas de varios diplomáticos, en especial de las legaciones de Estados Unidos y México, con quienes formó un grupo de teatro amateur para entretenerse una vez a la semana, en el que participaban las señoras del embajador, de míster Massey y la hermosa Tracy Gardiner, esposa del agregado cultural, cuya imagen pasa ahora fugaz, como un viento tibio, por la mente de Clemen, tan fugaz que no alcanza a ver la semejanza entre la aventura que le salvó el pellejo en aquella ocasión y la que en este momento lo acecha.

El patio del mesón está medio a oscuras, las habitaciones con las luces apagadas, con excepción de la de Dimas, desde cuya puerta abierta sale un cono de luz que los alumbra. Los vecinos han desaparecido. Es noche de viernes. Murmullos y carcajadas se filtran desde el parque por el portón que han dejado abierto.

Clemen mira su reloj de pulsera: son pasadas las nueve. Tiempo de partir, piensa.

Se fumará el último cigarrillo.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el armario? —le pregunta Miguel «Miguelito» Álvarez.

Pero entonces oyen un coche que se detiene enfrente del mesón, puertas que se cierran, el auto que arranca y unas pisadas acercándose apresuradamente.

The Torment se pone de pie; los otros tres voltean.

Tres mujeres y un hombre entran a los trancos; con pañuelos en la nariz, ellas apagan sus sollozos.

Le preguntan a The Torment dónde está el cuerpo.

Éste les dice que ya se lo llevaron a la morgue, mientras las abraza.

Enseguida, los presenta: la madre, el hermano, la hermana y la esposa del Gavilán Migueleño.

Gallina que come huevo, aunque le quemen el pico, reza el refrán, que no se le podría aplicar cabalmente a Clemen, porque el pico sólo con el cigarrillo le humea, pero el temor padecido desde que se enteró de que el general sospecha de su enredo con Blanca, debería refrenarlo, como si fuese un tizón en brasas que le han acercado peligrosamente a la boca y hasta comienza a tostarle los pelos del coqueto bigote, de acercarse a las mujeres ajenas. Pero como la manía es destino, no puede sino poner su atención y cortesía en la guapa trigueña joven, sobre cuyas macizas piernas y su hermoso trasero no puede quedar la menor duda, aunque el vestido de luto negro le cubra hasta las rodillas, a quien The Torment le ha presentado como doña Yolanda, la señora de Ismael, que ése era el nombre de pila del Gavilán Migueleño, Ismael Villaseñor, vale la pena recordarlo ahora que están en familia donde cada quien se llama como se llama, algo que no afecta a Clemen, quien le pregunta a Yolanda dónde lo velarán, a lo que casi al unísono responden ella y los otros que en San Miguel, que ya hablaron con la funeraria Ibarra para arreglar el traslado del cuerpo a la capital de provincia. Que muerto el luchador no habría pecado, y por ello la atracción que Clemen ha sentido súbitamente hacia esta trigueña no es comparable con sus otros enredos, es una idea que fugaz pasa por su mente y que en verdad va como perseguida por el diablo de la otra imagen en que el Gavilán Migueleño hace su autocrítica frente al grupo de compañeros alcohólicos anónimos, donde decía que su recaída había sido causada por su conflicto marital, que su esposa se

estaba viendo con una sargento de la policía y él reaccionó con violencia, lo reconocía entonces contrito, por lo que ella lo abandonó.

Clemen voltea hacia The Torment con la interrogante en el rostro: algo no encaja en la escena de la que es partícipe, algo se le ha ido de las manos, porque en su imaginación Yolanda ya estaría compartiendo vida conyugal con el sargento de la policía y la familia del Gavilán Migueleño tendría que, si no haberla repudiado, al menos tratarla con frialdad, pero nada de eso sucede frente a las narices de Clemen, muy al contrario, Yolanda y la madre del luchador entran ahora abrazadas y sollozando a la habitación, cuya puerta Severino presto ha abierto. Clemen se acerca tras el grupo, sin querer ser intrusivo, un paso atrás de The Torment, cuando la madre le pide a la hija menor que consiga un balde con agua y un trapeador para limpiar la sangre, y Dimas solícito conduce a la chica a los lavaderos al fondo de la casa y entonces el hermano mayor, muy parecido al Gavilán Migueleño, pero más flaco y avejentado, dice que irá al teléfono público a confirmarle a los de la funeraria que envíen la carroza a la morgue lo más pronto posible.

Clemen y Miguel «Miguelito» Álvarez permanecen en el corredor, frente a la puerta de la habitación, fumando, mientras los llantos resuenan en el silencio del mesón, de la noche estrellada.

—Los llevamos en los dos carros a la morgue —le dice Clemen por lo bajo—. Ya ves que en mi Austin no caben todos.

—Yo me los puedo llevar. En mi carro caben. No te preocupés.

—Me parece que Severino y Dimas los querrán acompañar —dice Clemen y una vez más mete por reflejo su mano en el bolsillo del pantalón: lamenta no tener sus caramelos.

La hermana menor y la madre han puesto manos a la obra para limpiar la sangre: echan media cubeta de agua y van empujando con

el trapeador el líquido rojizo hacia la puerta. Dimas ha traído otro trapeador y también pone manos a la obra.

Yolanda ha comenzado a sacar la ropa del armario y a colocarla sobre la cama, donde también ordena las pocas pertenencias personales del difunto.

Pronto regresa el hermano mayor y dice que lo más conveniente es que la hermana menor se quede limpiando y arreglando la habitación mientras ellos se lanzan a la morgue. La pasarán recogiendo en la camioneta de la funeraria cuando vengan de regreso.

Dimas dice que él la puede ayudar a limpiar y ordenar.

—¿Cuándo se van para San Miguel? —pregunta Clemen.

—Hoy mismo. En cuanto nos entreguen el cuerpo.

—Yo los acercaré en mi carro a la morgue —dice Miguel «Miguelito» Álvarez—, que el de Clemen es un huevito.

—Muchas gracias —dice el hermano mayor. Y apura a la madre y a Yolanda, que lo mejor es que se vayan ya para recoger el cuerpo.

Ellas salen al corredor.

Severino aprovecha para entregarle a la madre el dinero que han recolectado entre luchadores y amigos. Le agradecen.

—Es muy poco —dice él—, pero en algo ayudará.

—No se preocupe —dice el hermano mayor—. La alcaldía ya nos ofreció ayuda con el pago de la funeraria. Me dijo el alcalde que mi hermano será declarado «Hijo meritísimo de San Miguel». Tiene muchos admiradores allá.

Dimas sale a despedirse de Clemen y de Miguel «Miguelito» Álvarez; a los otros los verá cuando regresen a recoger a la chica.

Se encaminan hacia el portón.

Salen a la noche del parque, donde aún quedan pequeños grupos de vecinos, cuyos cuchicheos son apagados por una súbita y

refrescante brisa nocturna.

—¿Estás seguro de que caben en tu carro? —insiste Clemen.

—Sobrará espacio —dice Miguel «Miguelito» Álvarez, estirando su brazo para señalar el viejo Ford que yace como ballena echada junto al parque.

Clemen se despide. Cuando le tiende la mano a Yolanda, busca su mirada, pero ésta no levanta la vista ni deja de cubrirse la nariz con el pañuelo que limpia sus sollozos.

Clemen los observa encaminarse al Ford mientras enciende otro cigarrillo. Permanece un momento fumando en la acera, disfrutando de la brisa. Algo se le ha ido de entre las manos: o las autocríticas públicas del Gavilán Migueleño ante el grupo de alcohólicos anónimos eran falsas, invenciones y faramallas, nada raro que suceda, aunque en este caso la presencia de Severino y de los demás luchadores en el grupo garantizaba un conocimiento directo de la situación del compañero; o, lo más probable, se dio una reconciliación de pareja de última hora sin que Clemen se enterara, lo que levantaría otra interrogante: ¿por qué recayó el Gavilán Migueleño, y precisamente con el Apache? Y hasta ahora se pregunta también si Severino le dijo a la familia de la víctima las circunstancias en que había muerto; nada hablaron de ello.

Camina despacio, pensativo, hacia el Austin Cooper. Se siente agotado: ha sido un día intenso, de emociones convulsas y pensamientos asfixiantes. Su oficio de buen samaritano ha terminado. Es hora de volver a casa y descansar. Abre la portezuela. Algo se le ha ido de entre las manos: la imagen de Yolanda, sus piernas, su aroma, su mirada escabullida. Echa a andar el coche. Maniobra para salir y entonces se fija en el tipo que descansa en una banca, como si fuese un vecino tomando el fresco de la noche, y se dice que éste podría ser el mismo sabueso al que no percibió al salir

de la casa de Rosa Inés, aún embriagado por la fogosidad de Blanca.

6

No puede dormir. Fuma, tendido y sin hacer movimientos, que Esther ya ronca a su lado, y lo peor que podría pasar es que despierte y comience con la jodedera: por qué está él en vela fumando, que apague el cigarrillo y la lámpara de la mesa de noche, que duerma como la gente en sus cabales. Y él, ya recocido en la amargura, le diría que está a la espera de que el veneno que le circula por el cuerpo se diluya, desaparezca bajo el peso del cansancio, y ella respondería retadora, y se armaría de nuevo la de San Quintín con el consiguiente zarandeo, como sucedió hace poco más de una hora, cuando ella lo riñó por llegar tan tarde, por haberse quedado tanto tiempo con los luchadores, que a ella no le hubiese importado que pernoctara en un velorio normal, pero con esa gentuza, nada provechoso puede sacarse de pasar la noche con borrachos que juegan a la ruleta rusa y terminan volándose los sesos, dicho con el veneno que ahora él tiene en el cuerpo y le impide dormir, el típico reclamo filoso, insultante y provocador que ella maneja con destreza y ante el cual él casi siempre consigue controlarse, no reaccionar, pero que en esta ocasión rompió sus riendas, demasiada carga atribula su ánimo, y por eso perdió la paciencia y le espetó con la voz alzada que no lo tratara como un niño, que dejara de decir estupideces y de ofender a gente que nada le había hecho y a un muerto del que nada sabe. Indignada, ella

contrajo el rostro como quien huele excrementos, le dio la espalda y fue a sentarse al sofá frente a la tele, no sin antes recriminarle que con sus gritos seguramente había despertado a los niños. Y helo aquí de nuevo, amargado, rezongando contra sí mismo ante la vida que le resta junto a esta mujer, caramba, ha aguantado ocho años conviviendo bajo el mismo techo, qué alto precio se paga por la infatuación, por Dios, con qué ganas se comió a aquella niña bien de veinte años que trató de hacerle creer que esa era su primera vez en la cama, aunque no hubo sangre en las sábanas, cómo iba a importarle tal detalle precisamente a él, un hombre de cuarenta y dos años, revolcado por la vida, sin más profesión que la sobrevivencia gracias a sus virtudes histriónicas, que por un golpe de suerte había llegado como agregado cultural de la embajada salvadoreña en Tegucigalpa, en verdad empujado por ciertos viejos amigos influyentes, y que entonces disfrutaba no sólo pavoneándose en su condición de diplomático, que nunca antes la tuvo ni después la tendría, sino también relamiéndose los bigotes como viejo gato cuando en secreto a sus íntimos les contaba que estaba acostándose con una chica de la *high class*, recién retornada de estudiar en Washington, perteneciente a una familia de abolengo político, una chica con la que se encontraba en citas furtivas en las que al placer del sexo sumaba el de la transgresión; con qué ganas se comía aquel *bocatto di cardinale* convertido en la mujer regordeta de la que ahora reniega, por Dios, con qué fruición salivaba y embestía, hasta que la familia de ella se enteró y puso el grito en los cielos, que esa sociedad pueblerina, ultraconservadora y cachureca no podía tolerar que una de sus niñas predilectas estuviese en contubernio con un diplomático de cuarta categoría veintitrés años mayor que ella, un abusivo que sin duda estaba aprovechándose de su ingenuidad y candor, cuando en verdad era ella con su coquetería

y ganas de comerse el mundo quien lo había hecho caer entre sus piernas, se repite Clemen mientras fuma su cigarrillo con la lámpara de la mesa de noche encendida y sin poder conciliar el sueño. Cada vez que tiene una disputa explosiva con Esther, y tiempo suficiente para reflexionar sobre lo sucedido, se dice que la infatuación es la peor enemiga del hombre, hija pizpireta de la ambición y la vanidad que nos conduce a meternos en celadas de las que difícilmente saldremos y que pronto asumiremos como destino, como le sucedió a él, qué caros pagó esos polvos, caramba, porque a causa de las intrigas de la familia de ella pronto lo llamaron de regreso a San Salvador y perdió su cargo diplomático, y en vez de olvidarse del asunto y volver a la vida que había llevado, infatuado al extremo se empeñó en conseguir a la que ahora padece. Pero a esta recriminación que a sí mismo se hace, por un movimiento pendular de su espíritu, le sigue la idea de que debe verle la buena cara a la vida, que gracias a ella dejó la bebida, formó una nueva familia y hasta casa propia tiene, ¿le parece poca cosa?, una viga a la que aferrarse que antes ni de broma, y el sentimiento de repugnancia hacia el yugo que se echó encima se convierte en reconfortante resignación, momento en el que termina el cigarrillo, apaga la lámpara y se reacomoda bajo las sábanas. «Ya era hora, niño», murmura Esther, como si hablase entre sueños.

Pero sabido es que no siempre la mente a la voluntad obedece, y el ruego de ésta pidiendo dormir no cala en aquella que tan agitado día ha tenido, y así, Clemen permanece en vela, y pronto vuelve al mambo de Blanca y el general, y se sorprende al descubrir que sólo la infatuación pudo haberlo llevado a semejante lío, y que quizá esa sola razón esté detrás del impulso que lo ha llevado a acostarse con las que se ha acostado, en especial aquellas adúlteras a cuyos maridos ha tratado, el placer de verles la cornamenta cuando de

algo se jactan, por Dios, que debe sacarse esos pensamientos de la cabeza si quiere conciliar el sueño, y para ello recurre a la oración al Cristo Negro de Esquipulas, y se toca el escapulario en su pecho bajo el pijama, que ni para dormir se lo quita, y le promete contrito que nunca jamás volverá a meterse con una mujer casada si de este desaguisado indemne lo saca. Y repite una y otra vez ruego y promesa: «Señor, que eres voluntad de la luz, te ruego me ilumines y me perdones mi esclavitud de la lujuria. Te prometo que, con todas las fuerzas de mi espíritu, y con tu ayuda, resistiré la tentación de volver a caer en el pecado de la carne. Ayúdame, Señor, que eres voluntad de la luz…». Y quizá el Cristo Negro de Esquipulas lo escucha, porque va entrando poco a poco en la duermevela, esa plácida somnolencia en la que se desliza a la calle frente al parque, junto a su Austin Cooper, en el momento en que le abre la portezuela a Yolanda, la viuda del Gavilán Migueleño, para que se acomode en el asiento del copiloto, que la conducirá a la morgue, mientras los otros se apretujan en el carro de Miguel «Miguelito» Álvarez, y una vez que se ponen en marcha percibe el olor a sensualidad de esa mujer, y mira de reojo su perfil y esas firmes piernas trigueñas que lo han impresionado, que le han despertado una ansiedad que sólo controla por las circunstancias de duelo en que se encuentran y porque ella, entre sollozos, le dice que todo ha sido tan súbito, tan imprevisto, nunca imaginó que Ismael terminara de esa manera, que la dejara sola con los dos niños, pero tenía un lado endemoniado que se le disparaba con el alcohol, usted porque nunca lo vio en esos arrebatos, señor, sino que seguramente nada más tiene la impresión de cuando llegaba a las reuniones de alcohólicos anónimos como corderito arrepentido, pero poco le duraba la sobriedad, por eso lo dejé y me fui con los niños a vivir a casa de mi madre, porque pese a los esfuerzos de don Severino y de

usted, siempre volvía a las andadas, pero como el alcohol le había torcido la mente, que con el diablo adentro sólo lo peor se piensa, la acusó de haberlo dejado para irse a vivir con un sargento de la policía, un tal Saúl con el que se tenían inquina, y con el que ella nada nunca ha tenido, sino que, por el contrario, se ha visto obligada a lidiar con su acoso, que el rufián ese está empeñado en poseerla, siempre ronda por donde ella anda, con su siniestra cara de piña, e Ismael, en su delirio, no sólo la golpeaba físicamente sino que la acusaba de adúltera, por eso lo dejó, y ahora además debe cargar con la culpa, porque no faltará quien crea que él se mató porque ella lo había abandonado por el otro. Es en ese momento cuando el sollozo se convierte en llanto incontrolable. Van por la Tercera Avenida, a la altura del Parque Infantil. Clemen detiene el coche a un costado, saca el pañuelo de su bolsillo y se lo tiende, diciéndole que ella no tiene culpa de nada, ha hecho lo correcto, protegerse y sacar a los niños de un ambiente doméstico viciado de violencia, que el destino y la muerte de un hombre son asuntos de la Providencia, que nada podemos contra los designios de ésta, y que ahora debe pensar en el futuro, en que los niños salgan adelante, en cómo evitar que sufran un trauma por la muerte de su padre, y mientras esto dice comienza a acariciarle tiernamente la cabeza, para que se calme, para que detenga su llanto, soba esa cabellera negra olorosa a champú barato, pero que a él lo electriza, y enseguida le acaricia con delicadeza la nuca, y ella empieza a sosegarse, y él sigue con su mano dándole un suave masaje hasta los hombros, por sobre el vestido al principio, pero enseguida por debajo, recorriendo con dedos temblorosos la piel de esa espalda color canela, sobándola, a veces apretando un poco, enseguida apenas rozándola con las yemas, y ella se yergue en el asiento y voltea con una mirada en la que no hay reproche, sino un poco de

sorpresa por la electricidad que le sube por el cuerpo, la humedad que se insinúa en la entrepierna, que le cambia el aliento y la hace separar los labios, a la espera del aliento de Clemen que ahora se acerca. Pero entonces oyen el súbito sonido de un auto que se detiene con violencia frente a ellos: es un Jeep del que bajan feroces y pistola en ristre el Apache, el Vikingo y un tipo con una siniestra cara de piña.

—¡Puta! —exclama Clemen.

Y despierta azorado, con la respiración muy agitada.

—¿Qué te pasa? —dice Esther, volviéndose bajo las sábanas.

Clemen se incorpora en la cama, enciende la lámpara y toma el vaso con agua.

Bebe varios sorbos. Respira profundamente, tratando de recuperar el aliento.

—Nada. Una pesadilla —masculla, al fin, volviendo poco a poco a la calma.

—¿Qué soñaste? —inquiere Esther.

—No recuerdo —miente—. Dormite.

Sale de la cama, medio tembleque, y toma el vaso.

—Voy por más agua —musita y va hacia la cocina.

Abre el refrigerador, se sirve de una de las botellas de agua fría, bebe un largo trago y, en el camino de regreso, sigiloso se detiene a ver a través de la puerta entreabierta de la habitación de los niños.

SEGUNDA PARTE

LA JORNADA DEL SÁBADO

7

Que los intensos sueños que de vez en cuando lo acometen momentos antes de despertar, cual enviados por el alba, contienen un mensaje cifrado que le destina el mundo invisible, es una firme creencia de Clemen, tan firme que cuando el sueño termina y él tiene conciencia de haber despertado, no abre los ojos ni hace movimiento alguno, sino que permanece como cazador inmóvil para evitar que la presa escape, tratando de retener el sueño lo más posible, saborearlo, grabarlo en su memoria para luego buscarle los significados, algo que no siempre sucede, como en este instante, cuando pese al esfuerzo de su memoria la mayor parte del sueño se le ha escabullido, y sólo le queda la imagen del rostro de su abuelo el coronel, un rostro anciano, las arrugas como surcos cuarteando la piel apergaminada, el rostro que tenía antes de morir y que ahora contempla a Clemen con una expresión apesadumbrada, distante, de despedida.

Permanece quieto unos segundos, repasando una y otra vez la imagen, y pronto se convence de que su abuelo le reprocha su enredo con Blanca, no puede ser otra cosa, y esa idea lo incomoda, lo obliga a abrir los ojos y a salir de la cama rumbo al cuarto de baño, en cuyo espejo confirma que ha pasado muy mala noche, tres veces despertó y le costó volver al sueño, y mientras orina se dice que no puede ser la culpa la que le está hablando en sueños, porque

a lo largo de sus vidas maritales siempre se ha liado en lo paralelo sin que se le distorsionara la mente, sino que es el miedo el que le está ladrando, y que si no hubiese ido a lo del Gavilán Migueleño la noche anterior, si no hubiese vislumbrado la relación entre el mundo de los luchadores y del general con su policía, no estaría padeciendo lo que padece, porque hasta el momento que llegó al mesón donde yacía el cadáver del compañero y el Apache bravuconeando en su ataque de psicopatía alcohólica, hasta ese preciso momento tenía la situación bajo control, había departido con Blanca y Esther con la mayor naturalidad, y estaba seguro de que lograría manejar la situación con el general la próxima vez que se encontrasen, con una naturalidad que aplacase los celos del milico, así como había logrado sortear el posible embate de la cornamenta de uno que otro marido alcanzativo. Pero ahora no está seguro de ello. Y sumido en ese berenjenal, preguntándose cómo podría recuperar la confianza en sí mismo, se ha duchado sin poner ninguna atención a sus actos e igual de zombi sale del cuarto de baño y entra a la habitación a vestirse.

—Temprano te has despertado para ser sábado, niño. ¿Qué bicho te picó? —masculla Esther aún bajo las sábanas, más dormida que despierta.

Clemen toma su reloj de la mesa de noche y comprueba que no son aún las seis de la mañana, aunque la claridad del amanecer se filtre por las persianas, y que como sonámbulo al salir de la ducha no se rasuró, ni emparejó su bigote ni revisó el tinte del cabello.

—No dormí bien —musita.

—Mi papa dice que no es bueno ver muertos antes de irse a dormir. —Esther bosteza y se despereza—. Peor debe de ser con un suicidado.

Anoche le hubiera ripostado con ganas de bronca, pero ahora

regresa en silencio al cuarto de baño, con la fea sensación de que quizá ella tenga razón, que a nadie le gusta reconocer verdad en quien siempre le lleva la contraria. Y mientras se acicala frente al espejo comprueba una vez más que no pone atención a sus actos, que una voz ha tomado el control de su mente, una voz que ha callado a todas las demás voces y que le reprocha el haberse enredado con Blanca y le advierte del peligro que corre, una voz a la que quiere silenciar, mandarla al carajo, que lo deje en paz, nada de lo sucedido puede deshacerse, que la maldición del tiempo es que no permite retroceder para intentar hacer las cosas de otra manera; a lo hecho, pecho. Y así sale del cuarto de baño y enciende su primer cigarrillo del día, y en tanto él se viste con guayabera y pantalón oscuro, Esther se ha puesto de pie, Fidelita pasa por el corredor hacia la cocina, el «Buenos días» en boca de los tres, y la rutina empieza su marcha sin contemplar la tribulación de Clemen, que la vida ni de broma se detiene hasta que la muerte pega su filazo, sólo así se explica la energía con la que Esther comienza a impartir las primeras órdenes del día: a Fidelita sobre la forma de prepararle los huevos a los niños, a éstos para que se levanten de inmediato y a Clemen para recordarle que después del desayuno debe conducir a Fidelita al mercado a hacer la compra de la semana y después debe conducirla a ella al salón de belleza de Mireya, como si alguna vez en los últimos años Clemen hubiese hecho cosa distinta en las primeras horas de la mañana de sábado, tarea la suya de conductor de mujeres, que ni la una ni la otra sabe conducir un coche, Esther por convencionalismo parroquial y Fidelita ni de broma.

—Yo quiero los huevos estrellados —dice Erasmito desde la habitación.

—Yo también —dice Alfredito.

—¡Ayer los comieron estrellados! —exclama Esther desde el cuarto de baño y enseguida repite su orden—: ¡Hágaselos picados, Fidelita, como le dije!

—¿Por qué? —reclama Erasmito—. Yo no me los voy a comer picados.

Fidelita le lleva una taza de café a Clemen, quien en el sofá de la sala hojea el periódico mientras fuma, sin que ninguna sorpresa política encuentre en sus páginas, sino lo esperado: la elección del coronel Arturo Armando Molina como presidente de la República por parte del Congreso, la primera conferencia de éste como mandatario electo en la que anuncia la participación de la mujer en la administración pública, pero ni una palabra de las denuncias de fraude hechas por la alianza opositora ni de la masiva manifestación de protesta la tarde anterior en la plaza Libertad, ni de los discursos de Duarte y los demás dirigentes opositores, como si esto simplemente no hubiese sucedido.

Clemen ha escuchado el reclamo de los niños, pero su atención ha sido dirigida a una noticia cuyo titular, «"No recuerdo nada porque estaba ebrio", dice acusado de homicidio», le hace intuir que podría ser útil para la reunión del grupo de alcohólicos anónimos esta tarde, una intuición que se ve confirmada cuando lee las primera líneas de la misma —«"Yo creí que estaba preso por ebrio, pero nunca me imaginé que por la muerte de un amigo", dijo ayer a la policía el reo Julián Chacón Hernández, de veintiséis años, sindicado por homicidio en Germán Aguilar Zaldaña»—, y aún más cuando en el segundo párrafo lee: «Chacón Hernández afirmó que con Aguilar Zaldaña eran "viejos amigos" y que siempre que había una oportunidad se tomaban unos tragos, resultando que algunas veces, al calor del licor, discutían cosas sin importancia, de las cuales no se volvían a acordar al día siguiente. El reo indicó que con Aguilar

Zaldaña se dedicaban a vender billetes de Lotería Nacional y que en la noche abordaron un taxi en la colonia Escalón, ignorando lo que sucedió después». Clemen se propone recortar la noticia a mediodía, una vez que Esther haya leído el periódico, y la usará sin ninguna duda en la reunión de la tarde. ¿Cuántas veces le sucedió a él en sus borracheras no recordar cómo había llegado a casa, ni con quiénes había bebido, ni en qué lugares habían estado? ¿Recordará ahora mismo el Apache los sucesos de la noche anterior? Pero, a diferencia del vendedor de lotería, nadie lo meterá en la cárcel y lo convertirá en sindicado, porque es él quien tiene las llaves y abre y cierra la celda. Y el tal cara de piña ¿será investigado por haber instigado el crimen para quedarse con la mujer del Gavilán Migueleño? Caramba, que la mente le está haciendo jugarretas, por eso pasa las páginas del periódico abstraído, sin prestarles mayor atención, con la certeza de que la esquela dedicada al luchador y compañero no estará ahí, porque el periódico que tiene entre manos tuvo su cierre y fue enviado a impresión antes de los sucesos, ya se dijo, y se salta la sección de páginas sociales —la favorita de Esther, donde ésta hurga con avidez los eventos de sus amistades y de aquellos a quienes conoce de nombre—, para caer en las páginas de la sección deportiva, en la que destaca flamante la cartelera de lucha libre para esta noche, encabezada por el combate triangular entre el Araña, Sordomudo Cruz y Zas Primero, precedido por el duelo semiestelar en parejas del Apache y el Conde Rojo versus el Invasor y Tony Jackson… ¡No puede dejar de ir hoy a la Arena Metropolitana! No lo dice la cartelera, pero habrá un homenaje al Gavilán Migueleño, qué duda cabe, y no quiere perderse la expresión en el rostro del Apache, saber si alguna culpa lo acongoja o si la muerte de su colega lo deja completamente indiferente, incluso cuando está sobrio, que nadie lucha con los tragos adentro, el mismo Chele

Panameño lo dictamina, y si el Apache entra al cuadrilátero como si nada hubiese sucedido, confirmaría que a la rudeza de su cuerpo corresponde una absoluta crueldad del alma, como todo en él parecería indicar, pero Clemen además tiene la corazonada de que algo importante sucederá esta noche en «la catedral de la lucha libre», tal como la llama frente al micrófono Miguel «Miguelito» Álvarez, al calor de la narración emocionante de los combates, no tiene idea exacta de qué pasará, pero no quisiera perdérselo ni se lo perderá, aunque Esther se enfurruñe. Pasa la hoja del periódico para leer la columna semanal titulada «Lucha libre», que cada sábado aparece en el mismo sitio, en la página par tras la cartelera antes mencionada, y que aparece firmada «Por: Cuerdas y llaves», curioso seudónimo tras el que se oculta la pluma del mismísimo Miguel «Miguelito» Álvarez, a quien de ninguna manera le conviene estampar su nombre en un texto de opinión que comprometería su objetividad como locutor ante la fanaticada, un texto en el que Clemen lee que el duelo estelar de esta noche forma parte del «Torneo de Eliminatoria para ir a Guatemala, donde se celebrará un campeonato por el Cinturón Latinoamericano», y que «los luchadores nacionales fueron divididos en dos grupos, el primero ya terminó su vuelta correspondiente y quedó como campeón el Apache, en tanto en el grupo dos la cosa está al rojo vivo y desempatará con el combate triangular entre el Araña, Sordomudo Cruz y Zas Primero», una información de la que Clemen ya estaba por supuesto enterado, pero que como verdadero fanático no le importa leer de nuevo y que recién lo lleva a preguntarse si el hecho de haber sido eliminado del grupo uno no habrá influido en el estado de ánimo del Gavilán Migueleño para su mortal retorno a la bebida, y precisamente con aquel que ha sido el ganador del grupo.

—¿Ya les preparó los huevos, Fidelita? —pregunta Esther cuando

sale del cuarto de baño.

—A eso voy, niña Esther.

—Yo quiero los huevos estrellados —insiste Erasmito con enfado desde la habitación.

Y Clemen sabe de memoria el numerito siguiente: Esther dará su brazo a torcer como si fuese un gesto de tolerancia, en tanto se muestra implacable en su decisión con Alfredito, a uno le prepararán los huevos de la forma que él quiere y al otro lo someterán a la orden, que no es gratuito que el niño mayor la pare en seco y ella en el menor se lo desquite, porque si bien Erasmito es hijo de ambos, sangre de su sangre, en el espíritu es hijo de su abuela Lena, quien lo crio los primeros cinco años de su vida y le ha dejado su tremenda impronta, como si fuese un bastón de mando, que ella es el poder y el dinero en la familia, el poder al que Clemen y Esther tuvieron que enfrentar esos años para lograr finalmente casarse y recuperar al niño, quien ahora sale de la habitación vestido con su uniforme de futbolista, que en las mañana entrena con el Águila Junior, un equipo de la liga infantil en el que juega la posición de defensa central.

Clemen apaga la colilla, deja el periódico en el sillón y se dirige a la cabecera de la mesa, cuando lo que cada sábado sucede ya está sucediendo, y Erasmito comienza a relatar los cambios que el entrenador quiere hacer en la alineación del equipo para el partido del domingo, ante la aparente atención de su padre, cuya mente no termina de aterrizar en la mesa a causa de la mala noche, y mientras Esther le dice con enfado a Alfredito que deje de insistir, que no acompañará a su hermano al entrenamiento, no tiene edad para ello, que nadie en la cancha de juego estará dispuesto a cuidarlo para evitar las diabluras y barrabasadas que a diario comete, hasta extraviarse podría, que siempre se mete donde no

debe, y una vez que termina de regañar a Alfredito procede al repaso de la lista de compras que hará Fidelita, y le repite que no se vaya a dejar estafar por las vendedoras, ésas son unas pícaras, que regatee. Clemen quisiera espetarle que, si tanto jode con la misma cantaleta a la empleada todos los sábados, por qué no va ella de una buena vez a hacer la compra, pero nada le dice, que sería gastar saliva y ánimo.

Y así, una vez que el desayuno ha terminado, cada cual vuelve a lo suyo: Fidelita a lavar los trastos y dejar la cocina en orden antes de que Clemen la conduzca al mercado, Erasmito a calzarse los tacos para jugar al futbol, Esther a la habitación a acicalarse frente al espejo del tocador y Clemen regresa al sillón, donde fumará su cigarrillo de sobremesa mientras bebe otro café y hojea de nuevo el diario.

8

Porque la generosidad no existiría si no llevase un beneficio al generoso, que en el sentirse bueno está la primera ganancia; en la esperanza de una recompensa, la segunda, a la cual pueden seguir varias otras, a veces confesables, a veces no, y nada raro es que al magnánimo se le esconda aquello que lo mueve, que no es el caso de Clemen, quien un par de años atrás se impuso la tarea de conducir a Fidelita en el Austin Cooper para que hiciese la compra en el mercado San Miguelito, pues le causaba un no sé qué verla regresar con tantas pesadas bolsas en el autobús de la ruta 1 que se asoma a la colonia, de tal forma que todos los sábados en la mañana ella se apretuja en el asiento trasero del pequeño auto, habida cuenta de que Esther le advirtió a Clemen que por nada del mundo la sirvienta ocuparía el asiento del copiloto, ¡habrase visto!, ese es su lugar, para eso su papá pagó el auto, y si tanto se empeña en servirle de chofer, pues que lo hiciese en toda regla, él adelante conduciendo, y la otra en el asiento trasero como pasajera, lo que a Fidelita no le importa, aunque el espacio sea tan reducido, porque como la propia Esther está a un jeme de ser enana, por lo que bien se acomoda y hasta las bolsas llenas de bastimento también caben, y en cuanto a Clemen, a quien al principio le resultó poco atractiva la idea de conducir como taxista con la sirvienta a sus espaldas, luego se dijo que sería peor llevarla a su lado y tener que aguantar a uno

de sus viejos amigos —como el Cusuco Lemus o el mismo Moris— burlándose de él por la «belleza» que se había levantado, haciéndole insinuaciones de que muy bajo había caído para que con la sirvienta tuviera que echarse el polvo mañanero, que para los amigos de la adolescencia y la juventud la jodedera es la carta de cambio, como si no hubiesen envejecido, pero al fin y al cabo a Clemen poco la importa si la mujer va atrás o a su lado, de lo que se trata es de ganar un rato más para sí mismo, lejos de la verborrea atosigante de Esther, y pasearse a sus anchas por los coloridos pasillos del mercado, disfrutar del ajetreo y la vocinglería de las vendedoras, chismear con ellas, a veces hasta la patanería, mientras Fidelita hace la compra, que tiene clarísimo que para eso lleva y trae a la empleada, para tener esos reconfortantes momentos para sí mismo, en los que juega con otras impostaciones y mascaretas.

El Austin Cooper baja por la Veintinueve Calle Poniente rumbo al mercado. Con el cigarrillo en ristre, Clemen se siente leve, disfruta un asomo de sosiego por primera vez desde que lo despertó el rostro de su abuelo; su mente vaga, salta por los antojos que podría comer en el mercado, por eso en sábado desayuna poco, para que le quepan los antojos, un par de tamales de elote con crema, por ejemplo, o un chilate con nuégados, que hasta se relame.

Lo detiene la luz roja en la Quinta Avenida Norte.

Permanece con la mirada fija en la gasolinera Shell de la esquina, como si estuviese observando algo con atención, cuando en verdad está ido, saboreando ese momento de tranquilidad en que su espíritu pareciera recomponerse. Oye unos pitidos a su izquierda, un par de bocinazos cortos, hasta cuidadosos. Voltea. Un tipo joven, de barba espesa, lo saluda alzando la mano. Clemen duda unos segundos, pero enseguida lo reconoce y le responde.

—Es el compañero Briones —dice—, del grupo de la

Centroamérica.

Fidelita guarda silencio.

La brillante luz de la mañana lanza destellos desde los cristales de los autos; el calor ha comenzado a subir, pero aún no alcanza el bochorno.

La luz verde se enciende. Clemen echa a andar el auto y gira a la derecha.

Que las asociaciones mentales casi siempre nos arrastran, de súbito y por los cabellos, a lugares de los que hemos huido y a los que no queremos volver, es algo bien sabido y experimentado ahora por Clemen, porque saltar del compañero Briones que recién sonó el pito de su auto a la reunión de esta tarde suspendida por el general, y de ahí al miedo de que éste haya descubierto su acostón con Blanca, sucede en un tris, y no ha alcanzado la cuadra en la que se yergue la iglesia Don Rúa cuando ya va otra vez encaramado en el tiovivo de la preocupación y con la mueca de pesadumbre, que por suerte no tiene a Fidelita a su lado, pues se lo hubiese notado, aunque nada preguntase, y para salir de dudas mira al espejo retrovisor y constata que ella va distraída, mirando a través de la ventanilla, con su rostro indígena, seco y de huesos marcados, que la hace verse más vieja de lo que en verdad es, caramba, si tiene la misma edad que Esther, y estatura semejante, si bien flaca, recia y correosa, y de pocas palabas, al contrario que su patrona. De ninguna manera al compañero Briones se le podría ocurrir que Fidelita fuese más que la sirvienta a la que acarrea para hacer un mandado, que un directivo como Clemen es visto por los compañeros como alguien comedido, prudente, aunque campechano, que la cordialidad no es sólo parte de su temperamento, sino también propicia para animar a aquellos enfermos de alcoholismo que se acercan al grupo, para hacerles

sentir que todos están unidos en el esfuerzo para superar la enfermedad, nada de jerarquías, y jamás supondría el compañero Briones el tormento en que sus apetitos tienen sumido a Clemen, mucho menos que tenga algún enredo con Fidelita, que no lo tiene ni lo tendría, no sólo porque ella entra en la categoría de las que el Cusuco Lemus considera una «pomada contra la lujuria», sino porque él jamás se volvería a involucrar con una empleada del servicio doméstico, como sí lo hizo en una sola ocasión en su primera juventud, un recuerdo que ahora no terminar de emerger de su memoria.

Al enfilar sobre la Veintitrés Calle Poniente, Clemen se encuentra a un carro anunciador que avanza a vuelta de rueda, desde cuyo megáfono encaramado en la capota sale un sonsonete de carnaval y enseguida una voz que anuncia las espectaculares funciones del Circo de Chocolate, que ninguna familia debe perderse, en doble función esta tarde de sábado a las 4.00 y a las 7.00, frente al redondel del Centro de Gobierno, cuando el número estelar estará a cargo de Lisístrata, la reina del trapecio y de la cuerda floja, que mantendrá a los espectadores en vilo, y para los niños con nuevas y divertidísimas historias los payasos Zorobabel y Zambulón, y el mundialmente famosísimo Chocolate, que es por supuesto quien vocifera por el megáfono, disfrazado con su flamante vestuario y maquillaje junto al conductor del auto, sacando medio cuerpo por la ventanilla, saludando y haciendo muecas a los transeúntes, atento a todo lo que le rodea, tan es así que cuando el Austin Cooper se apresta lentamente a rebasarlo, reconoce a Clemen y le saluda con un grito por el megáfono, «¡Ño Canuto!», y con la mano izquierda, que en la derecha sostiene el micrófono, le hace la V de la victoria, enseguida encaja la nariz en esa V, se pedorrea —con la boca, claro está— y lanza la carcajada, a lo que Clemen responde sacándole la

lengua como niño malcriado, con regocijo, que se conocen de años atrás, cuando Clemen lo invitaba a su programa cómico en la tele, aunque a Chocolate a veces se le fuese la mano con sus chistes sangrones, era parte de su gracia.

—¿Ya conocía usted a ese payaso, don Clemen? —pregunta Fidelita.

Le dice que sí, desde mucho tiempo atrás, buena gente el tal Chocolate, pero cuando está sobrio, que borracho llega a lo insoportable, se le sale un diablo resentido y vulgar, como a la mayoría de la gente que bebe, al fin y al cabo. Y esta última frase lo lleva a pensar que ese es un sector que no han trabajado, ¡cómo no se le había ocurrido antes!, si los cirqueros beben en huacal hasta quedar noqueados, las carencias del día a día y las miserias de un oficio menospreciado, que no hay circo en el país que no viva en la pobreza, ¡hombre!, tiene que hablarlo con los compañeros de la junta directiva en su próxima reunión, destacar a alguien para que haga el acercamiento, quizá él mismo pudiera ser, aunque ya tiene suficientes grupos a su cargo y el tiempo no le abunda.

Clemen se detiene en el alto de la avenida España; el tráfico procedente del Teatro de Cámara es intenso.

—Yo hice ese trabajo —dice, rememorando.

—¿De payaso? —le pregunta Fidelita, con la sorpresa en el rostro.

Clemen la observa por el espejo retrovisor, que le ha hecho gracia la reacción de la sirvienta.

—No —responde—. Haciendo publicidad desde un carro en marcha. —Y remeda los estribillos con la entonación de aquel entonces—: «Ríase del dolor de cabeza con Mejoral. Ocho de cada diez médicos usan y recomiendan el principal ingrediente de Mejoral contra el dolor». Y el otro era más chistoso: «Sea más atractivo con el brillo y el aroma de Glostora en su cabello».

Fidelita esboza una sonrisa.

Clemen le explica que él conducía y anunciaba al mismo tiempo, el micrófono en la mano derecha y el volante en la mano izquierda, como ha gesticulado mientras decía los estribillos, que al fin y al cabo el carro anunciador avanzaba a vuelta de rueda y no había necesidad de cambiar velocidades a menudo. En aquel entonces lo habían echado de una radio comercial a causa de una borrachera y ése fue el empleo que le sirvió para pasar el bache, lo que no le dice a Fidelita, claro está.

El carro de atrás le pita para que avance. Clemen reacciona: entra a la avenida España.

Y en ese instante, por el rabillo del ojo, percibe la pinta en el alto muro que rodea el patio trasero del colegio María Auxiliadora, la pinta que dice «Libertad inmediata a Aragón y demás presos políticos», las grandes letras mayúsculas en tinta roja sobre el muro gris pardo, pintadas sin ninguna duda con una brocha gorda, de tal manera que no haya conductor que pase y no pueda leerlas, unas letras que han permanecido en ese muro a lo largo de cinco años, desde 1967, cuando capturaron por última vez a Pericles, el padre de Clemen, y a otros miembros del Partido Comunista, letras que desde entonces se han convertido en parte del paisaje urbano, como otras pintas políticas en diferentes barrios de la ciudad, sin duda mucho más actuales, porque lo que resulta curioso es que las monjas del colegio María Auxiliadora hayan decidido no tratar de tapar con pintura negra o repintar esa parte del muro, como hacen normalmente quienes ven afectadas sus propiedades de tal manera, pensó Clemen en aquella época. Y se dijo que quizá las religiosas llegaron a la conclusión de que nada puede hacerse para que ese muro permanezca inmaculado, habida cuenta de su posición estratégica en una de las principales avenidas de la ciudad, tentación

para el grafiti político, y también consideraron lo oneroso que sería estar repintando el muro una y otra vez, de ahí que decidieran dejar una pinta que pronto envejecería, y así evitar consignas actuales y de mayor peligrosidad, dado el constante tumulto político en que vive sumergido el país. El mismo Clemen dejó de ponerle atención a la pinta unas semanas más tarde de que apareciera en el muro, cuando su padre fue sacado de la cárcel y enviado al exilio, en el que permanece desde entonces, y de pasar tan a menudo por ese sitio ya no le afecta, por eso le resulta extraño haber reparado en ella en este momento, como si por el rabillo del ojo se le hubiese asomado una parte de su vida que le desagrada, la fea y tensa relación con su padre, y que prefiere mantener guardada como si no fuese una parte de su vida, y está a punto de deslizarse por esa pendiente de emociones malsanas, como el Austin Cooper que baja por la cuesta de la avenida España hacia el mercado San Miguelito, cuando el tráfico lo detiene y le obliga a avanzar a vuelta de rueda, tal cual carro anunciador de productos comerciales.

Clemen cabecea para tratar de enterarse de la causa del embotellamiento y pronto divisa dos radiopatrullas de la policía estacionadas frente al mercado, bloqueando un carril de la avenida. Seguramente hubo un accidente, aunque no se ven autos chocados, y la fila avanza poco a poco, o un incidente, que en el mercado a veces los ánimos se encienden y los altercados estallan, ya sea entre vendedoras que se disputan un cliente o entre vendedora y cliente, tal como se lo comenta a Fidelita, quien sin decir palabra también cabecea.

Al meterse por la Veintiuna Calle Poniente, en el tramo que separa el mercado del colegio María Auxiliadora, y donde casi siempre logra conseguir sitio para estacionarse, Clemen ve dos jeeps, como los de la Segunda Guerra Mundial, que cualquier ciudadano mínimamente

enterado sabe que pertenecen a la policía política, estacionados en doble fila, y también se da cuenta de que no hay sitio para el Austin Cooper, por lo que se detiene detrás de los jeeps para dejar a Fidelita, quien presta sale del auto con las bolsas para la compra, mientras Clemen aprovecha para encender un cigarrillo y escruta la entrada del mercado, que algo raro ha sucedido allí, y como la curiosidad en él es virtud y defecto, con nuevos ánimos se dispone a buscar estacionamiento en la Segunda Avenida Sur, cuando de pronto ve salir del mercado al Vikingo junto a un flaco cadavérico de torva mirada, quienes se dirigen al Jeep que tiene enfrente.

Clemen presiona el pito y le hace señas con la mano al compañero. El Vikingo enfila hacia el Austin Cooper.

—Buenos días, don Clemen. Y usted, ¿qué hace por acá tan temprano? —le pregunta acercándose a la ventanilla.

—Usted es el que tiene que decirme. Yo vengo todos los sábados.

El Vikingo le entrega una hoja que traía doblada en la mano, una hoja que Clemen desdobla con avidez y que contiene una proclama del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en la que éste denuncia «la farsa electoral» y llama «a todos los sectores del pueblo a sumarse a la lucha revolucionaria para acabar con la tiranía militar que oprime el país». Incluso antes de que Clemen haya terminado de leer la parrafada, el Vikingo le cuenta que un grupo de terroristas irrumpió en el mercado hace un rato a hacer el escándalo de siempre y repartir estos volantes, pero ya para qué, dijo el loro, si ya me llevó el gavilán, dice el Vikingo, pues cuando recibieron la denuncia en el cuartel los cabrones ya se habían largado, y lo peor es que los dos policías municipales destacados en el mercado ni se enteraron, pues estaban bebiendo cerveza en la tienda de la niña Mariíta, dicen ellos que quitándose la goma, pero ahora se los están llevando al cuartel para sacarles la verdad, que si no estuviese frente

al compañero directivo del grupo de alcohólicos anónimos diría que los llevan para reventarlos y sacarles la mierda a los muy traidores hijos de puta, que sin ninguna duda están en connivencia con los terroristas, que ya se sabe que la Policía Municipal, mejor conocida como la «Choricera», depende de la alcaldía capitalina, controlada por los pescados y los comunistas, de los que por supuesto Clemen no forma parte, por lo que no podría darse por aludido, mucho menos cuando el Vikingo no ha dicho una sola de estas palabras, aunque sea el rollo que gira en su cabeza, lo sabe Clemen, y da gracias de que aun el detective más rascuache sepa distinguir a quienes no son sus iguales, sino que están por arriba, aunque en estos tiempos el que cree estar por arriba de súbito puede quedar, por un capricho de la fortuna, desnudo y atornillado, en manos del que creía estar abajo.

—No voy a poder ir a San Miguel al entierro del Gavilán —dice el Vikingo, como disculpándose—. Hay mucho trabajo. Mire qué temprano es y ya estoy en el macho —se queja—. No se descansa en esto.

Y, antes de despedirse, le dice que puede quedarse con la hoja volante de los terroristas, que al fin y al cabo las recogieron casi todas, que a nadie en el mercado le interesa ser sorprendido por las autoridades con una de esas hojas en el bolsillo, a lo que Clemen responde, con una mueca chistosa como de niño sorprendido in fraganti en plena travesura, que ni a él le gustaría semejante sorpresa, y le devuelve la hoja.

«Pueblo chico, infierno grande», reza el refrán que se le viene a la cabeza, que encontrarse al Vikingo precisamente a esta hora y en este lugar es lo que menos esperaba, como si un sortilegio lo siguiese desde anoche en la forma de este hombre con el pelo teñido de rubio que ahora camina hacia el Jeep, donde lo espera al

volante el flaco cadavérico; y el mismo refrán lo lleva a preguntarse cómo harán esos guerrilleros clandestinos para pasar desapercibidos, caramba, la de angustias que vivirán.

Echa a andar el auto, y se dispone a enrumbar hacia la Segunda Avenida Sur en busca de estacionamiento, ansioso por escuchar las historias del subversivo evento matutino, seguro de que más de alguna de las vendedoras que conoce le contará, por lo bajo y con picardía, el chisme que no les contó a los detectives, cuando ve salir del mercado, por la misma puerta por la que hace unos minutos venía el Vikingo, al teniente Villacorta y al gordo zarco de la noche anterior, quienes conducen a empellones a un policía municipal, maniatado, suplicante, con la mueca de miedo, el pobre.

9

¿Para qué lo llamó The Torment?, vuelve a preguntarse cuando se estaciona frente a la casa de Mama Licha, su abuela. Apaga el Austin Cooper, enciende un cigarrillo con la colilla del anterior y permanece un rato sin salir del auto, pensativo, que la rutina de la mañana se está cumpliendo cabalmente —llevó a Fidelita al mercado, recién dejó a Esther en el salón de belleza y ahora permanecerá en casa de Mama Licha hasta que llegue la hora de ir a recoger a su mujer—, pero la densidad ha sido otra, su inquietud intensa, desde que se levantó de la cama con la imagen del rostro apesadumbrado de su abuelo, luego el inesperado encuentro con el Vikingo, el gordo zarco y ese teniente Villacorta que le da mala espina, y para rematar la llamada telefónica de The Torment, que respondió Esther, porque Fidelita y él aún no regresaban del mercado, una llamada completamente irregular, que sólo puede estar relacionada con la muerte del Gavilán Migueleño, y que tuvo que haber sido urgente y delicada, porque no le quiso dejar un recado específico con Esther, sino sólo que le devolviera la llamada en cuanto regresara, aunque es posible que el tono de ella cuando supo de quien se trataba lo haya disuadido, que la puede imaginar con el rostro contraído respondiéndole con desprecio al luchador. Pero cuando le devolvió la llamada, nadie respondió, lo que le parece muy raro y ha disparado más su inquietud, como si Severino hubiese tenido que salir de prisa

de su casa, tan de prisa que no pudo esperar a que Clemen le correspondiera.

Abre la portezuela. Sabe que Mama Licha percibirá su desasosiego, le hará preguntas, la abuela tiene un sexto sentido, aunque esté casi ciega y permanezca la mayor parte del día en la silla de ruedas, si no acostada, que noventa y tres años pesan, percibe las emociones de la gente, al menos las de él, su nieto mayor, el favorito, el consentido, pese a que en la familia lo consideraron, hasta que se casó con Esther y dejó la bebida, como un tarambana.

Pasa de largo los rosales del jardín ubicado junto a la entrada de coches, esos rosales que hasta hace cinco años su abuela aún salía a cuidar, y que en otras circunstancias él se hubiese detenido a contemplar un momento, para comentarle a Mama Licha el estado en que se encuentran, cuáles rosas están en su plenitud o cuáles apenas despuntan, un comentario que ella siempre agradece, aunque por supuesto es la que más enterada está sobre ello, pero Clemen no se detendrá en esta ocasión, cuando la urgencia de telefonear de nuevo a Severino apura su paso, que quizá el compañero sólo había salido de casa un rato.

Empuja la puerta entreabierta; su tía Berta y su tío Toño están en el sofá y han detenido la conversación para saludarlo.

—Sigan hablando, no vaya a creer que se burlaban de mí —dice Clemen, luego de saludarlos.

Pregunta por Mama Licha. Que aún está en el baño, le dice la tía Berta, porque hoy se ha levantado tarde.

—¿Querés un cafecito? —le pregunta.

Que sí, claro. Dice que tiene que hacer una llamada, se sienta junto a la mesita donde está el teléfono y disca el número de The Torment.

El tío Toño afirma que las denuncias de la oposición son falsas, no saben perder, y que las protestas en el centro de la ciudad sólo sirven para insolentar a la gente, para los disturbios y el escándalo.

—Muchísima gente votó por Duarte y no por ese coronel con cara de zoquete —dice la tía Berta, encaminándose a la cocina—. Tienen derecho a protestar.

Los hermanos parecen calcados el uno del otro: la piel trigueña, el rostro ovalado, las pestañas espesas, el ceño fruncido, la ronca voz. Pero su tío Toño es progobiernista de hueso colorado, como si de esa forma pudiera agradecer los más de veinte años que ha trabajado en la Dirección de Aduanas, un funcionario de tercera al que se le queda pegada la aldaba y no le suena el seso, y también para que de esa forma se sepa a ojos vistas que no tiene ninguna idea política en común con su hermano mayor, Pericles, el comunista; en tanto que su tía Berta, en política, es ecuánime: ni mucho por acá, ni mucho por allá, dice.

El teléfono timbra y timbra, pero nadie lo levanta del otro lado. Clemen permanece con la bocina pegada a la oreja, como ido.

—¿A quién llamás con tanta ansiedad? —le pregunta la tía Berta desde la cocina.

—Anoche su suicidó un compañero —dice antes de darse por vencido y colgar.

—¡¿Cómo?! —exclama, impresionada, cuando viene con la taza de café.

En ese momento Mama Licha entra a la sala en la silla de ruedas, empujada por Doris, la sirvienta: su cabellera completamente blanca, aún con el brillo de la humedad, cae en una larga trenza; las gruesas gafas que le agrandan los ojos cegatos, el porte de anciana matrona.

Clemen se acerca a besarla en la frente; ella le toma las manos. El

tío Toño la saluda también con un beso; no así la tía Berta, la hija mayor, ya viuda, que vive en casa con ella y la cuida.

—¿A quién le sucedió esa desgracia, hijito? —pregunta Mama Licha.

Les cuenta quién era el Gavilán Migueleño, su recaída, la ruleta rusa, la mala suerte, la tragedia, la viuda Yolanda y los niños en el desamparo, los esfuerzos para darles algún apoyo económico, la larga espera a que los familiares llegaran desde San Miguel a recoger el cadáver, el velorio que se está llevando a cabo en aquella ciudad; se guarda de mencionar al Apache, sus sospechas, la sordidez del suceso, el hecho de que la alcaldía migueleña ha prometido sufragar los gastos del traslado del cadáver y del velorio, el sueño erótico con Yolanda convertido en pesadilla. Y mientras habla, con el énfasis y la entonación de quien busca conmover a sus escuchas, asoma a su mente una idea, que la muerte del luchador es beneficiosa para estos momentos que vive, porque le permite esconder detrás de ella el verdadero motivo de su inquietud, la amenaza que lo acecha por el enredo con Blanca, y que esa asombrosa maleabilidad de los eventos, que torna la tragedia en coartada, es a tal grado beneficiosa que le ha permitido ampararse del fisgoneo de Esther y también engatusar al sexto sentido de su abuela, una idea que le produce una fugaz emoción de complacencia, y hasta de presunción, pues ocultar la verdad con finura es casi siempre motivo de gozo.

—¿Has tenido noticias de Pericles? —le pregunta Mama Licha.

—Ninguna.

—Anoche soñé que había regresado al país.

Clemen reacciona con asombro.

—¡Y yo anoche soñé con el abuelo Mariano! —exclama.

—Qué coincidencia… —dice la tía Berta.

—Dichosos ustedes que sueñan. Yo desde que me acuesto caigo como piedra hasta que me despierto —tercia el tío Toño.

—¿Y cuál fue el sueño con tu abuelo? —pregunta Mama Licha.

—Sólo recuerdo su rostro que me miraba —dice Clemen—. Lo demás se me borró al despertar.

En otras circunstancias, y a solas con ella, quizá hubiera mencionado la pesadumbre en la mirada, para que Mama Licha le descifrara un probable significado, pero ahora no tomará ese riesgo, al fin y al cabo no le diría nada muy distinto a lo que él ha interpretado, la molestia y censura del abuelo por sus enredos de faldas, y no porque éste haya sido una santa paloma, al contrario, que el rabo suelto es congénito, lo que fastidia a su abuelo es que se haya metido con la mujer de un general, porque él mismo era coronel, y es sabido cómo la casta militar cierra filas cuando se trata de la intrusión de un civil. Clemen queda sorprendido un momento de su propio ingenio, caramba, que esa es la explicación del sueño, no necesita preocuparse más al respecto.

La tía Berta se abalanza a tomar el periódico de la mesa de centro.

—Es increíble que no publiquen nada de las denuncias de fraude hechas por la oposición —dice reacomodándose en el sofá.

Entonces se oyen exclamaciones y carreras de chiquillos acercándose a la puerta de entrada.

—Son Angélica y Mauricio con los niños —dice ella, poniéndose de pie.

El tío Toño también se levanta y dice que va al sanitario.

—¡Abuela! —exclama la parejita de niños abrazándose a ella, y enseguida se van de paso hacia Mama Licha, quien los recibe con gozo.

Tras de ellos viene la prima Angélica, hija de la tía Berta, y su

marido, Mauricio, un hombre rechoncho, de andar pausado y calmos modales.

En eso timbra el teléfono.

Doris, la sirvienta, que ha venido a recoger las tazas sucias, levanta el auricular.

Clemen está saludando a Mauricio cuando oye la voz de Doris que dice:

—Es para usted, don Clemen.

—¿Es Esther? —pregunta él.

—No, un señor —dice Doris, tendiéndole el auricular.

Clemen lo toma con la seguridad de que se trata de The Torment; Fidelita le daría el mensaje y el número de Mama Licha.

—Aló. ¿Severino?… ¡Aló!

Nadie dice nada del otro lado de la línea.

—¡¿Severino?!… —insiste Clemen.

Le parece distinguir una respiración.

—¡Aló!… —repite.

Pero enseguida, quien quiera que sea, cuelga.

Clemen queda en el pasmo, su cabeza hecha un revolú, porque si era Severino ¿por qué no dijo nada?, y si no era él, ¿quién pudo haber sido?

—¿Quién es? —le pregunta con curiosidad su tía Berta.

Clemen se ha quedado con el auricular pegado a la oreja.

—No sé —dice—. Se cortó.

Enseguida se dirige con agitación a la cocina y le pregunta a Doris si quien habló tenía acento mexicano.

Ella lo mira desconcertada.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Comuníqueme con don Clemen —dice Doris.

Clemen se recompone para imitar la forma de hablar de Severino,

que la capacidad para el remedo es una de sus virtudes. Y repite: «Comuníqueme con don Clemen», con el marcado acento mexicano de Severino.

—No sé —dice Doris, divertida por el remedo—. Para mí que él hablaba como nosotros. Normal.

—¡Tío Clemen! ¡Tío Clemen! —lo abordan los niños—. La magia con la moneda, por favor, la magia con la moneda… —le piden.

Tras un segundo de desconcierto, Clemen reacciona.

—Saluden primero, que no han comprado boleto para la función —les dice con fingida seriedad.

—¡Buenos días, tío Clemen! —dicen al unísono—. ¡Aquí la traemos! —Y el niño le tiende la moneda.

—La tenían preparada desde que salimos de casa —le dice Mauricio, acercándose a la puerta de la cocina—. No te podés escapar.

Clemen se acuclilla frente a los chicuelos, toma la moneda y empieza a manipularla con destreza entre sus dedos, la muestra en la palma de una mano; luego hace malabares con ambas manos, muestra de nuevo las palmas abiertas y la moneda ha desaparecido; enseguida la saca de la oreja de la niña.

Celebran con alborozo.

—¡Otra vez!… —piden en estribillo.

—Después de que me termine mi café —dice Clemen.

Y se encamina a la sala, presto a encender un cigarrillo.

—¿Estabas esperando una llamada? —le pregunta la tía Berta.

Responde que sí, que The Torment llamó cuando él andaba en el mercado, seguramente era él de nuevo, para contarle cómo van las cosas con el velorio del Gavilán Migueleño, pero que la llamada se cortó.

—Espero que vuelva a intentar —dice, aunque una voz en su

interior insiste en que no era Severino, éste no se hubiera quedado en silencio, esperando quién sabe qué, para enseguida colgar bruscamente. No, él no hubiera hecho eso, a menos que tuviese que decirle algo para lo que no encontró valor, algo demasiado peliagudo, y decidió cortar. Pero ¿qué podría ser tan delicado como para que un luchador de la estatura de The Torment, con su valentía, se rajara a último momento? Y si no fue él, ¿quién, entonces?

—Ya me tengo que ir —dice el tío Toño al regresar del sanitario—. Mañana vendremos con Tina, mamá.

—Ojalá Lorita se recupere pronto —dice Mama Licha.

—¿Qué le pasó a la lora? —pregunta Mauricio.

—Está un poco enferma desde anoche —responde el tío Toño.

—¿Cuándo vamos a ir a ver a Lorita, papá? —pregunta el niño.

Mauricio promete que el próximo fin de semana.

El tío Toño y la tía Tina no tuvieron hijos, por lo que adoptaron como mascota preferida a una lora simpática, lenguaraz y malhablada, a la que cuidan como si fuese su hija, y cuyo nombre es sólo Lorita, y es tan lenguaraz y malhablada que si un visitante desconocido la llama «Lorita, Lorita», ella responde «¡Lorita, tu madre, hijueputa!», y lo repite una o dos veces para que al visitante no le quepa la menor duda, lo que es un agasajo para el oído de los niños, quienes además se entretienen, cuando los tíos no están a la vista, enseñándole nuevas palabrotas.

El tío Toño se despide.

Clemen vuelve al sofá, enciende un cigarrillo, apura su café y contempla a la prima Angélica, tan guapa, siempre con esos vestidos holgados que por su manera atarantada de moverse con frecuencia dejan al descubierto sus voluptuosos muslos, y a veces hasta sus bragas, que al pobre Mauricio lo pone en aprietos, «que se te ven

todos los calzones», le reprocha si está en confianza, porque lo que es ella ni se entera, de tan despistada, y aun Clemen, que la conoce desde siempre, en ocasiones se siente incómodo, no tanto por ella o por Mauricio, sino por sí mismo, que le cuesta controlar la mirada libidinosa, como en este instante, cuando ella se abalanza a tomar el periódico que su madre ha dejado sobre la mesa de la sala y, al reacomodarse en el sofá, su vestido deja al descubierto parte de su muslo, el restallido de piel canela que Clemen atrapa por el rabillo del ojo, sin que pueda hacer algo para evitarlo, que el hábito, o el apetito, va por un lado y la voluntad por el otro.

—Si este hombre es tan tonto como parece, estamos fregados —dice la prima Angélica, observando la foto del presidente electo en la primera plana del periódico.

—¿Quién, hijita? —pregunta Mama Licha, apoltronada en la silla de ruedas, con la vista perdida tras las gruesas gafas, como un tótem atento a las palpitaciones y los sonidos que lo circundan.

Mauricio ha salido al patio trasero con los niños.

—El tal Molina —dice la prima Angélica, pasando rápidamente las páginas del periódico, sin percatarse de que, con sus movimientos, el vestido se le ha subido aún un poco más, lo que atrae las miradas furtivas de Clemen, por Dios, que no está acostumbrado a este desasosiego, a la mente saltarina que lo lleva de su prima Angélica a Yolanda, la esposa del Gavilán Migueleño, y de ésta a Brenda, su secretaria, eso es, la piel canela común a las tres, y el cuerpazo, que también tiene Blanca, aunque su piel sea marmórea. ¿Y Esther?

—No hay que dejarse engañar por las apariencias. Por algo habrá llegado ese hombre hasta ahí —dice Mama Licha, lapidaria, mujer de pocas palabras, hija de un general rebelde, fusilado bajo el cargo de traición, y viuda de un coronel conservador y cascarrabias, amargado porque ninguno de sus vástagos siguió la carrera militar.

—¡Mamá! —grita la niña desde el patio—. ¡Vení a ver!

Mauricio aparece por la puerta.

—Quiere que veás las hortensias —le dice a su mujer.

—¿Otro café, Clemen? —pregunta la tía Berta desde la cocina.

Responde que sí, por favor.

La prima Angélica ha dejado el periódico sobre el sofá y se dirige al patio.

—Están a punto de florecer —musita Mama Licha, como si las estuviese viendo.

La tía Berta viene con la taza de café, la coloca sobre la mesita de la sala y regresa a la cocina.

Mauricio se ha dejado caer en el sofá.

—¿Estuviste en la manifestación de ayer? —le pregunta Clemen, antes de tomar la taza y dar un sorbo al café hirviendo.

—No pude ir —dice—. Tuve una emergencia.

Mauricio es cirujano, imparte clases en la Facultad de Medicina y milita con la democracia cristiana.

—Pero la cosa pinta mal —continúa—. Quién sabe qué vaya a suceder… Son unos desvergonzados: vaya manera de robarnos las elecciones.

—Es hora de la nueva medicina, mamá —dice la tía Berta.

Entonces timbra el teléfono.

—Voy yo —dice Clemen, levantándose de un brinco.

—¿Qué medicina le han recetado ahora, Mama Licha? —pregunta Mauricio.

—¡Aló!… ¡Severino!… —exclama Clemen.

Se oye mucho ruido al fondo, de autos que pasan y gente que habla, quizá de una calle muy transitada, pero la voz del luchador es clara, perfectamente distinguible por su acento mexicano, una voz que de entrada le pide disculpas por molestarlo, pero le quiere

contar algo que está seguro de que le causará alegría, la buena nueva de que el Gavilán Migueleño ha sido nombrado Hijo Meritísimo de la Ciudad de San Miguel, el Consejo Municipal correrá con todos los gastos del velorio y el entierro, asignará una pensión a la viuda y a los niños, y celebrará un homenaje público. La noticia descoloca a Clemen, quien esperaba heraldos negros, pero en un instante se recompone y expresa su contento porque la labor del compañero sea reconocida por el gobierno de aquella ciudad, y en especial porque la familia no quedará en el desamparo. Severino le informa también que el entierro tendrá lugar este mismo sábado al final de la tarde, que el viaje de tres horas de San Salvador a San Miguel, bajo el calorón de la zona oriental y en una carroza sin aire acondicionado, no le ha hecho bien al cadáver, que ya comienza a expeler olorcitos, que él se quedará al entierro, pero regresará en bus esta noche a San Salvador. Y entonces le pregunta si enviarán una corona de flores al funeral, que eso no lo definieron la noche anterior. Clemen se golpea la frente con la palma de la mano: cómo se le pudo pasar por alto, que hablará con el doctor Avendaño para que se ponga en contacto con el grupo de San Miguel y que ellos compren la corona. Severino le dice también que quisiera que conversaran cuando él regrese de San Miguel, para tratar «algunos asuntitos» del grupo que son importantes, pero en esta ocasión lo está llamando de un teléfono público y ya no le quedan monedas.

Clemen coloca la bocina sobre el aparato, le pega un profundo jalón al cigarrillo y enseguida disca el número de Toni. Contesta la sirvienta, pero pronto el doctor está al habla. Le repite la buena nueva que Severino le acaba de contar, con la emoción de quien ha recibido la noticia que tanto esperaba, consciente de que la tía Berta, Mama Licha y Mauricio están atentos a sus palabras, y luego aborda el asunto de la corona, que el doctor Avendaño es el

encargado de coordinar a los grupos regionales de San Miguel y Santa Ana, y sólo él puede resolver el predicamento. Lo hará sin dilación, dice éste, le hablará al compañero Rosales encargado del grupo en aquella ciudad para que haga la gestión. Y en ese momento, llevado por un impulso, Clemen le pregunta a Toni si tendría tiempo de tomarse un cafecito esta misma mañana, que hay un par de asuntos urgentes que quisiera tratar con él antes de la reunión de la directiva mañana. Y quedan a las 10.30 en la cafetería Fuente de Sodas en Metrocentro.

La tía Berta y Mama Licha tienen comentarios laudatorios a la noticia sobre el apoyo a la familia del luchador muerto, no así Mauricio, quien no termina de entender de qué carajos hablan, lo que lleva a que Clemen, de nuevo arrellanado en el sofá y con el café en mano, repita de manera sucinta el relato de los sucesos de la noche anterior, y mientras esto hace, lamenta no haber tenido tiempo para preguntarle a Severino si fue él quien hizo la llamada que se cortó hace un rato.

10

Que con Esther ha debido someterse a su obsesión por la puntualidad es algo que Clemen reconoce, y de lo que hasta hace chanza: esta mujer es como tener un cangrejo en el culo, o en el trasero, dice, dependiendo de la audiencia, pues siempre está lista antes de la hora y al acecho, y, si uno se atrasa, el cangrejo muerde, como no quiere que le suceda en esta ocasión, cuando maniobra para dar la vuelta en U sobre la avenida Sisimiles y estacionarse frente al salón de belleza Mireya, a las diez en punto de la mañana, como todos los sábados, y ella aparece expelida por la puerta del salón incluso antes de que él haya detenido por completo el Austin Cooper.

La ve acercarse a paso veloz, un bólido que taconea, con el peinado abombado, que según ella la hace verse más alta, pero en verdad parece una ratoncita presumida de Walt Disney, piensa Clemen, sin que la burla llegue a su boca, que cuando acaban de acicalarla en el salón ella no tolera las bromas, enseguida se encrespa y vocifera, por eso en silencio le abre la portezuela desde dentro, que ella jala con firmeza para encaramarse foronda en el asiento.

—Casi te atrasás, niño —dice.

Clemen alza la ceja izquierda, expele una bocanada de humo y arranca con acelerón para que el coche baje con su propio impulso

por la avenida Sisimiles hasta el bulevar de Los Héroes. Contempla la mole del hotel Camino Real, cuya inauguración se anuncia para las próximas semanas, y se complace por no haber caído en la provocación, por haber mantenido el control, la calma, el silencio, que hasta regocijo le causa preverla como quien conoce al dedillo la inminente reacción de un personaje en una serie cómica.

—Nos vamos a reunir las del grupo a las once y media en el Aloha —dice ella, luego de subir la ventanilla para evitar que la ventolera le arruine el peinado.

Las del grupo son una media docena de amigas, incluidas algunas integrantes de Al-Anón (como Blanca y Enriqueta), que suelen quedar los fines de semana, sin sus maridos, para chismear a gusto, alegres, maledicentes, por supuesto mofándose de ellos, hasta la patanería, mientras beben cerveza y consumen cocteles de conchas, camarones, ostras. Y el Aloha es uno de sus bebederos favoritos.

—No me habías dicho que se iban a reunir hoy —dice Clemen.

Los detiene la luz roja del bulevar de Los Héroes.

—Lo acabamos de decidir con Blanca —dice ella—. La llamé desde el salón. Carmen es la única que no puede…

Vaya casualidad, que en Blanca venía pensando desde que salió de la casa de Mama Licha, las ganas de volver a acostarse con ella, caramba, que por breves momentos el deseo es más fuerte que el miedo, un deseo que alimenta a la fantasía, en amasiato con la memoria, claro está, que el recuerdo del aroma de esa vulva, perfumada con toda delicadeza para seducir hasta sus fosas nasales, es con el que venía relamiéndose mientras conducía, y también el que lo llevó a fantasear con la posibilidad de un nuevo acostón, pero ¿dónde, cómo?, si ella fue la que organizó el encuentro con tal precisión y coartada que él mismo se sorprendió ante semejante ingenio en la estratagema, como en su momento se dijo, en tanto

que él sólo había seguido sus indicaciones, al principio incluso a ciegas de lo que le esperaba, luego ganoso y gustoso, ciertamente; pero ahora tendrían que esperar a que al general le pase la sospecha, si es que le pasa, que una vez que el perro cancerbero de los celos olfatea el peligro difícilmente baja la guardia. Y hasta ahí llegaron fantasía y deseo.

Clemen observa, al otro lado del bulevar, la barbaridad de carros en el parqueo de Metrocentro, el centro comercial al que deberá volver enseguida para verse con su compañero.

—He quedado a las diez y media con Toni, después de dejarte —dice—. Trataré de regresar pronto para llevarte al Aloha.

—¿Y qué van a hacer ustedes dos hoy, si mañana es la reunión de la junta directiva? —inquiere ella, inquisitivo el énfasis, inquisidor el ceño.

—Tenemos que hablar de lo del Gavilán Migueleño… Y te estoy diciendo que voy a regresar para llevarte al Aloha —masculla Clemen, a punto de la exasperación.

—No hay necesidad —dice ella—. Blanca vendrá a recogerme.

Y enseguida le cuenta que la susodicha está por llegar al salón de belleza, donde batallará una vez más con sus feos pies, como si el pedicuro pudiese hacer magia, algo imposible, nadie tiene los pies tan feos como Blanca, no entiende cómo a veces se atreve a llevar sandalias, cuando sólo debería calzar zapatos cerrados para que no le vean esos tamalotes con juanetes, dice con la burla desembozada; pero, en fin, después del salón pasará a recogerla para ir al Aloha, mientras que él, Clemen, deberá almorzar con los niños y no permitir que Erasmito se siente a la mesa con el uniforme de futbol, sucio después del entrenamiento, que se bañe antes, y le recuerda que no tienen autorización de salir a jugar a la calle sino hasta después de las dos de la tarde, como si no hubiese sido él

mismo quien estableció esa norma. Pero Clemen se ha desconectado, la oye sin escuchar, con una sola idea flotando en su cabeza, que la envidia genera fijaciones incontrolables, porque no es la primera vez ni será la última en que Esther clave sus colmillos en los pies de Blanca. Si ella sólo supiera…

Detiene el Austin Cooper frente a la casa, enciende un cigarrillo mientras ella baja del auto, y pone la marcha para volver sobre sus pasos, caramba, que es la tercera ocasión esta mañana en que sigue la misma ruta. Pero no le disgusta conducir, y luego de hablar con The Torment, y saber que no había noticia sórdida, amenazante, bajó su aprensión, al fin y al cabo es la mente la que estira los eventos hasta que uno queda enredado en ellos y sin encontrar salida, por eso le pidió a Toni si podían verse, a sabiendas de que conversar con el compañero y amigo le ayudará a ver las cosas con mayor claridad, a recomponer el ánimo.

El centro comercial está a reventar, como todos los sábados desde que lo inauguraron el año anterior. No encuentra sitio para aparcar sino en una zona lejos de la entrada. Sale del auto, enciende un cigarrillo y cruza el estacionamiento, con la camisa untada a su espalda sudorosa, bajo un sol que ya golpea como plomo; observa con admiración un Mustang rojo descapotable, con los rines niquelados, relumbrante entre los demás carros.

Camina por el corredor hacia la Fuente de Sodas. El gentío babosea frente a las vitrinas, avanza con lentitud, los niños correteando y las madres llamándolos al orden, que visitar el centro comercial aún es el paseo sabatino de moda; grupos de adolescentes alharaquean alrededor de las bancas y en las escaleras.

Toni está instalado en una mesa junto a la pared de cristal, desde donde puede observar a los viandantes que pasan por los

corredores.

—Qué buen lugar encontraste —le dice Clemen luego de saludarlo y tomar asiento.

—¿No vas por un café? —le pregunta Toni.

—Me acabo de tomar dos —responde mientras acerca el cenicero —. En un rato quizá. Está larga la fila, además.

Una media docena de personas espera frente a la caja registradora.

—Feo eso del Gavilán Migueleño —comenta Toni antes de darle un sorbo a su café—. Qué tragedia…

De eso precisamente quería hablarle: la situación con el grupo de luchadores se ha puesto densa, nada clara está la forma como murió el Gavilán Migueleño, dicho en la mayor de las confidencialidades, para eso son compañeros y amigos, pero él no metería las manos en el fuego por la versión del suicidio, que ese Apache es un diablo cruel, no tolera que sus excompañeros de juerga hayan dejado la bebida, y lo culpa a él, Clemen, de ello, hasta le hizo una advertencia cuando los agentes lo sacaban de la habitación donde sucedieron los hechos, en tono de amenaza le dijo «te tenemos bien controlado», quizá una bravuconada de borracho, pero muestra lo complicado que resulta que algunos de los luchadores sean también policías.

Toni lo observa sin decir palabra, inmutable, a la espera de que Clemen diga todo lo que tiene que decir, ese es su estilo, de padre confesor, de quien se guarda opiniones y emociones hasta que lo ha escuchado todo, de ahí que para muchos sea no sólo médico del cuerpo sino también del alma, y lo buscan para escuchar sus consejos, que su prudencia y su serenidad son contagiosas, por eso es el pilar de los alcohólicos anónimos, por eso Clemen está aquí vomitando sus tribulaciones, lo hace desde que se conocieron, años

atrás, cuando Clemen a rastras buscaba quien le ayudara a salir del alcoholismo para juntarse con Esther y Erasmito, que esa era la condición que ésta le había impuesto, que dejara la bebida, sin ello no habría matrimonio y no podrían estar juntos, pues el muy imbécil había llamado varias veces a Tegucigalpa completamente briago, avivando aún más la animadversión de los padres de Esther, su negativa a dar el visto bueno al casamiento y darles algún apoyo económico, y era tal la calamidad en que estaba sumido Clemen que no le quedó más alternativa que buscar a alguien de aquellos de los que tanto se había burlado, que ya se sabe que quien irrita al borracho es el abstemio, más aún si éste asegura que la farra no es placer sino enfermedad, y ese alguien en los alcohólicos anónimos fue el doctor Antonio Avendaño, quien lo introdujo a la senda de la sobriedad y lo acompañó en esa primeras semanas tan duras, el mismo Toni ante el que ahora apaga el cigarrillo, luego de terminar el relato de sus preocupaciones con los luchadores, su ánimo más leve, tal es la carga que se ha quitado de encima.

—Buenos días, doctor —saluda una mujer que se ha detenido a las espaldas de Clemen.

Toni corresponde el saludo, cortés, pero con brevedad, para que ella entienda que prefiere no ser interrumpido.

Clemen ha volteado: la mujer, corta y rechoncha, camina hacia la caja registradora.

Toni sorbe su café. Luego dice:

—Si ya no te sentís cómodo atendiendo a ese grupo sólo hay una solución: disolverlo y que cada uno de los luchadores se incorpore al grupo que más le convenga por su cercanía.

Clemen se lleva un caramelo a la boca. Cabrón este Toni, piensa, golpea duro y a la cabeza, que él sólo quería relatarle en detalle los sucesos de anoche, descargar las preocupaciones, pero no tanto

como llegar al extremo de disolver el grupo, que no todo es oscuridad y barbarie, él también disfruta atendiendo a los luchadores, gusto siente de saberse confidente de ellos, ser guía del mejor y más famoso, The Torment, que no es poca cosa, carajo, entrar a la Arena Metropolitana como Juan por su casa. Fue el Chele Panameño quien le pidió un par de años atrás que le echara una mano para convencer a un luchador de dejar el trago, que las zumbas se lo estaban acabando, ponía en riesgo su carrera (y el negocio) por su vicio, y así conoció a Severino, que para su enorme sorpresa resultó ser The Torment, de quien era un gran admirador, el más ferviente entusiasta de la fanaticada, pero ni idea tenía de que fuese mexicano, ni de que conectarían tan estupendamente, milagrosa la química, ni de que la personalidad caballerosa y de liderazgo de The Torment en el cuadrilátero también fuera parte de su vida privada, lo que permitiría incorporar a más luchadores a los alcohólicos anónimos, formar un grupo en el corazón mismo de su deporte favorito.

—No es para tanto —dice Clemen antes de encender otro cigarrillo. Y se queda mirando a través del cristal a las familias que recorren el corredor del centro comercial, algunas de ellas cargadas con bolsas del supermercado—. No vaya a ser que todo el trabajo con ellos se eche a perder.

—A mí no se me ocurre otra salida —dice Toni—. Podemos hablar de ello mañana con los compañeros de la directiva.

Clemen coloca el cigarrillo en el cenicero y se frota los ojos y el entrecejo, con expresión de fatiga, de desazón.

Lo peor es que Toni quizá tenga razón, que lo mejor sea disolver el grupo, pues el criterio gremial con el que se formó respondía al temor de los luchadores enmascarados de que su rostro fuera conocido por personas ajenas al círculo interno de la Arena

Metropolitana, un temor fuera de lugar, por algo se llaman «anónimos», pero en el que insistieron y que sirvió a Clemen para que la directiva lo autorizara a atender un grupo exclusivo de luchadores, que en sus manos ha sido como juguete caído del cielo, la emoción de reunirse cada semana, las largas sobremesas luego de las sesiones, en las que conversan apasionadamente sobre lucha libre y Clemen hace gala de sus amplios conocimientos gracias a sus años de aficionado en la Arena México. Pero ahora el juguete está envenenado.

—Ah, olvidé contarte lo de la corona de flores. Los compañeros la comprarán de inmediato y ellos mismos la llevarán a la funeraria —dice Toni.

—Qué bien —dice Clemen.

Mira a su alrededor: ni una sola mesa libre queda en la Fuente de Sodas; ningún rostro se le hace conocido.

De pronto tiene sed. No termina de tragarse la idea de disolver el grupo de luchadores: ¿qué dirá The Torment? ¿Cuántos de ellos preferirán defeccionar con el riesgo de volver a la bebida? Quizá el Sordomudo Cruz, Kali Valdez y el Bucanero no se nieguen a integrarse a un grupo más grande y variado, pero ¿y los enmascarados?

—Voy al baño —dice Toni, poniéndose de pie.

Esperará a terminar el cigarrillo, y a que Toni regrese, antes de ir al mostrador a pedir una bebida que no sea café, que siente un poco de agruras pese al caramelo, en casa de Mama Licha preparan el café muy cargado, por estar en el enredo de la llamada de The Torment olvidó que ahí no debe tomar más de una taza, y la idea de que debe desmembrar el grupo de luchadores tampoco ayuda a su gastritis, una idea que ni a Toni ni a él se les ocurriría tratar de aplicar al grupo de los altos jefes militares, que estos jamás

aceptarían mezclarse o participar en grupos más amplios, y en verdad Clemen nunca ha tenido un problema con ellos, como no sea el desliz de haber fornicado con la mujer del jefe de la policía, algo que jamás le contaría a Toni, aunque éste fuese la reencarnación de Buda o el mismísimo San Pedro, jamás le ha revelado a nadie sus andanzas sexuales con mujeres casadas, faltaba más, muy estúpidos son quienes se jactan de ello, en mantener el secreto no sólo está el gusto, sino la seguridad de no crearse la fama de adúltero, de cogedor de mujeres de otros, y evitar la trompada o el tiro.

Y en este instante, con la vista perdida tras el cristal, viendo sin mirar a las decenas de personas que pasan por los corredores, distingue por el rabillo del ojo a una figura que se le hace conocida, una mujer que camina de prisa, con la decisión de quien hará una compra precisa y no tiene tiempo de sobra. ¡¿Blanca?! ¡No puede ser! Avispado, aguza la vista, pero la mujer se ha escabullido por el corredor perpendicular. Era ella, claro, ¿Qué hace aquí? Si se supone que estaría en el salón de belleza y luego iría a recoger a Esther, según lo que ésta le dijo. Debe alcanzarla, aprovechar para hablar con ella, ¡caramba!, que no se le presentará otra oportunidad como ésta, seguramente ha venido de prisa sólo a hacer un mandado y luego irá al salón, o al revés, para lo que importa. Ya se ha puesto de pie, con la idea de que luego le explicará a Toni su repentina ausencia, cuando éste se aproxima procedente del baño y le pregunta qué sucede, a lo que Clemen responde que lo disculpe, pero se tiene que ir de inmediato, acaba de ver pasar a su hermano Alberto y le urge hablar con él un asunto de su padre, una excusa que no es la primera vez que utiliza, sus amigos saben de las dificultades familiares producidas por el exilio político de Pericles, y sin más le tiende la mano y dice «Nos vemos mañana», que si no se apura Blanca se le pierde entre el gentío, ya de por sí no será fácil

encontrarla, pero Toni le dice que entonces él también regresa a casa, que salgan juntos, por lo que Clemen controla sus ganas de lanzarse a las carreras, y mientras se encaminan a la puerta, ve pasar por el corredor al teniente Villacorta, vaya las casualidades, que no hace ni tres horas que se lo encontró en el mercado y aquí está otra vez, enfilando por el mismo pasillo por el que se fue Blanca.

Y es en este instante, una vez que se ha separado de Toni y avanza a paso veloz por el corredor, cuando el flashazo alumbra su mente, un luzazo que lo remece a tal grado que por poco sufre un traspié: el teniente está aquí por Blanca, ya sea vigilándola o para reunirse con ella, no puede ser de otra forma. ¿Qué se traerá entre manos? Camina ansioso, sin perder de vista la cabeza erguida con el corte de cabello militar que se desplaza unos veinte metros por delante, y que por momentos desaparece entre la aglomeración de viandantes, esa cabeza lo conducirá hacia Blanca, ahora no tiene la menor duda, pero debe seguirlo con sigilo, sin ser descubierto, el cazador siendo cazado, por lo que va con la atención en vilo, presto a cubrirse detrás de un viandante en caso de que el teniente voltee a echar un vistazo a sus espaldas, tal como en efecto sucede en este instante, cuando Clemen se esconde tras la mujer encopetada que camina por delante, la que avanza a paso lento y enseguida se detiene ante la vitrina de la joyería Golden & Silver, y Clemen se detiene amparado en ella, como si fuesen juntos, como si fuesen una pareja que se deleita con la posibilidad de comprar uno de esos relojes o collares, porque ahora el chafarote se ha detenido a la entrada del almacén La Gardenia, y echa una nueva ojeada a su alrededor, una ojeada que en realidad es un contrachequeo, no en balde el sujeto tiene la pinta de oficial de inteligencia y suyas son las artimañas del oficio, y luego entra al almacén, donde seguramente

está Blanca, piensa con un estremecimiento Clemen, a quien la mujer encopetada se le ha quedado mirando, primero con sospecha, como si fuese el ratero que quiere arrebatarle el bolso, pero enseguida le dice —«Don Clemen, ¿no se acuerda de mí? Soy la esposa del compañero Sigüenza»—, y Clemen le dice que claro, que cómo está, y le tiende la mano, sin perder de vista la entrada del almacén, con la curiosidad hormigueándole en el cuerpo, las ganas de acercarse a la vitrina de La Gardenia para ver qué hacen esos dos adentro, si conversan o el teniente sólo la vigila, pero no puede arriesgarse a que el teniente lo descubra, por eso permanece oyendo a la señora de Sigüenza sin escucharla, con su mente alebrestada, a mil por hora, y entonces recapacita en que si éste sale del almacén y vuelve sobre sus pasos, no habrá manera de evitarlo, de ahí que pronto se despida de la susodicha, cruce hacia el otro lado del corredor y entre a la farmacia López, donde para su suerte pululan los clientes y puede posicionarse cerca de la vitrina, un puesto de vigía providencial para chequear la entrada de La Gardenia sin correr el riesgo de que aquellos lo vean. Y mientras con disimulo fisgonea, y al mismo tiempo aparenta interés en los productos de higiene bucal que están en el estante próximo, piensa que sólo puede tratarse de una cita, que el almacén no es lo suficientemente grande como para que el teniente pase desapercibido: han quedado en ese sitio quién sabe con qué propósito, quizá él está advirtiéndole sobre lo que su marido sabe acerca del encuentro en casa de su hermana Rosa Inés, o quizá no, esa idea carece de lógica, ¿cómo podrían tener esa confianza? Y entonces le cae el mazazo: esos dos tienen un enredo, y es el teniente el que los vigila y quien le fue con el soplo al general, ya se sabe que el amante puede ser más celoso que el marido, y por eso ella se mostró tan experta en el arte de la conspiración y la

estratagema, porque no es la primera vez que le encarama los cuernos al susodicho. Un súbito trastorno se produce en el ánimo de Clemen, y lo que hasta este momento ha sido miedo, se convierte en celo, que a nadie le gusta ser uno más en cuestión de lubricidades, y del celo a la rabia no media más que un parpadeo, que esta mujer le ha visto la cara de tonto, no tanto como al general, claro está, que su cornamenta seguramente tiene una dimensión inimaginable, pues la que es infiel con éste lo será con aquél, si el capricho y la voracidad se lo exigen.

—¿Le puedo ayudar en algo, señor? —le pregunta de pronto la dependienta que se le ha acercado por la espalda.

Clemen vuelve en sí. Lo deslumbra el hermoso rostro trigueño de la muchacha, un brillo de dulzura en la mirada y en las mejillas sendos camanances.

Le dice que no, gracias, que está esperando a su señora, ella es la que sabe lo que les hace falta comprar, pero se ha atrasado en el almacén.

Y en el momento en que la dependienta se retira, encantadora la chica, Blanca sale de La Gardenia, sola, tranquila, con la soltura de siempre, hasta cierto contento en el rostro, y con una bolsa en la mano, la compra que ha hecho dentro, la coartada limpia y colgante. Clemen tiene el impulso de salir en el acto y abordarla, pero se refrena, sería una torpeza, que enseguida aparecerá el teniente a cubrirle las espaldas, y no quiere que éste se percate de lo que él se está enterando, por lo que permanece quieto, atento, sin más idea que seguirlos con cautela, pero un minuto más tarde, o quizá más, o quizá menos, que en tales circunstancias el tiempo chicloso se estira o se encoge sin que el que lo padece sepa a ciencia cierta, el teniente sale con su andar castrense en dirección contraria a la que ha tomado Blanca, rumbo a la parte trasera del centro comercial,

que también lleva al estacionamiento. ¡Carajo!, que es ahora o nunca, se dice Clemen, saliendo de la farmacia a los trancos, arrebatado, que debe alcanzarla, nada importa que algunos viandantes lo vean con sorpresa y molestia por su forma brusca de rebasarlos, nada importa que algunos de ellos quizá lo reconozcan y después lo comenten, nada importa que ni siquiera tenga claro lo que le dirá cuando la aborde, lo urgente es alcanzarla antes de que llegue al estacionamiento, donde seguramente estará el teniente vigilante desde su auto. Avanza por el corredor, pasa la Fuente de Sodas, cabeceando con aprensión, y enfila por el último tramo, el que lleva al supermercado, pero no la ve por ninguna parte, qué raro, no puede haber caminado tan rápido como para haber llegado ya al estacionamiento, ¿la habrá sobrepasado sin percatarse? ¿Se habrá metido a otra tienda? ¿O habrá tomado otra ruta de salida? No puede ser: entró por acá, por eso él pudo verla desde la Fuente de Sodas, y su carro debe estar aquí enfrente, de ahí venía, por eso Clemen llega hasta el borde del corredor, para desde ahí echar un vistazo rápido al estacionamiento, y en eso está, cuando, ¡mierda!, alcanza a distinguir el Jeep conducido por el gordo zarco, que maniobra para salir del sitio donde estaba aparcado. De inmediato se da la vuelta, y camina apresuradamente de regreso, qué pendejo, casi mete las patas, pero no pudieron haberlo visto en medio de la numerosa gente que entra y sale, es lo que quiere creer. ¿Qué hará ahora? ¿Dónde se habrá metido Blanca? Y de pronto, en medio del trastornado trajín, tiene la sensación de ser un adolescente, de estar metido en un lío de novios que lo hace sentir ridículo, como si estuviese jugando a las escondidas, caramba, en la estupidez que ha venido a caer, a sus años y con su experiencia, para no creerlo, y se detiene de súbito, harto, con ganas de no estar ahí, como si observara lo que está dentro de la vitrina que tiene enfrente, los

zapatos Adoc, patrocinadores de la transmisión televisiva de la lucha libre, ganando tiempo antes de largarse, que el sentirse ridículo a cualquiera carcome el ánimo, cuando entonces la ve venir por el corredor, tan campante.

—Hola, niño. Qué coincidencia. ¿Qué hacés aquí? —lo saluda, con un gesto de sorpresa, pero contenta, hasta radiante, como si realmente le diera un enorme gusto encontrárselo.

—Eso mismo te pregunto yo —reacciona Clemen, con las mandíbulas tensas, la sonrisa helada—. Esther me dijo que ibas al salón de belleza y luego a recogerla.

—Ese era el plan, pero ya no me quedó tiempo. Me vine a comprarle un regalito a la hija de Graciela, que cumple años mañana…

«A La Gardenia, ¿verdad?, donde fuiste a reunirte con ese cabrón con el que te estás cogiendo, muy puta», tiene ganas de espetarle, para que deje de verle la cara de baboso, pero sólo la contempla con el ceño apretado.

Ella, con un gesto de curiosidad, le dice:

—Te veo raro, ¿te ha pasado algo?

Un viandante musita «Perdón» y cruza entre ellos, que están estorbando el paso en el corredor.

Se mueven hacia la entrada de la tienda de calzado.

—No. Nada… —masculla Clemen, pero luego agrega—: Acabo de ver en el estacionamiento a uno de los asistentes de tu marido. Parece que te traen la cola bien pateada.

Ella le pregunta: cuál asistente, que Lolo tiene varios.

—Un chele, de ojos claros, medio fornido… —Su entonación podría ser la del marido indignado porque su mujer le miente.

—¿Un oficial?

Clemen asiente.

—No, niño. Los oficiales no andan vigilando a la gente, para eso tienen a los orejas. Pura casualidad —dice ella, sin mudar el semblante—. Y vos ¿adónde vas?

—Quedé con un compañero en la Fuente de Sodas —responde.

—De ahí vengo yo —dice ella, y le muestra la bolsita con donuts.

Con razón no la encontró en los corredores. La estratagema es redonda; impecable el sentido de la conspiración, el tiempo necesario para que el otro se largue sin coincidir en el estacionamiento, y para que ella salga inmaculada. Vaya mierda, el único imbécil es él, que ahora se pregunta quién habrá diseñado el plan para el encuentro, si ella o el chafarote, que lo lógico sería que procediera de éste, un experto en esas lides, pero que ella le ha aprendido no cabe la menor duda.

—Me tengo que ir —anuncia ella—. Tu mujer me está esperando. —Y, acercándosele, en voz baja, musita—: Y las cosas no están como para que nos vean juntos…

—¿De veras? —pregunta él, con el sarcasmo asomándole por las comisuras.

Ella asiente con la cabeza, le hace un guiño, se da la vuelta y enrumba hacia el estacionamiento.

11

Limpia con un pedazo de franela roja todos y cada uno de los encendedores de su colección, esparcidos en la sala, la estancia y el corredor, adornando mesas y repisas; los limpia con fruición, casi acariciándolos. Es un ritual que cumple todos los sábados. Nadie está autorizado a tocarlos, ni Fidelita, mucho menos los niños, quienes saben que jugar con ellos les costaría una severa reprimenda; sólo él puede limpiarlos con su franelita roja, comprobar si tienen suficiente gas o necesitan ser rellenados, si están en la posición en que deben estar o han sido levemente desplazados cuando Fidelita desempolva las mesas y repisas, o cuando él mismo los utiliza y por sus prisas no los devuelve a su posición original. Y mientras saca brillo a cada pieza exótica, su mente no puede alejarse de los eventos de los que acaba de ser testigo y protagonista, repasándolos una y otra vez: la sangre fría de Blanca cuando se encontraron frente a la tienda de calzado, su audacia en la estratagema, su impostura, un descaro que antes fue motivo de gozoso asombro y que ahora lo encrespa, aunque se repita que es mejor haber descubierto lo que ha descubierto, por muy apetitosa que ella sea, por muchas ganas que tenga de repetir el revolcón cuantas veces fuera posible, la muy zamarra está jugando con él, y quién sabe con cuántos más, incluido el teniente Villacorta, ninguna duda le cabe ahora de que con él también se acuesta, al fin y al

cabo es el asistente de su marido y tiene la coartada perfecta para entrar y salir de la casa cuando éste no se encuentra, a dejar este expediente o a recoger aquel documento firmado, y si pertenece al área de inteligencia en la policía, como todo parece indicar, ese teniente es quien los vigila. ¡Carajo! Es por éste, y no por su marido, por quien ella teme ser descubierta, para cuidarse de él mencionó lo de la katana, y quizá el general nada sabe del mambo. Coloca sobre la repisa el huevo de ónix que con tanto cuidado limpiaba, un huevo que al abrirlo por la mitad deja ver en sus entrañas el mechero, y se voltea para tomar el cigarrillo que ha dejado humeando en el cenicero de la mesita alta de la estancia. Le da un profundo jalón: saborea el humo, y enseguida lo expele con lentitud. Qué papelón haberle creído, como neófito ingenuo, cuando ella le dijo —mientras yacían en la cama luego del coito, perlados de sudor y Clemen fumaba relamiéndose los bigotes— que esa era la primera vez que se iba a la cama con alguien que no fuera su marido, quizá con la misma convicción con que se lo habrá dicho al teniente Villacorta, y seguramente a varios otros, la misma convicción con la que le repetiría al general que jamás le quemaría la pata. Ella, la zorra; él, el zopenco. Pero poco le dura el encabronamiento, bien merecido se tiene haber hecho el ridículo, quién lo manda a meterse donde no debe, y no le queda más remedio que reírse de sí mismo, mudar la mueca, nunca terminará de asombrarse de las mujeres, y Blanca supera todas las marcas, no en balde se dice lo que se dice de las esposas de los militares, que son las de supino ingenio en sus adulterios para desquitarse las humillaciones cotidianas a las que el macho castrense las somete. Y como es cosa harto sabida que reírse de sí mismo aligera el espíritu, permite mirar la congoja desde el ángulo opuesto, y lo que antes parecía irresoluble se despoja del manto de lo fatídico, no debe sorprender que Clemen decida de

pronto llamar al general, aprovechar este impulso para salir del bache de miedo en el que Blanca lo ha metido. Y así procede: con la seguridad recuperada, aunque no sin cierta agitación, disca el número de la casa del milico, a quien saludará con la cordialidad de siempre, sin que le tiemble la voz, y le dirá que le llama para ponerse de acuerdo cuándo y dónde llevarán a cabo la reunión del grupo, que tendría lugar esta tarde y fue cancelada. Pero la sirvienta que levanta el auricular le informa que el general no está en casa, que tampoco dijo si estaría en su oficina en la policía, y la señora también ha salido, algo que, por supuesto, Clemen sabe de sobra, de tal manera que sólo le queda dejar el mensaje, que llamó don Clemen, que le corresponda cuando pueda. No le extraña que el militar esté fuera de casa, pues si bien no hubo los disturbios generalizados que algunos presagiaban, con la elección del coronel Molina debe de haber intensos conciliábulos en la casta castrense, que una cosa es verlo venir y otra tenerlo encima, y las promesas que el cabecilla hace antes de subirse a la estaca son siempre distintas a los cambios de mando que se avecinan.

Regresa a la estancia a seguir la limpieza de los encendedores, con la satisfacción que produce haber superado un problema que hasta entonces lo amilanaba, cuando de súbito truena el timbre de la puerta de la calle, se escucha la voz de Erasmito que grita «¡Soy yo!», y enseguida el chancleteo de Fidelita que sale de la cocina para abrirle a quien retorna del entrenamiento muy sudado y con el uniforme hecho una mugre.

—Quítese los tacos por favor, niño Erasmo, que acabo de trapear —le pide la sirvienta.

El niño se sienta en la loseta brillante, junto a la puerta de entrada, a quitarse las zapatillas de futbol.

—Y debería bañarse ahorita que el almuerzo va a estar listo pronto

—le dice Fidelita mientras regresa a la cocina.

—Tráigame un vaso de agua —pide Erasmito forcejeando con el nudo en una zapatilla—. Me vengo muriendo de sed.

—Por favor, se piden las cosas —lo sermonea Clemen desde la estancia.

—Por favor, Fidelita —repite el niño.

Alfredito ha venido corriendo desde el patio para recibir a su hermano, con entusiastas preguntas sobre el entrenamiento y la propuesta de ir a jugar juntos de inmediato, pero Erasmito lo ignora con gesto áspero, termina de descalzarse, camina hacia la cocina a encontrarse con Fidelita, quien viene con el vaso de agua fría, y luego se mete a tomar una ducha.

Clemen ha terminado de limpiar los encendedores en la estancia, se desplaza por el corredor y observa a Alfredito achicopalado frente a la puerta del baño. Le dice que vaya a jugar al patio, su hermano saldrá pronto. No necesita Clemen haber visto el ríspido gesto de Erasmito, su mueca de desprecio, tan parecida a la de Esther, para comprender lo que ha sucedido, la forma soberbia de ignorar a Alfredito, cómo si éste no existiese, una actitud que a Clemen le causa desaliento, porque muy al principio creyó que se trataba de la rivalidad natural entre hermanos, pero enseguida tuvo que aceptar que esos primeros cinco años que Erasmito vivió con sus abuelos maternos lo marcaron a fondo: nada ha cambiado el niño en su desprecio a la familia paterna, incluso hacia él, su padre, que tanto se esforzó por recuperarlo; ni un ápice ha cambiado esa actitud de superioridad y distancia con que lo trata, sin dejar de obedecerle ni faltarle al respeto, pero con una sequedad emocional que podría ser propia en un hombre mayor, curtido, no en un chico de once años.

Limpia los últimos encendedores. Escucha que Erasmito ha abierto la ducha. Enseguida, con voz impostada y la entonación propia de

un locutor deportivo, el niño comienza la narración de un imaginario partido de futbol; siempre hace lo mismo luego de regresar de un entrenamiento o de un partido, imaginar bajo la ducha que es uno de los jugadores de su equipo favorito, el Águila Futbol Club, o más bien que encarna a cada uno de los once jugadores, porque mientras narra las acciones del partido se agita bajo la ducha como si él fuese quien lleva la pelota, quien tira el pase, quien defiende el arco, quien es derribado por el adversario, quien hace la gambeta, quien anota el gol, y lo sabe Clemen no porque haya entrado al baño para ser testigo de ello, sino porque le basta escucharlo para comprender que así trabaja su imaginación, de otra manera no podría explicarse la intensidad, la pasión con que narra el partido, cual locutor profesional, como en este mismo momento, cuando alza la voz y Clemen detiene la limpieza del último encendedor para escucharlo: «…Mon Martínez controla el balón en el centro de la cancha. Lo pasa a Pipo Rodríguez. Pipo se abre hacia la banda derecha. Pipo Rodríguez avanza por el flanco. Se detiene frente al Orejón Montero. Amaga, gambetea y se descuelga. El Orejón lo persigue, pero Pipo lanza un largo pase transversal hacia el ala izquierda, donde Rudy Sobalvarro viene como ciclón a unirse al ataque. Rudy enfrenta al Mozote Campos. ¡Le hace el tunelito!… ¡El Mozote no pudo cerrar las piernas! ¡Señoras y señores: le hubiera podido pasar un tren en medio!… Rudy se acerca a la línea de fondo. Atrás está el Pando Mena pidiéndole la bola. Pero Rudy enfila hacia el área grande. Lo enfrentan el Paredón Muñoz y el Orejón Montero, que ha venido a apoyarlo. ¡Atención aficionados! ¡El Águila ataca y el Alianza está descolocado!… Rudy amaga con acercarse a la meta. Se detiene. Le da un toque al balón que llega a los pies de Cascarita Tapia. Cascarita ha entrado al área grande, dribla al Paredón Muñoz y se la pone a Mon Martínez. Mon adelanta la bola y dispara… ¡Go…!

Uhuh!… ¡El balón rebota en el travesaño superior y sale de la cancha! ¡¡Mon, Mon, el rey del cañonazo!!… ¡Casi, casi! ¡Atención fanaticada del Águila! ¡El gol, el gol, el gol, estuvo a un jeme de entrar!… ¡Vaya trallazo!…». Clemen lo escucha con atención, y sonríe, con una tibieza en el pecho, que el chico ha heredado sus virtudes como locutor, el don de la palabra, la facilidad para ser un artista del micrófono, y también la versatilidad para imitar, que escucharlo es como escuchar a Chalío Colorado narrando el partido estelar de los domingos, y no le extrañaría que siguiera sus pasos.

Entra a su habitación a guardar el pedazo de franela roja, el bote con el gas y el líquido de limpieza en la cajita que conserva en el clóset. Luego va a la cocina a fisgonear el guiso que prepara Fidelita.

—Quedan pocos chiles en su mata, don Clemen —le advierte Fidelita.

La planta de chile serrano está en un rincón del patio, a un lado de los rosales. Clemen la sembró cuando se mudaron a la casa y desde entonces no para de dar frutos; él es el único de la familia que los come. El gusto por el picante le viene de sus años mexicanos.

—¿De veras? —dice él—. ¿No será que se está secando?

—Yo la he regado todos los días y el jardinero no dijo nada la última vez que vino.

Clemen destapa con curiosidad la olla de carne mechada que está en la hornilla: inhala con fruición el oloroso hervor.

—¿Tiene una tortilla?

—No he ido a recogerlas todavía —responde Fidelita, mientras parte las verduras para la ensalada—. En cuanto el arroz esté listo, voy por ellas. Pero si quiere, le tuesto una de ayer.

—No, mejor me espero.

Clemen regresa al corredor, cuando escucha un «¡Yuju!» entonado

con una simulada inocencia infantil y procedente de la cochera, una exclamación inconfundible de su hermano Alberto, la forma de anunciarse que le quedó de la infancia y que Clemen remeda con burla en el acto, ¡Yuju!, un código establecido entre ellos que no cambia a pesar de los años, y si Clemen muriese primero reconocería que el otro también ha llegado al infierno por ese «¡Yuju!» entonado de tal manera, broma propia de los hermanos, para que no quepa duda de su carácter.

—Hablando del rey de Roma… —dice Clemen al abrir la puerta—. Y Betío que se asoma…

Con unas coquetas gafas de sol Ray-Ban, el cabello medio canoso impecablemente peinado y de cetro un bucle coqueto, vestido de punta en blanco con un fino mono u overall de piloto de carreras, abierto a medio pecho para que las damiselas se entretengan contemplando los pelos sedosos que por ahí asoman, y calzado con unos mocasines casuales de cuero azul, así se desplaza Alberto Aragón sobre la loseta de la sala, como si fuese en una pasarela, con el bamboleo propio de aquellos que se creen el centro de todas las miradas.

—¿Con quién estabas hablando de mí?

—Se dice el pecado no el pecador —dice Clemen.

—¿Y la chaparra? —pregunta Alberto, refiriéndose a Esther; es de los pocos que la llaman con ese sobrenombre.

—Bebiendo con el club de las zopilotas… —que así las apoda Clemen porque esas mujeres no dejan cadáver entero.

Caminan por el corredor hacia la estancia.

—Buenas tardes, don Alberto —saluda Fidelita, asomando por el umbral de la cocina.

Éste le corresponde, cortés, perdonavidas.

Y Alfredito viene corriendo desde el patio con una pelota entre las

manos:

—Jugamos, tío.

—Salude primero a su tío, hijo —le reprende Clemen.

Alberto soba la cabeza del niño. Enseguida voltea hacia el baño, desde donde sale la locución deportiva de Erasmito.

—Salió tarabilla como vos —dice.

Clemen se alza de hombros y señala un sillón de la estancia, invitando a Alberto a sentarse.

—Ofreceme un trago, canijo —dice Alberto, encendiendo un cigarrillo—. Es sábado. La gente decente necesita quitarse la goma…

Y enseguida se lleva la mano a la altura del rostro, mueve los dedos como si fuese una boca que habla y señala hacia el patio.

Clemen lo ve y asiente. Se dirige al pequeño y coqueto bar ubicado en un rincón de la estancia, en cuya barra, adornada con ingeniosos lemas sobre el arte del bebedor —como éste recién enmarcado que dice: «No hay virginidad que resista 3 martinis»—, también reposan un par de encendedores de su colección. El bar es veleidad y capricho de Esther, amena anfitriona de tardes alegres, y orgullo de Clemen, porque es la mejor constatación de que él ya está mucho más allá de la bebida, que hasta puede ser barman en su casa sin que la tentación se le acerque. Pero lo que ahora se pregunta es que se traerá Alberto entre manos, algún chisme caliente debe de ser para querer hablar donde Fidelita no pueda escucharlos, algo que le han filtrado los riquillos con los que comparte copas o las hermosas azafatas con las que intima o los pocos comunistas que aún lo creen compañero de viaje.

—¿Va a querer que le saque hielo, don Clemen? —pregunta Fidelita desde la cocina, sabedora de que Alberto siempre que viene toma al menos un par de copas.

—Por favor —responde Clemen al tiempo que saca del bar una

botella de Smirnoff y otra de agua tónica.

Y una vez que Alberto tiene su vaso de vodka en la mano, Clemen le dice que lo acompañe a revisar la mata de chiles serrano, no vaya a ser que una plaga la esté secando, y ambos salen al patio, enceguecidos un momento por la intensa luminosidad del mediodía, avanzan por el césped hacia el fondo, donde Clemen se encorva para revisar la planta, como si algo entendiese de la vida vegetal, sin encontrar nada distinto en ella, como no sea la falta de frutos, quizá un periodo de esterilidad y cansancio que pronto pasará, como en otras ocasiones.

Alfredito le da una patada al balón, que llega a los pies de Alberto, quien le da un pase hacia el otro extremo del patio, hacia donde el niño corre con entusiasmo.

—¿Y cuál es el chisme? —pregunta Clemen.

Alberto toma un trago de vodka antes de decir, en voz baja, casi en cuchicheo:

—Hablé con Pati: el Viejo viene para acá.

A Clemen le cambia el semblante.

—Qué necedad —musita.

La última vez que Pericles, el padre de ambos, llegó al aeropuerto de Ilopango, procedente de México, unos meses atrás, fue detenido por las autoridades, acusado de traer dinero y directrices de Moscú para los comunistas locales, y lo subieron en el siguiente vuelo con destino a San José de Costa Rica, donde desde entonces permanece, exiliado, en casa de Pati, la hermana de en medio, entre Clemen y Alberto.

Caminan hacia un costado del patio, donde el papayo, el limonero y el árbol de aguacate tiran una sombra bajo la que se protegen.

—Ni lo van a dejar salir del avión… —agrega Clemen.

—Viene por tierra. Va a tratar de meterse a la brava.

Clemen enarca las cejas.

—No puede ser… Cuando sepan que está aquí, lo capturarán —dice, también en voz baja, mientras enciende un cigarrillo—. Y otra vez el numerito de la cárcel, el escándalo en la prensa y la expulsión del país.

El balón pateado por Alfredito llega de nuevo cerca de los pies de Alberto; éste lo tira lejos del niño, para que corra y se entretenga.

—Pues dice que viene. Una vez que se le mete una idea, no hay quien se la saque.

—Ojalá hayas hablado con Pati en clave. Ya sabés que los teléfonos no son confiables.

—No te preocupés.

—La situación está muy caliente. Es el peor momento para que venga.

—Según Pati, los ataques de tos han empeorado, y se le ve muy desmejorado. Ella teme que pueda ser cáncer. Pero se niega a visitar un médico allá; dice que, si se va a morir, mejor se viene para acá.

Fidelita asoma por la puerta que da al patio e informa a Clemen que irá a recoger las tortillas.

—¿Y no habrá forma de que los chafarotes lo dejen en paz? No sé cuál es el miedo que le tienen, si es un anciano —se queja Alberto—. Pura tirria. ¿Estás seguro de que ninguno de tus amigos jefes puede interceder por él?

—No te confundás. Son mis compañeros alcohólicos anónimos, no mis amigos. Y ya te dije lo que una vez me hicieron saber: son los gringos quienes lo tienen en la lista. Estos de aquí sólo obedecen.

El disparo de Alfredito sale flojo y el balón queda en el centro del patio.

—¡Tío! ¡Corramos a ver quién llega primero!

Alberto le da un sorbo a su vodka y se ríe.

—Corré vos que a mí se me salen los mocasines —dice.

El niño le pega un puntapié al balón que va directo hacia los rosales y queda entrampado entre las plantas.

—¡Se acabó! —le ordena Clemen, agrio por la noticia que le ha traído Alberto—. Si tu mamá se da cuenta de que le has pegado a los rosales te va a malmatar. ¡Andá para adentro a esperar a que tu hermano salga de la ducha y juegan allá! Y te lavás las manos. Pronto vamos a almorzar.

Alfredito, enfurruñado, se dirige a recoger el balón.

—¡Dejá la pelota ahí que te vas a herir con las espinas! —le advierte Clemen—. Yo la voy a sacar después.

—Que los militares están preparando un vergazo —musita Alberto —. ¿Vos no has oído nada?

—Los rumores de siempre…

—Dicen que ahora van en serio. Un sector de la oficialidad joven está encabronada por la forma como impusieron a este primate.

—Lo que siempre dicen…

Clemen se pone el cabo del cigarrillo en la comisura y aprovecha para arrancar limones del limonero y se los mete en los bolsillos del pantalón; luego los llevará a la cocina.

—Pará la oreja que hoy van en serio.

—Y yo ¿por qué voy a parar la oreja? ¿Que soy chucho acaso? — dice Clemen con molestia—. Ya sabés que no hablamos de política en las reuniones de los grupos, y menos con los chafas, sabiendo del padre que tengo, y que vos sos un lleva y trae…

—No te enojés, cerote… Estás igual de cascarrabias que el Viejo.

—Vamos para adentro —dice Clemen, que ya tiene suficientes limones para llevar a la cocina—. ¿Te quedás a comer?

—No, gracias —responde Alberto, se empina el resto de vodka y se queda con un cubito de hielo en la boca, saboreándolo—. Tengo

un compromiso. Sólo venía a contarte lo que me dijo Pati para que la llegada del Viejo no te agarre con los pantalones abajo…

Bajo la ducha, Erasmito sigue narrando su partido de futbol.

12

—Compañeros: Mi nombre es Clemente y soy alcohólico. Antes que nada, quiero agradecer a los compañeros que me precedieron por sus estremecedores testimonios y por la valentía de asumir la autocrítica con franqueza y humildad. Sólo la más aguda conciencia sobre nuestra enfermedad puede mantenernos en este camino, el camino del hombre sobrio. Sólo el estar atentos, vigilantes, conscientes, pues, de nuestra enfermedad, nos permite mantenernos firmes durante veinticuatro horas, nos evita la caída, el desastre. Porque hasta que encontramos este camino, la ruta de la sobriedad, nuestras vidas fueron un desastre causado por el demonio del alcohol, porque hasta entonces cada uno de nuestros actos estaba en función del próximo trago. Lo debemos recordar segundo a segundo, no olvidar que el demonio de la enfermedad está aquí, dentro de mí, dentro de todos y cada uno de nosotros, agazapado, y que está a la espera de la mínima oportunidad para tumbarme, para empujarnos de nuevo al precipicio…

»Ese demonio es el que se llevó a nuestro querido compañero Ismael Villaseñor, el Gavilán Migueleño, la tarde de ayer. Ya ustedes lo saben, lo comentamos antes de iniciar nuestra reunión. Un hombre joven, en la plenitud de la vida, con hijos pequeños, que ya había encontrado el camino para dejar la bebida, en un momento de debilidad, agobiado por las presiones del día a día, cae en la

tentación, corporizada en un examigo de farra, con quien se precipita en el abismo, en las tinieblas, en la autodestrucción, en la muerte. En estos momentos, Ismael, nuestro inolvidable Gavilán Migueleño, yace en su ataúd en San Miguel, velado por su familia, por sus seres queridos, por su esposa y sus pequeños hijos que han quedado en la orfandad en los comienzos de sus vidas. Yo atiendo el grupo al que pertenecía el compañero, y por lo mismo no sólo siento dolor por lo acaecido, sino responsabilidad, culpa. Algo falló, algo muy profundo, que me exige una rigurosa reflexión para descubrir en qué fallé al atender al compañero, por qué no pude prever su tragedia, qué puedo hacer para que eso no se repita con ninguno de aquellos con los que trabajo, con ninguno de ustedes, conmigo mismo. Espero que el Cristo Negro de Esquipulas escuche mis ruegos y me ilumine. Ismael es el primer compañero de nuestros grupos al que la recaída ha llevado a tal grado de desesperación. Repito: este hecho debe movernos a la reflexión, a un esfuerzo más decidido, a redoblar nuestra atención las veinticuatro horas, sin bajar la guardia.

»¡Velad!, les aconsejaba nuestro Señor a sus discípulos. Guardemos un minuto de silencio en su memoria…

»Esta mañana, mientras hojeaba el periódico, me encontré una noticia que me hizo de inmediato recordar ese precipicio. Quizá algunos de ustedes la vieron, pero la leeré tal cual: "'No recuerdo nada porque estaba ebrio', dice acusado de homicidio…". Ese es el titular. "'Yo creí que estaba preso por ebrio, pero nunca me imaginé que por la muerte de un amigo', dijo ayer a la policía el reo Julián Chacón Hernández, de veintiséis años, sindicado por homicidio en Germán Aguilar Zaldaña. Chacón Hernández afirmó que con Aguilar Zaldaña eran 'viejos amigos' y que siempre que había una oportunidad se tomaban unos tragos, resultando que algunas veces,

al calor del licor, discutían cosas sin importancia, de las cuales no se volvían a acordar al día siguiente. El reo indicó que con Aguilar Zaldaña se dedicaban a vender billetes de Lotería Nacional y que en la noche abordaron un taxi en la colonia Escalón, ignorando lo que sucedió después. Aguirre Zaldaña murió de una lesión en el abdomen, al parecer producida con un picahielo. Su cadáver fue reconocido frente a la cafetería Sol y Mar, en la Undécima Avenida Sur y bulevar Venezuela".

»Aquí termina la noticia. No cuesta imaginar la escena: los dos borrachos hasta las cachas, discutiendo sobre mujeres, futbol, o sobre cualquier nadería, se calientan los ánimos, y enseguida uno de ellos saca el punzón y se lo clava en la barriga al otro. El demonio del alcohol en su desenfreno, sediento de sangre. Porque una vez que nos echamos el primer trago, compañeros, una vez que perdemos pie, todas esas pasiones malsanas que yacen enterradas dentro de nosotros, todas esas pasiones que hemos logrado sosegar, salen de golpe a la superficie, toman el mando y nos convierten en sus monigotes. Ese primer trago es el detonante de una combustión que libera nuestra fuerza más violenta, destructiva, autodestructiva, la fuerza de la irracionalidad, que sólo puede conducir a la muerte. Los casos del Gavilán Migueleño y del vendedor de lotería nos lo vienen a recordar.

»¿Cuántas veces no desperté yo en mi cama, aún intoxicado de alcohol, sin recordar cómo había llegado a casa, sin recordar dónde había estado bebiendo, con quiénes había bebido, ni qué había hecho, ni qué había dicho? ¿Cuántas veces no fui igual a ese pobre vendedor de lotería y estuve a un paso de matar a alguien, lo que por gracia de la Providencia no sucedió? Muchas, compañeros, muchas más de las que puedo recordar. Pero el hecho de que yo no recuerde no borra el daño infligido a los que entonces me rodeaban,

mi primera mujer y mis hijos mayores.

»Los traumas que uno causa a sus seres queridos, bajo el demonio de la embriaguez, pueden ser a veces irreparables. Yo lo vivo en carne propia con los hijos de mi primer matrimonio, que padecieron el infierno de mi enfermedad, y con quienes la relación siempre estará contaminada por los traumas que yo les causé, por las traumáticas experiencias que los obligué a padecer, y por mi sentido de la culpa.

»Llegaré hasta aquí, compañeros. Hemos tenido una jornada muy valiosa. Agradezcamos a Dios que nos ha ayudado a mantenernos sobrios. Demos por cerrada la reunión y nos vemos la próxima semana.

Los presentes aplauden, se remueven en las sillas y sillones de la sala de Mincho, el anfitrión; algunos se ponen de pie de inmediato, no sólo para estirar las piernas, sino también para dirigirse a la mesa del comedor, donde la mujer de Mincho, o más bien la sirvienta, sean dichas las cosas como son, ha servido los platos con bocadillos y galletas, el termo con café recién preparado, un pichel con fresco de guayaba y otro con agua pura, vasos, tazas, servilletas, el refrigerio bien merecido luego de la sesión que garantiza la sobriedad de los presentes y, por ello, la tranquilidad de sus familias.

Clemen también se ha puesto de pie, pero para dirigirse al cuarto de baño a desaguar su vejiga, algo inevitable luego del vaso de agua fría que tomó de un largo trago antes de la reunión, tal es el calor que hace esta tarde. Y una vez que ha cerrado la puerta y se planta frente al excusado, con la bragueta abierta y el asunto en la mano, lanza una profunda exhalación, como atleta que recién termina la carrera, en parte por la parrafada que acaba de echarse, que pese a los años y la experiencia en el oficio de la confesión pública, lo que otros llaman autocrítica, el esfuerzo sigue siendo agotador, y en

parte también porque desde la visita de su hermano Alberto, unas horas atrás, los motivos para que sus nervios se hayan tensionado de nuevo son varios, el mismo hecho de que su padre intente regresar del exilio, entrando de forma clandestina al país, es suficiente para alterar su estado de ánimo, pero lo más inquietante es la llamada telefónica que entró una vez que Alberto se hubo largado, una llamada exactamente igual a la que recibió en casa de Mama Licha esta mañana: el silencio al otro lado de la bocina, sólo una especie de apagada respiración, como si quien llama mantuviese la bocina un poco alejada, con miedo de emitir palabra o con ganas de asustar, la jodedera pura, pues, hasta un juego de niños traviesos podría ser, pensaría si estuviese en otras circunstancias, pero con los líos que se trae nada bueno puede ocurrírsele, sino que se trata de una peligrosa advertencia, ya sea por lo de su padre o por el acostón con Blanca, que la calma que sintió al mediodía luego de convencerse de que era un amante más y de agarrar valor para llamar al general, también ha volado por los aires. Y es que cuando llegó al Aloha a recoger a Esther, en vez de encontrarse a Blanca cotorreando con el club de las zopilotas, se almorzó la noticia de que un oficial muy bien parecido había ido a recogerla por instrucciones de su marido, dicho en son de burla, de insinuación y picardía, que cada una de las presentes tenía al menos tres cervezas entre busto y espalda, y la misma Esther apuntaló que, con un asistente así de guapo y coqueto, a ella también se le olvidaría lo feo que es el tal Lolo.

Enmarañado en estos temores se sacude el asunto sin poner la mínima atención, de ahí que salpique la tapa del excusado, incluso su mano, y enseguida lo acometa el apremio, como si fuese un infante a punto de ser descubierto in fraganti, por limpiar con papel higiénico el entuerto, antes de pararse frente al lavabo, donde se

echa una larga mirada en el espejo y se dice que nadie notaría nada raro en su aspecto, que no es en el rostro donde la inquietud se acomoda, sino en las tripas, lo sabe de sobra, esa sensación de llenura, quizá inflamación, las tenues ganas de defecar. ¿De qué querrá hablar Mincho? Al recibirlo a la entrada de la casa, una hora atrás, le dijo que quería que conversaran en privado un momento, luego de la sesión, y se lo dijo con el rostro inexpresivo del militar acostumbrado a la obediencia y a no dejar que se vean sus emociones. No será para insistir en que Clemen se incorpore a la Sociedad de Estudios Filosóficos Masferrerianos, de la que forman parte Mincho, su indiscutido líder, y los otros cinco compañeros alcohólicos anónimos que departen afuera en la sala, una sociedad que toma su nombre del pensador, político y periodista Alberto Masferrer, adalid del pacifismo en El Salvador a principios de este convulso siglo, una especie de adelantado del pensamiento democratacristiano, aderezado con filosofías místicas orientales, y muerto en el exilio cuarenta años atrás. No querrá Mincho insistir en la invitación, que ya Clemen la rechazó una vez, aduciendo que la atención a los grupos AA consume todo su tiempo, imposible otro compromiso —con los pocos ratos libres que le quedan, si se atreviese a asumir una reunión más, su mujer lo terminaría echando de la casa—, y realmente lo lamentaba porque era un admirador de las ideas de Masferrer, de su pensamiento de avanzada, de su cruzada contra el alcoholismo y la pobreza, así le doró entonces la píldora a Mincho, porque en verdad a Clemen las ideas filosóficas le tienen absolutamente sin cuidado, ya no digamos las de Masferrer, un tipejo del que Pericles siempre hizo mofa, «filósofo de escuela rural» lo llamaba, o «Gandhi de pulpería», y es sabido que lo que se escucha en el hogar desde la tierna infancia cala en lo profundo del espíritu, una explicación que jamás compartiría con Mincho, habida

cuenta de que éste es hijo bastardo del ilustre pensador.

Pero no es Mincho quien perora con escándalo alrededor de la mesa con bocadillos y bebidas —su talante es el recato, hasta en la borrachera su estilo era el derrumbe y no la estridencia, tal como él mismo ha confesado en las reuniones del grupo—, sino que la zarabanda procede del Flaco Pérez, un chiquitín prieto, de ojos achinados y con el cabello pegado al cráneo cual escobetón o estopa de coco, mejor conocido como «el ingeniero», quien habla a los gritos y suelta unas carcajadas espasmódicas, tan exageradas que si los compañeros que lo rodean y celebran no lo conocieran, temerían que estuviese a punto de padecer un atragantamiento o una convulsión, unas carcajadas que retumban en el salón mientras se engolosina contando otro chiste sobre la imbecilidad del coronel Molina, la lista es inagotable, que reírse del recién designado presidente de la República es la comidilla en todos los corrillos. Pero Clemen nunca se queda a la larga sobremesa que los masferrerianos disfrutan cada sábado luego de la sesión, viene al mandado y no al retozo, que de aquí tendría que partir hacia la siguiente reunión con los jefes de la policía y de la guardia en la casa del general Gutiérrez, ahora suspendida; sus dos reuniones del sábado en la tarde, con dos grupos antípodas que no tienen por qué saber el uno del otro, lo del anonimato es muy importante, en especial para los segundos, por nada del mundo quisieran que anduviese de boca en boca que los jefes de la policía y de la guardia han sido unos borrachos rascuaches incapaces de salir del vicio sin la ayuda de los alcohólicos anónimos, qué pensaría la ciudadanía, su seguridad en manos de semejante cafres, caramba, aunque al fin y al cabo nada de esto les preocupa, sino el uso que sus enemigos políticos puedan hacer de esta información, por eso desde el primer encuentro le pidieron a Clemen la mayor de las discreciones.

Bebe un vaso con fresco de guayaba mientras observa los gestos espasmódicos, casi maniáticos, del Flaco Pérez en su perorata y carcajada, aparentando que pone atención al chiste que éste cuenta, pero más bien esperando el momento para despedirse, cuando Mincho se le acerca y le propone ir a conversar al patio. Ni modo: no puede zafarse. Y antes de salir percibe las miraditas de reojo que cruzan los compañeros, como si ya estuviesen enterados de lo que le espera, cómplices de la encerrona, lo que lo pone en guardia: por un lado, la curiosidad, y por el otro, cierto fastidio, pereza, que si insiste en lo del grupo de estudios masferrerianos tendrá que ser más cortante.

Con el cigarrillo en la comisura y el vaso de fresco de guayaba en mano, Clemen cruza la resolana del patio junto a Mincho, hacia la metálica mesa de jardín, en cuyas sillas se acomodan, protegidos del sol por la pared de la casa vecina, aunque no del calor y de la sequedad del aire. Y entonces Mincho, en voz baja y pausada, con su gesto adusto, o lo que Clemen en otra situación llamaría la seriedad del burro, le dice que el asunto del que le quiere hablar es delicado, confidencial, por eso prefiere hacerlo en corto, en privado, para no comprometerlo, que él tiene claro que no es prudente tratar de política o de asuntos externos en las reuniones con los compañeros alcohólicos anónimos, pero la situación se ha precipitado, varios oficiales en el ejército no están de acuerdo con la manipulación de los resultados electorales, mucho menos con la elección del coronel Molina como presidente de la República por parte de la Asamblea Legislativa, lo que se esperaba era una convocatoria a nuevos comicios dada la suciedad de los anteriores, pero el actual presidente, el general Sánchez Hernández, se dejó torcer la mano por el grupo de generales reaccionarios que lo rodean, el bando de los duros, un enorme error, una decisión que

sólo ha servido para desanimar a la población y azuzar a las filas del ejército, que desde hace varios meses venían agitándose con rumores de golpe de Estado, pero ahora los oficiales con vocación democrática y patriótica están indignados, con ganas de pasar a la acción, incluido él, que hasta ayer mantuvo su apoyo y confianza en el general Sánchez Hernández. Eso le dice Mincho, quien sabe de lo que habla, cómo no, si es el jefe de la Brigada de Artillería, cuya sede está en el cuartel El Zapote, a un costado de Casa Presidencial, un coronel con acceso al primer círculo de poder, aunque no pertenezca a él, debe aclararse, que de un plato comen los coroneles y de uno distinto y más sabroso comen los generales, piensa Clemen, cosas que se le vienen a uno a la cabeza, que hasta tener su propio grupo de alcohólicos anónimos —sin ningún oficial de rango inferior— exigen los meros jerarcas. El general Sánchez Hernández ha propiciado el rompimiento dentro de la Fuerza Armada, sigue Mincho, y lo que antes eran rumores ahora se han convertido en iniciativas, los oficiales con vocación democrática han llegado a la conclusión de que sólo removiendo a la cúpula militar y convocando a nuevas elecciones se puede salir del impase en el que está sumida la nación, por lo que varios grupos están reuniéndose… Conspirando, piensa Clemen, con la mirada puesta en Mincho y en la tupida enredadera que cubre parte de la pared a sus espaldas, exhalando con parsimonia el humo del cigarrillo, reconociendo los meandros del eufemismo que los militares usan cuando hablan con quienes no pertenecen a su casta. La cuestión es que no puede tratarse sólo de un movimiento militar, sino que debe incluir a la mayoría de sectores de la sociedad, dice Mincho, y es por eso por lo que ahora está hablando con él —ya sé dónde vas, Barrabás, piensa Clemen, con un amago de desasosiego, reacomodándose en la silla y restregando la colilla en la concha de ostra que sirve de cenicero

sobre la mesa—, para apelar a su conciencia y a su experiencia, para proponerle que les eche una mano en la gesta que se avecina, que con su prestigio, sus contactos y su experiencia en el golpe militar contra la dictadura del general Martínez en 1944, les podría aportar una valiosa ayuda.

—No tenés que decidir nada ahora. Pensalo con calma.

Clemen bebe lo que queda en el vaso de fresco de guayaba.

—A mal árbol te estás arrimando —dice, y enciende otro cigarrillo —. Yo no puedo participar en ningún asunto de naturaleza política sin comprometer a nuestro movimiento de alcohólicos anónimos. Te agradezco la confianza, pero no es posible.

—Varios compañeros están dispuestos a participar y todos consideramos que sería muy bueno que vos estuvieras a nuestro lado. Pensalo.

—Con seguridad son jóvenes y no tienen un cargo directivo. Yo me llevaría a nuestro movimiento entre las patas, soy una de sus caras públicas, le causaría un daño tremendo. Lo siento, pero no tengo nada que pensar.

Nada que pensar y menos que recordar, que en el golpe de 1944 se involucró en medio de su borrachera, en verdad todos los participantes estaban hasta las cachas, tanto jefes militares como civiles, que de otra forma nadie hubiera tenido arrestos para enfrentarse al general Martínez, y la sirindanga en que se ahogaban explica la fatídica derrota, el rotundo fracaso, del que no sacó más experiencia que el pavor y la estampida, ni más conocimiento que el fétido aliento de la muerte, por Dios, que desde entonces se prometió jamás involucrarse en ese tipo de aventura.

Mincho guarda silencio un momento, lo mira fijamente, sin cambiar la expresión de adustez en su cara de tótem, y luego dice que entiende su punto de vista, que es una pena, que si cambia de

opinión no dude en hacérselo saber. Y entonces le pide el más absoluto silencio.

Claro, ni vos has hablado conmigo ni yo he escuchado nada, faltaba más, que no saldrá de aquí en carrera a contarle a los generales que Mincho y su grupo están calentando la sartén para cocinarlos, él no es un delator y por suerte la reunión en casa del general Gutiérrez ha sido cancelada, algo que Mincho no tiene por qué saber, y ese pensamiento, que es un alivio no estar obligado a ir enseguida con los generales dado el peso de la información recién recibida, lo hace olvidar que hasta hace un momento esa cancelación había sido motivo de resquemor por la posibilidad de que tuviese su origen en el acostón con Blanca, que cosa del diablo son los eventos, que uno puede vestirlos, desvestirlo y volver a vestirlos en el acto sin que ellos se inmuten.

—Tengo que irme —dice Clemen, como si realmente lo estuviese esperando otro grupo de compañeros.

Y los dos hombres se levantan de las sillas, cruzan el patio y entran a la sala: Mincho, sin que en su rostro se descubra la decepción; Clemen también aparentando normalidad, aunque en el fondo esté un poco apenado, incómodo, pues intuye que la mayoría, si no todos los compañeros del grupo masferreriano están metidos en la conspiración, esperaban involucrarlo y se llevarán un chasco. Y mientras se despide de cada uno con un apretón de manos, como si nada hubiese sucedido, como si de nada se hubiese enterado, hasta bromea —«Pórtense bien», les dice, sonriente— piensa que Mincho debe contar con una sólida red de oficiales dentro del ejército, pues de otra manera, con los complotados que están en esta sala, no llegará muy lejos, basta ver al viejo Riso, un militar retirado —compañero de la sublevación del 1944— que ahora padece de diabetes e hipertensión, o a Fabián, abogado y dandi más inquieto

por la impecabilidad de su peinado que por veleidades democráticas, o al Flaco Pérez y a su hermano el Zarco, dueños de una empresa de construcción, caramba, que hombres de armas tomar no parecen, si son seguidores de Masferrer, adalid del pacifismo, qué carajos hacen conspirando.

Y hasta que sale de la casa, encaminado por Mincho, comprende de pronto en toda su dimensión la trampa en que ha caído: ya lo comprometieron, arrinconado entre dos fuegos, aquellos y estos, aunque él no tome partido, ¿lo considerarán un lleva y trae?, la puta que los parió, como si no tuviese suficiente enredo con lo de Blanca, y lo que hasta entonces ha sido un asomo de desasosiego se convierte en un ataque de ansiedad, el apretón en las tripas que lo acomete mientras abre la puerta del Austin Cooper y mira de soslayo a su alrededor, con la sensación de que desde algún sitio alguien lo está vigilando, tomando nota de su salida, de la cordialidad con que se despidió de Mincho, hasta suerte le deseó, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Y es que mantener en secreto que uno se acuesta con la mujer del amigo o con la esposa del general no es tan difícil, sino que hasta puede ser motivo de fruición, por el placer mismo y por el regocijo íntimo que produce sentirse por encima de aquellos que lo consideran a uno como alguien inferior, sin contar con el hecho de que peligra la vida si uno se va de la boca, pero mantener un secreto como el que le acaba de revelar Mincho es tóxico, necesita uno expelerlo, deshacerse de él, que lo privado es una cosa, y lo que nos afecta a todos, algo muy distinto, piensa Clemen mientras conduce el Austin Cooper de regreso a casa, barajando las consecuencias que el complot de Mincho, en caso de llevarse a cabo, acarrearía para el trabajo de los alcohólicos anónimos a nivel nacional y para él mismo a nivel personal, ¡carajo!, que lo natural

sería hacerse el suizo, nada sabe de nada, pero con seguridad los generales están informados de que él atiende a los masferrerianos, de igual manera que éstos sabrán de su relación con los generales, aunque él haya mantenido la discreción solicitada expresamente por estos últimos, aunque haya respetado la compartimentación de los grupos y se haya apegado al carácter anónimo del movimiento —que busca darles seguridad a los compañeros y evitar el chismerío—, los militares tienen informantes por doquier y siempre hay compañeros que hablan más de la cuenta. ¿Debería consultarlo confidencialmente con Toni?

No es consciente Clemen del estado de crispación nerviosa en el que ha cruzado la ciudad, sumido por completo en sus pensamientos, ni de la forma acelerada en que mete el Austin Cooper en la cochera, sale del mismo con portazo y entra a la casa sin siquiera sacar las llaves del bolsillo, porque Fidelita ha corrido presta a abrirle. Sólo hasta que Esther, desde el sillón donde ve el televisor, le espeta «Qué te pasa, niño, que venís como perseguido por el diablo», vuelve en sí, enciende otro cigarrillo y pregunta por los niños, a lo que ésta responde que están donde Ramón, el amiguito que vive en la siguiente calle, y luego dice: «Ah, y antes de que se me olvide, Blanca y Lolo nos han invitado a almorzar mañana en su casa».

13

Quién no quisiera ser como Clemen para entrar como Juan por su casa, de gorra, saludando a diestra y siniestra, por la puerta trasera de la Arena Metropolitana, reservada para luchadores y empleados, y que custodia don Eusebio, prieto exluchador de corpachón intimidante, a quien Clemen ha obsequiado un caramelo de naranja, como hace siempre que viene al espectáculo sabatino, un caramelo que don Eusebio agradece como un reconocimiento entre abstemios, porque él también fue bebedor, pero no necesitó de los AA para su conversión, una iglesia evangélica le bastó, antes incluso de conocer a Clemen, tal como se lo comentó al enterarse del proselitismo que éste realizaba entre los luchadores.

Avanza Clemen por el corredor que conduce a los camerinos y las duchas, ligero de ánimo, el humor le cambia una vez que pone pie en la «Catedral de la lucha libre», tal como la llama Miguel «Miguelito» Álvarez, no importa que el pie lo ponga en la puerta trasera, una emoción de alegría, levedad, libertad de espíritu, lo acomete, lo embarga, no como el fiel que entra en una catedral verdadera sino como quien, luego de una semana de intenso trabajo, entra a su bar favorito, en el que compartirá con amigos con los que tiene en común chismes y gracejadas, comparación esta que una sola vez pasó por la mente de Clemen, enseguida la desechó por peligrosa y la sustituyó por la del niño entrando al parque de

diversiones. Avanza, pues, en medio de la agitación y el barullo, que en media hora comenzará la función y ya se oye el rugido de la fanaticada, centenares de ansiosos que en las galerías claman por el inicio de los combates, y pronto comenzarán los gritos —«¡¡A qué horas, hijos de puta!!»— y las arengas, en medio de carcajadas, procedentes de la marabunta que se apretuja en las galerías, lo que Esther llama con desprecio «el populacho», al que no importa que aún falten treinta minutos para llegar a la hora programada, que la voluntad de diversión no tiene horario. Avanza Clemen hacia la pequeña oficina del Chele Panameño, ubicada cerca de la salida al cuadrilátero, donde el mandamás estará reunido con Miguel «Miguelito» Álvarez, Tío Tigre Cardoza y seguramente uno de los luchadores —de estar The Torment a mano, él sería el indicado—, decidiendo sobre el homenaje que se le rendirá esta noche al Gavilán Migueleño, que para eso lo ha convocado el Chele Panameño, para que les eche una mano, tal como le propuso cuando le llamó por teléfono un par de horas atrás, en momentos en que con su familia se aprestaba a cenar, una llamada que por supuesto empurró a Esther, cualquier cosa que semeje, huela o suene a lucha libre le aturra el rostro, y que dejó a Clemen pensando sobre la mejor forma de manejar el caso ante la fanaticada. Rumbo hacia la oficina, saluda a los luchadores que encuentra a su paso, el Sordomudo Cruz que habla a señas con el Bucanero, quién sabe hasta dónde éste le entienda pese a los años que han compartido, a la Incógnita Nazi que sale de un camerino, y más adelante al Solitario, un muchacho aún primerizo, quien parece listo para enfrentar al Jabalí en la lucha de arranque, que tres son los combates teloneros en que prueban armas novatos y maletas —no siempre la experiencia se convierte en talento—, antes de las dos peleas estelares, esta noche primero el duelo de parejas y al final,

en la cúspide, la triangular.

Toca la puerta y, sin esperar respuesta, entra, que éste no es el lujoso despacho del Borlaco, ahora tan inaccesible, sino apenas una oficina improvisada con tres canceles en el galerón, junto a los camerinos y las duchas, algo rascuache si se la ve con atención, lo que no hace Clemen, de tantas veces que ha estado ahí, aunque nunca para tratar sobre la muerte de un compañero alcohólico anónimo, de un luchador, ninguno ha fallecido desde que se inauguró este recinto, mucho menos en las circunstancias del Gavilán Migueleño, que eso es sobre lo que hablan quienes aquí se encuentran, qué tanto deben decir, revelar, al momento del homenaje, incluso si éste debe realizarse esta misma noche o esperar la función del siguiente sábado. De ninguna manera pueden hacerse los suizos, lo mejor será, ahora que comience la función, decir que ha fallecido, sin dar ningún otro detalle, y pedir un minuto de silencio, y luego, en caso de que un familiar de la víctima y The Torment logren llegar a tiempo desde San Miguel, se haría la ceremonia de entrega del diploma de reconocimiento, dice el Chele Panameño ante los rostros ceremoniosos de Tío Tigre Cardoza, Miguel «Miguelito» Álvarez, Tony Jackson y el Vikingo, para tal homenaje logró que esta mañana le imprimieran un diploma de reconocimiento a la trayectoria como luchador profesional del Gavilán Migueleño, un diploma que yace sobre su escritorio y enseguida pasa de mano en mano entre los presentes, hasta que llega a las de Clemen, quien curioso lee: «La Arena Metropolitana entrega el presente diploma al Gavilán Migueleño, Ismael Villaseñor, idolo de la afición salvadoreña, en reconocimiento a su carrera como luchador profesional».

—Le falta el acento a ídolo —comenta Clemen, antes de pasar el diploma a Tony Jackson.

—¡Qué pendejo ese impresor! Le pedí que lo revisara —dice el Chele Panameño, contrariado, como si no fuese él quien tenía que haberlo revisado, pero al final de cuentas a nadie le importa si le falta o le sobra un acento, tercia Tío Tigre Cardoza, a lo que asiente el Vikingo, como si supiese distinguir una palabra con acento de una que no lo tiene, piensa Clemen, con dificultad sabrá leer, y ¿qué hace aquí?, con Tony Jackson como cara civilizada de los luchadores basta, que el Chele Panameño no ha convocado a una asamblea para tomar decisiones colectivas, nada está más lejos de su forma de ver el mundo, sólo quería que le confirmaran lo acertado de su decisión, él es el dueño del circo y ya, pero el Vikingo quizá funciona como su enlace con la policía para el tratamiento del caso, algo normal, lo que carece de normalidad es que en la mente de Clemen aparezca de la nada el estribillo de la cumbia «¡Tiburón, tiburón! ¡Tiburón a la vista, bañista!», aparición que evidencia su cambio de sentimientos hacia el luchador de la cabellera rubia y teñida, y donde antes hubo simpatía y comprensión, ahora comienza a manifestar desprecio, y hasta repugnancia, emociones que no puede permitirse sentir hacia un compañero alcohólico anónimo, que debe merecer todo su respeto.

Pronto el Chele Panameño disuelve la reunión, que el espectáculo se les viene encima, y claro ha quedado el plan, el minuto de silencio al que convocarán al inicio de la función, desde el centro del cuadrilátero, Miguel «Miguelito» Álvarez, junto a Tío Tigre Cardoza, las figuras más respetadas por el público, y antes de la pelea estelar, la ceremonia de entrega del diploma de reconocimiento, en la que también participará el Chele Panameño, The Torment, el familiar del Gavilán Migueleño, por supuesto, que sin éste no habrá nada, y los luchadores que protagonizarán ese combate triangular, cuyo vencedor será el segundo representante nacional ante el Torneo

Centroamericano a realizarse en Guatemala, que el primero está decidido, es el Apache, tal como se anuncia en la columna de *El Diario de Hoy* esta mañana. Y una vez quedan a solas, el Chele Panameño vuelve a su silla, le pide a Clemen que tome asiento y en su rostro se forma una expresión compungida, que no tenía unos minutos atrás, mala señal, alguna picardía se trae entre manos, no en balde lo conoce desde hace años, piensa Clemen, con un dejo de simpatía, que la amistad está hecha precisamente de estos reconocimientos, pero la pregunta que le hace el Chele Panameño —«¿Qué has escuchado de que estos cabrones andan formando un sindicato para joderme?»— lo sorprende, porque nada sabe al respecto, y con cara de asombro responde con una pregunta obvia:

—¿Los luchadores?

—Y quién más, pues. Dicen que el Mongol y el Diablo Rojo son los agitadores, que lo que les pago es una mierda, que debería compartir con ellos las ganancias de la publicidad en televisión y radio. Haceme el cabrón favor, como si hubiese ganancias, agradecidos deberían estar de que algo les pago, estos muertos de hambre, gente más ingrata, no consideran el sacrificio que tengo que hacer para mantener esta carpa.

Clemen repite que nada ha escuchado, inquiere quiénes más están en la intriga, si ya se ha reunido con ellos. Que no, eso es lo que quiere saber, quiénes los apoyan, para eso quería hablar con él, pensó que de algo se habría enterado en las reuniones del grupo de alcohólicos anónimos, y no, aún no se ha reunido con ellos, los muy culeros, pero el chisme anda de boca en boca, él se lo desayunó esta mañana, parece que vienen haciendo trabajo de hormiga desde hace un tiempo. Por segunda vez en el día Clemen se ve obligado a aclarar tajantemente que el movimiento AA no se involucra en política ni en luchas sindicales y, por lo mismo, en las reuniones de

los grupos nada se aborda que tenga que ver con eso, y mientras esto dice una alarma suena dentro de su cabeza, no le vaya a pasar como con los masferrerianos, que aprovechan las sobremesas para la conspiración, pero no, no le puede pasar lo mismo, porque con los luchadores él participa del cafecito con pan dulce luego de la reunión formal, le encanta quedarse a chismear sobre los entresijos de las luchas, recordar con The Torment historias de la Arena México.

—¿Estás seguro de que es cierto? ¿No será sólo un rumor? Me parece raro que yo no haya oído nada —dice Clemen, intrigado.

—Quizá aún no han llegado a reclutar a la gente de tu grupo.

Claro, The Torment tendría que estar al tanto y haberle comentado algo, una cosa es no hablar de política y otra cosa es que el líder natural del grupo no informe a quien los atiende de algo que podría afectar la dinámica de trabajo, quizá lo hayan dejado fuera de la intriga por ser extranjero, sabrá el diablo lo que están cocinando.

El Chele Panameño insiste en que no se trata sólo de un rumor, la fuente es fidedigna. Y quién es esta lengua digna de todo crédito que le ha enturbiado el día al amigo, pregunta Clemen, con las orejas paradas, contimás ahora que el Chele Panameño responde que la fuente no se la puede revelar, se dice el pecado y no el pecador, y que no joda, ya es hora de irse moviendo, la función comenzará en unos minutos.

Avanzan por el pasillo que desemboca a un costado del cuadrilátero, por donde entran y salen los luchadores, a veces aun amagándose o a los gritos y en plena trifulca, y se dirigen a las sillas que el Chimbolo les tiene reservadas en la primera fila, el lugar por excelencia en el ringside, lo lógico, para el dueño y sus invitados, donde precisamente Clemen estaba con Esther cuando les cayó el Mongol encima, un recuerdo que quizá emerge por la mención que el Chele Panameño recién hizo del luchador como cabecilla de la

supuesta conspiración, de cuya existencia aún duda, demasiadas las envidias que emponzoñan a quienes compiten por la supremacía en un deporte, tendrá que preguntárselo a The Torment, quien no le mentirá, él está por encima de los otros, por el prestigio que traía cuando llegó al país y que pronto ratificó, por su temple apacible, su carácter respetuoso, a salvo de las rencillas locales por su condición de extranjero, ¿y si a causa de esto lo han dejado precisamente fuera de la jugada? No le extrañaría que don Eusebio o el Chimbolo estuviesen más informados, aquel porque como viejo retirado del oficio tiene la confianza de muchos, y éste, a quien Clemen ahora llama para darle un propina, costumbre adquirida desde los tiempos de la Arena México de pistear al acomodador, porque es el muchacho hacelotodo de la Arena Metropolitana, a quien el Chele Panameño explota a cambio de permitirle que participe de los entrenamientos en el cuadrilátero con vistas a convertirse en luchador, su sueño guajiro, y también porque es una especie de mascota para varios de los luchadores, el cipote de los mandados, apenas tiene trece años, se entera de mucho de lo que en este recinto acontece.

Retumba el griterío y la rechifla en las galerías, que no son más que rústicas bancas de madera en las que se apretuja la plebe, cuando Miguel «Miguelito» Álvarez sube al cuadrilátero, micrófono en mano y acompañado de Tío Tigre Cardoza, y dice «Bueno, bueno», probando el sonido, y enseguida pide «Atención, por favor, silencio», a lo que de inmediato un vozarrón responde desde las galerías «¡A pedir silencio a tu casa, hijueputa!», pero Miguel «Miguelito» Álvarez sabe imponerse, que la masa paga para desfogarse y nada personal hay en ello, y, con voz profunda y solemne, exclama: «¡Aficionados!… Debo comunicarles una infausta noticia: nuestro compañero, amigo e ídolo de la afición, el Gavilán

Migueleño, ha muerto. Quiero pedirles un minuto de silencio en su memoria». Es entonces cuando Clemen se pregunta si esta convocatoria ha sido una buena idea, que está siendo transmitida en vivo por la televisión, a sabiendas de que la marabunta pipil puede ser más agresiva y patana que aquellas hordas que se enardecían en el Coliseo romano. Y fija la vista en su reloj de pulsera, como hace Miguel «Miguelito» Álvarez, el Chele Panameño y también la mayoría de los que están en el ringside, como si de esa forma la aguja segundera corriese más de prisa, por eso sabe que han pasado 27 segundos cuando un vozarrón ronco e imponente procedente de las galerías grita: «¡¡¿Por qué están callados?!!». Y en el acto, desde otro sitio, una voz menos potente, pero suficientemente audible, responde: «¡¡Porque se murió tu madre, hijueputa!!». A lo que el vozarrón contesta: «¡¡La mía está muerta, pero no tragando verga como la tuya!!». Y este breve diálogo patán levanta llamadas al silencio, «¡Shh!», y la reacción de una tercera voz que grita: «¡¡Más respeto, culeros!!». Pero por suerte nada ni nadie detiene a la segundera, y pronto termina el minuto, y las galerías explotan con aullidos, aplausos y chiflidos, y una andana de desperdicios (cáscaras de naranja, semillas de mango, latas de jugo y hasta botellas) caen sobre la malla de gallinero que protege el cuadrilátero y el ringside del entusiasmo desbordado de las galerías.

El Solitario y el Jabalí han subido al cuadrilátero, cada uno está en su esquina, haciendo calistenia, a la espera de que Miguel «Miguelito» Álvarez los anuncie, y el referí también camina sobre la lona, un referí que no es Tío Tigre Cardoza, quien se reserva para los combates estelares, sino otro, también popular, a quien el locutor llama Chico-Paco-Pancho, y cada vez que se refiere a él pronuncia las tres palabras con énfasis y rapidez, en estribillo, de tal forma que suenan como un solo nombre, Chico-Paco-Pancho, tal como también

lo llama la fanaticada. Algunos luchadores, que no están programados para esta noche, permanecen en la boca del pasillo que conduce a los camerinos, atentos al inicio del combate, entre ellos el Vikingo, a quien Clemen percibe por el rabillo del ojo, y quizá sea esta mirada lateral, oblicua, la que dispara la asociación de pensamientos: ¡claro!, el Vikingo es el informante que le ha dado el soplo de lo del sindicato al Chele Panameño, quién más, no se le había ocurrido antes, y sin duda ya la policía los tiene bajo vigilancia, que a los militares cualquier forma de organización que no sea la de ellos les parece comunismo.

«¡En esta esquina, con 178 libras de peso, el luchador rudo el Jabalí!», anuncia Miguel «Miguelito» Álvarez, mientras un tipo rechoncho con cara de cerdo se pasea y saluda a la afición desde su rincón del cuadrilátero. «¡Y en esta otra, con 175 libras de peso, el luchador técnico el Solitario!», quien ahora agita la mano hacia el público y hace movimientos como si distendiera su espalda. «¡Lucharán a tres caídas!», dice el decano de los locutores deportivos mientras los contendientes se acercan al centro del cuadrilátero, donde Chico-Paco-Pancho les repite las reglas de rigor, enseguida suena la campanilla y arranca la primera lucha.

—Si te enterás de que alguien de los del grupo está metido en lo del sindicato, me avisás —dice Clemen, sin perder de vista el arranque del combate.

—Seguro. Vos también.

—No quiero que ocupen al grupo para sus asuntos gremiales.

—Asuntos gremiales… —masculla el Chele Panameño con sarcasmo—. Cuáles asuntos gremiales. Ganas de joderme es lo que tienen.

Y entonces, de la nada, Clemen le revela que quizá disolverá el grupo para que cada luchador se integre a uno más grande, de

acuerdo con la zona donde cada uno viva o a su conveniencia. Y en el mismo instante en que termina de pronunciar sus palabras, se pregunta por qué las ha pronunciado, por qué le ha hecho esta revelación al Chele Panameño cuando la decisión no está tomada aún, ni siquiera han abordado el asunto en la junta directiva, qué lo ha llevado a irse de la boca de una forma tan absurda, un comportamiento que no es la primera vez ni será la última que le suceda, y en cuyo origen ha tratado de reflexionar, pero nunca ha podido ir muy lejos, algo se le contorsiona dentro, le cierra el paso y luego padece una sensación de suciedad, de culpa.

—¿Y eso? —pregunta el Chele Panameño.

—Es mejor. Mucho chisme. Y lo del Gavilán Migueleño me ha afectado… Pero no lo vayás a comentar con nadie, que la decisión final aún no está tomada.

El Chele Panameño se ha quedado pensativo.

—Con tal de que esos cabrones no vayan a agarra zumba de nuevo —dice—. Ya tener que lidiar con el Apache y el cabrón del Mongol es más que suficiente.

En ese momento, el Jabalí ha puesto espaldas planas sobre la lona al Solitario, y al conteo de tres, Chico-Paco-Pancho lo declara vencedor de la primera caída, momento en el que estallan los chiflidos y la algarabía, como siempre sucede cuando termina una caída, y mucho más cuando se define la lucha, y el vencedor se pasea retador por el cuadrilátero, como gladiador que ha vencido a la fiera, y el público se enciende hasta el paroxismo y le grita vivas e insultos de los más variados colores, no sólo desde la galería, donde se alebresta la plebe, sino también desde ringside, donde están los que pueden pagar 3.00 colones, que tampoco es un botín, pero éste no es un deporte para ricos, valga la aclaración, ni para gente que se escandalice ante la patanería, basta oír los insultos contra el

Solitario por haberse dejado vencer tan pronto, procedentes de quienes están próximos a Clemen y que ahora se han puesto de pie para estirarse, encender un cigarrillo, comentar que ese muchacho es un chambón, mongólico, mariconazo, los epítetos sobran, sólo un inepto pierde en menos de dos minutos, pero pronto se anuncia el inicio de la segunda caída y todos vuelven a sus sillas, metálicas éstas, de las que rentan para piñatas y fiestas quinceañeras, nada que ver con las butacas de las primeras filas en el Madison Square Garden, por ejemplo, al que ni el Chele Panameño ni Clemen jamás han asistido, aunque éste último pasó en un taxi frente al mismo, cuando visitó Nueva York invitado a la asamblea mundial de los AA, y conoció al gran Bill, el jefazo del movimiento, pero no tuvo el tiempo ni el dinero, valga la precisión, para asistir a una función en esa magna arena, como le hubiese gustado, una anécdota estupenda para presumir ante las diversas audiencias, «yo estuve en el Madison Square Garden en las primeras filas», imaginen el impacto, aunque al menos estuvo frente al coloso unos segundos, no poca cosa, a diferencia de quienes le rodean, ninguno de los cuales ha visitado la gran urbe, podría jurarlo, basta verles el aspecto, una secuencia de pensamientos que enseguida sale de su mente, porque el Solitario ha comenzado la segunda caída con pie derecho, más bien con una pata voladora que deja turulato al Jabalí, y luego se propone hacerle una quebradora de la que el luchador de la cara porcina logra zafarse por un pelo, y rueda por la lona, tratando de ponerse de pie con dificultad, instante en que el Solitario se le lanza con una tijereta, lo somete con un candado al cuello y le aplica una doble Nelson…

«Vaya, despertó el bicho este», comenta el Chele Panameño, sin mayor entusiasmo.

Y así transcurre la segunda caída que gana el Solitario, y luego

viene la tercera, en la que zipizape se alarga más de cinco minutos, lo que ha calentado a la fanaticada, porque la impresión es que están tal para cual, una seguidilla de llaves por aquí, otra por allá, y las maromas y las pantomimas brillan, hasta que el Jabalí le hace la tapatía al Solitario, quien luego de unos segundos tira la toalla.

Cuando arranca la segunda lucha, la Incógnita Nazi versus Joe Urquiza, Clemen ya está completamente succionado por el espectáculo, ninguna preocupación o fantasía ocupa su mente, sino lo que sucede en el cuadrilátero, y entre cigarrillo y cigarrillo, y caramelo y caramelo, el tiempo se le hace una melcocha, como si estuviese en un bar entrando a lo mejor de la bebedera, que ese olvidarse de sí mismo es lo que más disfruta del espectáculo, en el hacerse masa y disfrutar como masa entre la masa está la magia, sin perderse los gritos, las maromas, el sudor y la adrenalina, de tal manera pasan las tres luchas teloneras y procede un descanso un poco más largo, antes de la semiestelar y la estelar, momento en que Clemen se pone de pie para estirarse, fumar, saludar a viejos conocidos y conversar con Juancho y Tolín, dos compañeros alcohólicos anónimos fieles fanáticos de este deporte, ubicados un par de filas atrás, y que forman parte del grupo que se reúne los domingos en la sede de la Colonia Centroamérica. Y mientras con ellos comenta sobre la esperada lucha triangular que cerrará la jornada, observa de reojo que don Eusebio viene de prisa a hablar en corto con el Chele Panameño, cuyo rostro se endurece, y enseguida ambos se dirigen apresurados hacia los bastidores, por lo que Clemen les dice a los compañeros que lo disculpen un momento y enfila tras de aquellos, que quizá ya llegó The Torment y el familiar del Gavilán Migueleño, pero lo que acontece tras bambalinas es un altercado entre el Apache, listo para salir al cuadrilátero, que la siguiente lucha es la suya, y el Mongol, quien no tiene combate esta

noche, viste de paisano y se le nota medio a pichinga, un altercado que pronto pasa a los manotazos, y amenaza convertirse en zafarrancho, porque varios luchadores los rodean, incluidos el Conde Rojo, el Invasor y Tony Jackson, quienes deberán salir en pocos minutos al ring con el Apache para protagonizar el duelo de parejas en relevos australianos, la esperada lucha semiestelar que no puede retrasarse, jamás se lo perdonaría el Chele Panameño, por lo que de inmediato éste increpa al Mongol, lo amenaza con que jamás volverá a poner un pie en la Arena Metropolitana si no se calma, si sigue con el numerito, una amenaza que le sale de tan adentro, es tan convincente, porque es lo que de veras quiere, correr a este hijueputa que está montando la conspiración en su contra, mientras don Eusebio ha logrado posicionarse entre ambos luchadores, y Tony Jackson, el más respetado de los que ahí se congregan, llama a la calma, y se lleva aparte al Mongol, quién sabe lo que le cuchichea para calmarlo, se pregunta Clemen, quizá sobre la formación del sindicato o sobre la muerte del Gavilán Migueleño, aunque el pique entre los luchadores rudos no es nuevo, larga su disputa por imponerse como el roperón más zafio y zamarro, en fin, que el bochinche se ha desarmado, pero queda un aire denso, pesado, percudido. Clemen aprovecha para echarle una ojeada al Apache, sin que éste se percate, en busca de algo que evidencie cómo lo han afectado los acontecimientos del día anterior, algún asomo de culpa o de dolor ante la muerte del compañero, pero sólo reconoce la rabia por el altercado con el Mongol, y hasta se sorprende de su propia ingenuidad al suponerle una conciencia moral a esa masa de músculos y grasa, si carece de ella en la lucidez cuando tortura, menos la tendrá endemoniado por el alcohol, y se sorprende aún más cuando el Apache, mientras se encamina junto a los otros hacia el cuadrilátero, descubre su presencia y lo saluda respetuoso, como

si nada hubiese quedado del rencor con el que lo amenazó la noche anterior.

Que el ego es un muchachito vanidoso que se marea con cualquier aplauso resulta evidente cuando Clemen se siente importante porque el Apache lo haya saludado de la forma en que lo ha saludado, y enfrente de varios de los luchadores que estaban presentes cuando el pasado exabrupto, incluido el Vikingo, quien por supuesto ha estado merodeando alrededor del altercado y ahora se acerca a Clemen y masculla: «Ve lo que le dije anoche: cuando está borracho dice cualquier cosa y al día siguiente ni se acuerda», a lo que Clemen asiente, aunque incómodo, no tanto por la ojeriza que ha comenzado a sentir hacia el Vikingo, sino por la culpa de sentirla. Y así, tras el barullo de los que van hacia el cuadrilátero y su corte, Clemen sale al ringside, pero en vez de irse a la silla, que el Chimbolo cuida del acoso de los vivianes, enfila hacia los sanitarios, unas súbitas ganas de mear le han apretado el bajo vientre, por suerte no de pasar a las ligas mayores, los sanitarios son tan asquerosos que incluso cuando mea saca el pañuelo del bolsillo posterior del pantalón y se tapa la nariz para contener los pútridos efluvios, lo que hace ahora mismo mientras se abre la bragueta, y acaba de lanzar el chorro caliente contra el urinario cuando escucha que alguien dice a sus espaldas: «Don, tenga cuidado que se lo quieren escabechar». Voltea, pero el que lo dijo va de salida y no logra distinguirlo, contimás que Clemen sólo cabecea sin dejar de orinar, que una vez que el chorro ha salido es difícil súbitamente detenerlo. ¿Qué fue eso?, se pregunta azorado, ¿quién era?, ¿por qué dijo lo que dijo? Otea a su alrededor y comprueba que sólo están él y otro tipo que viene saliendo del cagadero, nadie más, y no recuerda que haya habido otra persona cuando llegó, tan abstraído venía en el saludo del Apache que tampoco podría jurarlo, pero

entonces el azoro se convierte en consternación, porque el que pronunció la advertencia entró sólo a eso, a decírsela, y salió de prisa para que no lo viera, venía pegado a sus espaldas, pues, hasta esperó a que él estuviese entretenido con el asunto en la mano para cometer su empresa, bien planeada la tenía, aunque ¿cómo pudo hacerlo si un minuto antes Clemen no sabía que iría al urinario? Y mientras se cierra la bragueta y acomoda el pantalón, le cae encima el miedo pegajoso de que el general quiera matarlo por haberse acostado con Blanca, un miedo que le nubla la mente y le aprieta las entrañas, pero enseguida vuelve en sí, eso no es posible, el general los ha invitado a almorzar mañana, tiene que haber sido una equivocación o las puras ganas de joder. Sale sin lavarse las manos, que Miguel «Miguelito» Álvarez está terminando de presentar a los contendientes, la silbatina y los aplausos hacen vibrar la arena, y se dirige a su silla, con la atención despierta, no a lo que sucede en el cuadrilátero, sino a los que ve en su camino, como si pudiese descubrir a quien no ha visto, como si en una mirada cómplice o que se escabulle pudiese reconocer al que hizo la advertencia a sus espaldas, como si fuese a tener la oportunidad de preguntarle por qué ha dicho semejante cosa, qué sabe, qué se trae entre manos, quién se lo quiere escabechar, pero pronto se sienta, no sin antes echar una última mirada a su alrededor. Y no sabe cuánto tiempo permanece en el limbo, atento a una lucha que ve sin mirar, sumido en un caos de emociones y pensamientos, en la morbosidad del miedo, hasta que el Chele Panameño regresa a sentarse a su lado y le informa que ya llegó The Torment, está en la oficina haciendo unas llamadas telefónicas, ningún familiar del Gavilán Migueleño ha venido con él, habrá que posponer el acto para el siguiente sábado, mejor, dará más tiempo para anunciarlo, prensa incluida. «Y de corregir la errata», dice Clemen, a veces la humorada aparece

cuando menos se la espera, como un destello que ilumina brevemente el ánimo sombrío, como una válvula por donde escapa la presión ejercida sobre el hombre inquieto. «Qué jodedera con eso», comenta el promotor del pancracio, ajeno a las turbulencias que agitan el espíritu de su amigo.

Aprovechará para hablar con The Torment, dice Clemen poniéndose de pie, que de pronto ha decaído su interés en el combate, aunque tenga la mirada puesta sobre el cuadrilátero, la turbación lo tiene maniatado, el rollo en su mente vuelve una y otra vez a lo acaecido en el sanitario. «Mirá si a vos te dice algo de la intriga que se traen con el Mongol, que a mí no me soltará prenda», le pide el Chele Panameño. Clemen camina de prisa hacia los bastidores, un poco agachado, no quiere estorbar la vista de quienes en las primeras filas disfrutan de la lucha, a él también le fastidia la pasadera de gente, cruza sin detenerse en la boca del pasillo, donde se amontonan el Vikingo, el Sordomudo Cruz y otros luchadores no programados para esta noche, y se encuentra con The Torment en el momento en que éste sale de la oficina. Le pregunta cómo le fue en San Miguel, mientras enciende un cigarrillo y señala hacia la oficina, que ahí pueden conversar ajenos al ajetreo de los camerinos. Cuenta el luchador que al entierro asistió mucha gente, mucha más de la que esperaban, las radios locales difundieron la noticia desde muy temprano en la mañana, la funeraria estaba a mediodía a reventar, y largo fue el cortejo fúnebre a las cuatro de la tarde, hasta con la presencia de las autoridades de la alcaldía, el hermano del Gavilán Migueleño es síndico del Consejo Municipal, de mucha ayuda ha servido esta pertenencia. Del cementerio él se fue directamente a la terminal de autobuses, dice Severino, tenía que regresar hoy mismo, aunque la familia del Gavilán Migueleño lo invitó a que se quedara a cenar, hasta le ofreció el sofá de su casa para pasar la noche el

hermano síndico, y que se regresara con ellos mañana domingo a mediodía, cuando vendrán a llevarse lo que ha quedado en la habitación del Gavilán Migueleño antes de que los ladrones la desvalijen. Y lo que más lo impresionó, le hizo un nudo en el estómago, sucedió cuando metieron el ataúd en la tumba, y la madre y la viuda, rodeadas por los dos chicuelos, estallaron en llanto y exclamaciones, destruidas por la tragedia. Clemen dice que lo entiende, duro es el adiós a quien ya no volverá, y enseguida aprovecha para expresar su confusión sobre lo que sucedía con ese matrimonio, porque el Gavilán Migueleño en una de sus autocríticas en el grupo dijo que ella lo había abandonado por culpa de los maltratos a los que la sometía cuando se emborrachaba, y luego a solas le confesó que ella se había ido a vivir con un policía migueleño, pero ahora resulta que la situación no era tal, anoche todo le pareció normal entre la esposa y la familia. Es que el Gavilán Migueleño era medio mitómano, explica The Torment, entre más bebía más fantaseaba, y aunque dejara de beber se quedaba en la nube, probablemente desde chico fue así, ya formaba parte de su ser inventarse o exagerar situaciones y hechos, quizá la señora sí fue pretendida por un policía, pero de eso a que ella haya abandonado su hogar para irse a vivir con el tamarindo media mucha distancia, al fin y al cabo cada matrimonio tiene su propio menjurje, y el compañero muerto celoso sí era, con razón, la señora Yolanda es muy guapa, dice The Torment alzando las cejas, con ese cuerpo, hermano, cualquier temería lo peor, piensa Clemen, si él, que sólo la vio una vez, hasta soñó con ella, lo que podría pasar con alguien que la trata todos los días, o la ve pasar a diario al alcance de su mano, y hasta puede percibir el aroma a fiera sexualidad que ella exhala, posiblemente sin proponérselo, que Clemen no detectó coquetería alguna la noche anterior, claro que ninguna mujer

coquetea cuando el cadáver de su esposo yace tirado en el piso, y mientras sus pensamientos derrapan por esa ruta, la imagen de Yolanda que aparece en su mente es la del sueño de la noche anterior, tan intenso fue el deseo, tan fuerte la impresión, y esa imagen es sustituida sin previa advertencia por la del sargento con la siniestra cara de piña, cosa curiosa, que ese rostro no existe en su vigilia, es una construcción de su sueño, una completa fantasía, como si los miedos y alucinaciones del Gavilán Migueleño se le hubieran metido en una pirueta de la transmigración.

A propósito, dice Severino, bajando la voz, doña Yolanda le contó un asunto delicado, turbio, hasta inquieto ha quedado, y guarda silencio un momento, como si repensara lo que va a decir, o más bien si es prudente decirlo, lo que agudiza la curiosidad de Clemen, ya de por sí excitada en extremo por el suceso acaecido en el sanitario. Y apenas The Torment ha pronunciado dos palabras, «según ella…», cuando oyen el sonido de la puerta y ven aparecer la figura del Vikingo, quien pregunta «¿Se puede?», pero ya está adentro, infeliz oreja, le cuesta disimular a Clemen el enojo, por lo pronto no habrá revelación, el luchador de la cabellera oxigenada inquiere si no irán a presenciar el combate, a lo que Severino, que ha abandonado con presteza el incipiente modo confesional, responde que no, que él sólo ha venido entrada por salida, que se va rumbo a su casa, su mujer lo está esperando, y el hambre aprieta, sin cenar salió de San Miguel, sólo comió un aguacate en la parada del bus en el puente Cuscatlán y una tortilla con chorizo en Cojutepeque, que los verá el próximo viernes en la reunión del grupo.

—Yo te llevo —dice Clemen.

—No se moleste, don Clemen. Sólo son seis cuadras. Quédese a ver las luchas.

—Sí, esta primera caída está buenísima… —mete su cuchara el Vikingo.

—No es molestia —insiste—. De todas formas, me tengo que ir. Le prometí a mi mujer que estaría de regreso temprano, porque se ha estado sintiendo mal. Vamos…

Y así, como en una maniobra concertada, dicen adiós al Vikingo, quien queda destanteado, sin poder hincar el colmillo en el chisme que su olfato de sabueso ha detectado, mientras se encaminan hacia la puerta trasera, que les abrirá don Eusebio, extrañado de que no se queden a la lucha triangular que culminará la jornada. Y el mismo Clemen, si no estuviese envuelto en una atmósfera de irrealidad desde que recibió la advertencia en los sanitarios, se sorprendería si alguien le insinuara que se perderá la lucha estelar por voluntad propia, pero ahora que caminan bajo la noche estrellada hacia el Austin Cooper sólo quiere enterarse del chisme de la viuda del Gavilán Migueleño, Yolanda, lindo nombre, apropiado para una mujer con su porte, piensa, sin saber por qué lo piensa, cada quien fantasea como puede, aunque tampoco quiere que Severino crea que él está mintiendo, que la supuesta indisposición de Esther es una coartada, no quiere pasar por chismoso, cuidar la imagen ante los compañeros es fundamental, por lo que dilata el momento del chisme preguntando sobre la corona de flores, si ya la habían llevado a la funeraria cuando él llegó, si a la familia de la víctima le quedó claro que el movimiento AA los acompaña en su duelo, a lo que Severino responde afirmativamente, también varios compañeros migueleños se hicieron presentes.

Antes de abrir la portezuela del Austin Cooper, estacionado sobre la calle Concepción, Clemen aprovecha para encender un cigarrillo y echar un vistazo a su alrededor, como si temiese que de pronto fuese a aparecer el Vikingo blandiendo una inusitada excusa para

meterse con ellos en el auto, lo que no sucede, nadie camina por las aceras en este momento, sólo relumbran bajo los faroles los autos de quienes gritan su algarabía dentro de la Arena.

Avanza con lentitud el Austin Cooper hacia la Séptima Calle Oriente, pasa frente a la puerta principal de la «Catedral de la lucha libre», se detiene en la llamada «esquina de la muerte» —donde abundan los choques fatales— y enfila hacia el parque Centenario. Hasta entonces suelta prenda Severino: lo que doña Yolanda le dijo es que el Apache había estado presionando al Gavilán Migueleño, con el Vikingo de segunda voz, se entiende, para que colaborara con la policía, incluso para que entrara en nómina como informante y luego pudiera convertirse en detective, que el luchador de la cabellera teñida llegó a decirle que podrían trabajar juntos, mantener al tanto a las autoridades de lo que sucediera entre los luchadores y dentro del grupo AA, misión por la que se le daría un ingresito extra, ya se sabe que de gratis ni los chicles, pero que al Gavilán Migueleño no le hizo gracia la idea, se negó, aunque ellos siguieron insistiendo. Ese es el chisme, dice Severino, aún cauteloso, como si algún soplón pudiera escucharlo, mientras Clemen lo ha escuchado en silencio, agarrado al volante, con el cigarrillo en la comisura, calladita se la traían los muy cabrones, y su mente en un revolú, a mil por hora, demasiados hechos han sucedido en las últimas horas, quisiera encontrarles un sentido, intuye que hay una relación, pero se pierde en el mazacote de pensamientos, de preguntas. ¿Tendrá esto que ver con la posibilidad de que se forme un sindicato de luchadores? ¿Para qué quieren otro infiltrado en el grupo de alcohólicos anónimos? ¿Habrá una relación entre los esfuerzos por reclutar al Gavilán Migueleño y la advertencia que acaba de recibir en los sanitarios? ¿Y esas misteriosas llamadas telefónicas en las que nadie se pone al habla?

Clemen gira a la derecha sobre la Décima Avenida Norte, bordea el parque Centenario, observa la marquesina del Cinelandia, lee *Las 24 horas de Le Mans*, un par de semanas atrás la vio en el cine Majestic, y salió emocionado, conduciendo el Austin Cooper como si fuese Steve McQueen al volante, hasta que Esther le llamó la atención. Se estaciona cien metros adelante, frente a la casa de The Torment.

—Parece que quieren formar un sindicato de luchadores —lo dice sin dramatismo, como si no hubiese novedad en la noticia, expeliendo el humo del cigarrillo—. ¿Te han invitado?

¿A lo del sindicato?, dice Severino, circunspecto. No, ni quiere, pasa de largo, él es extranjero, no se mete en esos asuntos, los compañeros lo saben, respetan su posición, aunque hasta donde tiene entendido es apenas una idea, nada concreto.

Permanecen en silencio.

Clemen observa por el retrovisor las luces de los autos que pasan.

—Está fea la cosa —musita.

Severino asiente. Luego repite que, al día siguiente, antes del mediodía, los hermanos del Gavilán Migueleño, y también la viuda, vendrán en una picap para sacar lo que está en la habitación antes de que se lo roben.

—En caso de que quiera acercarse para hablar con ella —agrega, abriendo la portezuela—. Yo iré a ayudarles.

Espera a que el otro entre en la casa y pone la marcha. Baja la cuesta de la Décima Avenida hacia la hondonada del Tutunichapa, repitiéndose que debe ordenar sus pensamientos, encontrar un asidero, salir del caos interior, qué lejos parece ahora su preocupación de que el general descubra que le ha encaramado una cornamenta, qué lejos su confusión por las andanzas de Blanca con el teniente Villacorta, porque lo que era una amenaza por puros

celos ha adquirido un oscuro tinte político de un bajo mundo en el que él ha permanecido hipnotizado, como zombi, por su pasión casi infantil hacia la lucha libre, sin prestar atención a la tumefacción que ahora supura. Sube de la hondonada, pasa frente a la fábrica Diana y enseguida vuelve a bajar hacia el cruce con la Veintinueve Calle Oriente. Y entonces, de pronto, siente una enorme desolación, un desamparo rayano con la angustia, como si estuviese a merced de fuerzas desconocidas que lo acechan, una sensación de absoluta impotencia, que nada puede hacerse contra lo insondable, la voluntad que pretende cambiar el curso de los eventos es sólo otra fantasía. No le quedará más que rezar, pedirle al Cristo Negro de Esquipulas que lo proteja y lo ilumine para que mañana despierte con la mayor de las claridades, y si le queda tiempo, antes de partir hacia el almuerzo con Blanca y el general, irá al mesón donde vivía el Gavilán Migueleño con el propósito de hablar con Yolanda, que le cuente de primera mano lo que le ha contado The Torment, esa mujer, Dios santo. Por ahora debe pensar en lo que le dirá a Esther para justificar su regreso tan temprano de la Arena Metropolitana, cuando los niños aún estarán viendo la pelea estelar en la tele.

TERCERA PARTE

AL FIN EL DOMINGO

14

Timbra el teléfono en la mesita de noche. Clemen se revuelve bajo las sábanas, abre con dificultad los ojos, extiende la mano tanteando para encender la lámpara, mira en el reloj que son las cinco y veinte de la mañana, caramba, vaya hora de joder en domingo, y se incorpora apoyándose en el respaldo. Alza un poco la bocina, para que el aparato dejé de timbrar, y en los segundos que le toma ponerse al habla, de las posibilidades que pasan por su mente —una emergencia familiar, la recaída de un compañero, un despistado que marcó el número equivocado— la que termina de despertarlo y lo despabila, la que más teme y lo estremece, es que nadie hable del otro lado de la línea, ese golpe de silencio intimidante, que quizá no sea silencio sino un mensaje de advertencia o amenaza, no termina de entenderlo, pero luego de tragar saliva y decir «Aló», lo que escucha es la voz de una mujer, habla de prisa, ansiosa o desesperada, como si estuviese en una emergencia que requiere su ayuda inmediata, y por aquello de que el deseo se entromete en los momentos menos esperados, Clemen supone que quien llama es Yolanda, la hermosa viuda del Gavilán Migueleño, metida quién sabe en qué embrollo y clamando por su presencia, pero la voz se identifica como la esposa del compañero Marticorena, Otilia, para servirle, usted no me conoce, disculpe por molestarlo a esta hora, lamenta haberlo sacado del sueño, pero está desesperada y no

puede esperar más: Juan José ha recaído. Sí, Juan José Marticorena, el periodista, asiste a las reuniones los domingos en la colonia Centroamérica, está en muy mal estado, no ha parado de beber en toda la noche, cuando regresó a casa en la madrugada, apenas podía mantenerse en pie, traía una bolsa con una botella y ha estado bebiéndola como si fuese agua, pese a que ella y las dos niñas, sus hijas, han tratado de convencerlo de que se vaya a acostar, sigue en el sillón de la sala, a veces como endemoniado, se pone muy agresivo, pero luego comienza a llorar, se queja de que nadie lo comprende, nadie lo ayuda, ella no entiende por qué no termina de quedarse dormido, con tanto alcohol en la sangre, espera que espera a que el borracho caiga, hasta que hace un rato pidió que lo llamara a usted, el jefe del grupo, si puede venir a ayudarlo, que sólo después de hablar con usted se irá a acostar, dice, por eso me he atrevido a llamarlo a esta hora, usted perdone. Y mientras doña Otilia de Marticorena lanza su parrafada, Clemen bebe sorbos del vaso con agua que siempre está en su mesita de noche, no sólo para calmar la sed con que despierta luego de un intenso sueño, sino también para espantar a los malos espíritus, las vibraciones nocivas que nos lanzan aquellos a quienes no gustamos, y entre sorbo y sorbo no le cuesta recordar con nitidez al compañero Marticorena, un apellido poco común, su figura prieta, esmirriada, los puros huesos, con los ojos saltones, semejante a esos refugiados de Biafra cuyas fotos publica la prensa. Clemen le pregunta dónde viven. En la colonia La Rábida, sobre la Treinta y cinco Calle Oriente, dice ella, la segunda casa después de la gasolinera Esso que hace esquina con la calle a Mejicanos. Llegará en veinte minutos, asegura Clemen, sin necesidad de apuntar la dirección, conoce muy bien la zona, vivió un par de años a pocas cuadras de ahí, sobre la Treinta y siete Calle Oriente, antes de casarse con Esther, quien ahora

remolonea entre las sábanas, pregunta quién llama, y cuando escucha de lo que se trata, da un chasquido y se reacomoda para seguir durmiendo, que la noche fue intensa, Clemen regresó de las luchas más temprano que de costumbre, venía con una extraña ansiedad y, una vez que los niños cayeron dormidos, la abrazó y se le desató una fogosidad de la que ella supo sacar provecho.

Pronto está de pie frente al lavabo: se lava la cara, cepilla sus dientes y se peina, la ducha la tomará a su regreso, que la emergencia por la recaída alcohólica no es cosa de broma, un minuto basta para que la víctima pierda su polo a tierra y se convierta en victimario de aquellos a quienes se supone que ama, o de sí mismo, como el Gavilán Migueleño, un recuerdo que pesa en su ánimo, no puede permitir que algo así suceda de nuevo, y no sucederá, se dice mientras enciende el primer cigarrillo del día, deja el pijama sobre la cama, se pone las prendas que tiene a mano y enfila hacia la cochera, con esa energía tonificante emanada de la voluntad de cumplir la misión en la que se cree, la obra que le corresponde hacer en favor del prójimo, el compañero Marticorena, a cuyo rescate parte raudo en el Austin Cooper. A la altura de la primera bocacalle, en la esquina donde destaca el recién instalado teléfono público, bajo el farol rompedor de la penumbra que antecede al alba, distingue a don Julio, el sereno, el viejo vigilante nocturno enfundado en su uniforme azul —pistola al cinto y gorro de lana— apoyado en su negra bicicleta, en la que ronda la colonia cada hora, de las diez de la noche a las seis de la mañana, tocando el silbato para ahuyentar a cualquier ladronzuelo atrevido. Clemen se apresta a saludarlo cuando descubre que don Julio conversa animadamente con un vecino trasnochador o madrugador, nunca falta alguien así, pero sólo le lleva una fracción de segundo reconocer al policía flaco y cadavérico, de torva mirada, que

acompañaba al Vikingo la mañana anterior en el mercado San Miguelito, y es el mismo Jeep en el que se conducían el que ahora está parqueado unos metros más allá, en la calle lateral. «Adiós, don Clemen», agita la mano don Julio y sonríe, cordial la expresión en su rostro marcado por las manchas blancas del bienteveo, vitíligo que le dicen, y Clemen también agita la mano, mira fugazmente al flaco cadavérico, preguntándose qué hace a esta hora en este sitio, si estará ahí para vigilarlo a él, carajo, el recuerdo de lo acaecido en el sanitario de la Arena Metropolitana lo sacude, la desconocida voz de advertencia irrumpe en su mente y ensombrece su ánimo, pero enseguida trata de convencerse de que eso es un absurdo, no tiene sentido, venir en la madrugada a vigilar su casa como si él fuese a escapar no tiene pies ni cabeza, ¿escapar de qué?, lo más probable es que el flaco cadavérico ande husmeando en busca de guerrilleros, para eso estará sonsacando a don Julio, ya se sabe que muchos de ellos son estudiantes universitarios que viven en colonias de clase media, como esta de la que ahora sale, donde se hacen pasar por apacibles matrimonios recientes con familiares que los visitan, cuando en verdad son células armadas borboteando conspiración. Conduce con lentitud frente al Cuartel San Carlos, bajando aún más la velocidad para pasar sobre los túmulos, diciéndose que debe sacar al flaco de sus pensamientos, después tendrá tiempo para preguntar a don Julio lo que el oreja husmeaba, ahora debe concentrarse en la misión que lo tiene en la ruta, su mente y su espíritu enteros al rescate del compañero caído, y enseguida cruza la Quinta Avenida, a esa hora las calles están desoladas, ni carros ni almas, apenas un bus que traquetea. Trata de recordar las autocríticas públicas del reincidente para encontrar asideros que le permitan hacerlo volver en sí, pero la memoria no le responde, quizá el hecho de haber despertado abruptamente lo afecta, o quizá sea el avistamiento del

flaco cadavérico el que lo perturba, en todo caso comenzará sondeándolo por el lado del trabajo, si tiene problemas en la oficina, que eso sí sabe, es jefe de prensa del Instituto de la Vivienda Urbana (IVU) y también columnista de *La Prensa Gráfica*, un hombre callado, tímido, que nunca se queda a las pláticas informales luego de las reuniones, en fin, habrá que encomendarse como siempre al Señor Cristo Negro de Esquipulas para que lo ilumine, que en estos casos de emergencia es difícil recetar el remedio si no se atisban las causas.

Quién lo viera estacionado frente a la casa de los Marticorena, con la mano derecha sobre el escapulario que cuelga en su pecho, rogando al Cristo Negro que le dé luz y verbo convincente para ayudar al compañero; quién lo viera de pronto contrito, inesperado el impulso, rogando el perdón por la culpa de haber utilizado una situación semejante para satisfacer sus apetitos carnales, como sucedió con Blanca mientras Rosa Inés yacía noqueada por el coctel de licor y pastillas, aunque muy en el fondo de sí mismo una vocecilla apele a que no fue enteramente su culpa, sino de Blanca, quien tramó la intriga sin su consentimiento. Pero nadie ve a Clemen en su rápido rezo, a esta hora del domingo la calle está desierta, y debe salir con decisión del Austin Cooper, tocar la puerta de la casa y entrar en la talacha, tal como procede, luego de saludar a la señora de Marticorena, llámeme Otilia, ni mandado a hacer el nombre para alguien con su tipo, se le ocurre a Clemen, rolliza y robusta, blanca la piel, romos los rasgos del rostro, grises los ojos, abultado el busto bajo la bata, sus movimiento llenos de energía, propios de alguien acostumbrado al mando, a que no se le desobedezca, lo contrario al escuálido compañero Juan José, que yace hundido en el sillón, lo ve desde la puerta de entrada, despatarrado, con una botella de vodka Smirnoff entre las piernas, la

guayabera desabotonada, descalzo, el rostro enrojecido y abotagado, pero nunca jamás despeinado, que decir hirsuto sería poco, con ese pelo de puercoespín que no lo cimbraría ni la peor catástrofe. «¡Adelante, compañero Clemente!», dice el hombre con voz pastosa, incorporándose, pero sin lograr ponerse de pie. Su llegada ha despertado la curiosidad de «las niñas», tal como las llama la señora, en verdad unas muchachonas piel canela, muy guapas, de unos quince años, quizá una más, quizá la otra menos, quienes se acercan y saludan a Clemen con la reverencia debida al médico que viene a salvar al paciente o al cura esperado para la extremaunción, y ante cuya aparición Clemen se pregunta cómo semejantes ricuras pueden proceder de tanta fealdad, pensamiento fugaz del que ni siquiera tiene tiempo de arrepentirse, porque Otilia le pregunta si le gustaría un cafecito, a lo que él responde que sí, por favor, mientras el compañero Juan José le hace un gesto para que se acerque, quiere hablarle en corto: «Compañero, convénzalas de que me dejen de joder, que se encierren en sus cuartos para que usted y yo podamos hablar tranquilamente», le pide, entre dientes, el aliento pútrido y la mirada extraviada. Le dice que no se preocupe, ellas se retirarán a sus habitaciones una vez que su señora le traiga el café, pero que antes de cualquier cosa debe darle la botella de vodka, si no él, Clemen, no se sentirá en paz para conversar. Sería como convencer al ladrón de que no cometa el robo cuando aún empuña la pistola, lo dice el compañero Marticorena, para sorpresa de Clemen, que no le conocía el lado gracioso y no puede evitar la sonrisa, menos aun cuando dice que la pondrá en el suelo, no quiere darle el gusto a la gorda de que la vaya a vaciar al excusado. Enseguida Otilia aparece con dos tazas de café, una para el visitante, que con gusto la toma, y la otra para su marido, que en vez de tomarla le dice con sorna: «¡Qué necedad la tuya! Ya te dije

que no quiero tomar esa mierda». Presto reacciona Clemen, que a la mujer se le ha inflamado la cara de rabia por la humillación, y le dice que el café le quitará el sueño, mejor después le da un vaso de leche, por ahora lo mejor es que se retiren a sus habitaciones para que ellos puedan hablar a solas, es el procedimiento, y se lo dice guiñándole un ojo, sin que el otro vea, para que ella entienda que al borracho hay que seguirle la corriente un rato, aunque luego se le enderece, que para enderezarlo está él ahí, ella debe descansar, ha pasado la noche en vela, por lo que Otilia y las dos muchachonas de fina hormona se retiran por el corredor hacia las habitaciones, mientras Clemen sorbe un poco de café, luego coloca la taza en la mesita de centro y acerca una silla al sillón en el que yace el interfecto, a un costado, se entiende, que no tiene intención de estar recibiendo de frente ese fétido aliento, sino de colocarse todo oreja sobre el apoyabrazos para escuchar lo que el otro desembuche, tal cual cura confesor.

Pero de súbito, sin ton ni son, el compañero Marticorena entona el estribillo «¡Y estoy aquí, aquí, para decirte!… ¡Y estoy aquí, aquí, para contarte!… ¡Y estoy aquí, aquí, para quererte!… ¡¡Amor!!», mientras agita los brazos con gesto burlón, remedando al baladista español Raphael, tan de moda en estos tiempos, una payasada ante la que Clemen no puede más que recordar sus tiempos de borracho, que la capacidad de imitación ha sido una de sus virtudes, exacerbada cuando tenía las copas dentro, pero por lo mismo sabe también que al compañero pronto le pegará el bajón, canta camino al confesionario, y en lo que canta asoma lo que lo atormenta.

—Y entonces, ¿qué le pasó, don Juan José? —pregunta Clemen, bajando la voz, casi un cuchicheo, el tono calmo.

El otro calla, se hunde en el sillón, mudado el gesto, y luego masculla, con una mueca de desprecio, arrastrando las pastosas

palabras, que su vida ha sido una absoluta mierda, y que le perdone la grosería, una falsedad, un mal sueño, fofo, gelatinoso, desde que tiene memoria se ha dedicado a tratar de quedar bien, de satisfacer las expectativas de quienes lo rodean, a costa de su verdadero yo, aquel al que tiene sepultado y sólo se libera en las borracheras, y la cuestión empeoró una vez que se casó, una vez que descubrió que esa era la mayor de las imposturas, día a día la pose, el sometimiento, el guardar las formas, comportarse, ser buen hijo, buen esposo, buen padre, buen empleado, el esfuerzo por cumplir con los papeles que a uno le han asignado, sin que a nadie le importe lo que uno lleva dentro, sin que nadie pregunte si uno está contento con esos papeles, si corresponden a lo que en verdad uno es.

El compañero Marticorena se detiene, toma aire, se remueve en el sillón, voltea hacia la botella de vodka en el suelo, con ganas de tomarla y empinársela, necesitaría un trago para seguir la perorata, pero enseguida mira a Clemen, quien lo observa en silencio, expele el humo del cigarrillo y le pregunta:

—¿Y cuál es ese verdadero yo que lo atormenta?

Aquél se cimbra, como quien acusa un golpe, guarda unos instantes de silencio. Luego murmura, con una mueca burlona:

—Una perra en celo…

Y sonríe, cual niño feliz con su travesura.

Clemen se abalanza hacia la mesa a apagar la colilla en el cenicero. Toma el platito con la taza de café, bebe un sorbo y lo apoya sobre sus piernas.

Eso, una perra en celo a la que ha debido esconder —habla como si chupara lentamente las palabras—, porque su vida no le pertenece, sino que le ha sucedido al antojo de los demás, siempre agachando la cabeza, cholero de la gorda y de las niñas, con la

sonrisa imbécil, sometido, sólo cuando bebe sale quien de verdad es, esa otra, la perra en brama, con la que disfruta, con la que está a gusto, la que él es, por eso le costó tanto dejar la bebida, sólo lo hizo hasta que no encontró escapatoria, tuvo que someterse, entrar a un grupo, ni siquiera por su propia voluntad, sino que de nuevo su mujer, sus padres, sus hermanas, las niñas, por Dios, hasta en el empleo lo presionaban para que se hiciera alcohólico anónimo, cuando los lunes llegaba con aquellas gomas de padre y señor mío, la tez colorada, las grandes ojeras, la tembladera, y don Timoteo, el teniente retirado Risso, su jefe, el insigne director del IVU, el compañero a quien estoy seguro de que usted conoce, lo conminaba a unirse a los AA, bajo la amenaza de correrlo si seguía con las papalinas. Y, claro, una vez que dejó de beber, la vida fue mejor para todos, y también para una parte de él, esa que está hecha para complacer a los otros, la que vive del fingimiento, del qué dirán, pero no para su verdadero ser, la perra en brama, que quedó en el olvido, encerrada en una perrera, emponzoñándose, rencorosa, sin dejar de ladrarle, hasta esta noche, cuando por fin ha podido sacarla de paseo.

—¿No tiene usted una parte escondida, don Clemen?

Éste bebe el último sorbo de café, coloca el platito con la taza en la mesa de sala, y dice:

—Todos tenemos una parte escondida, don Juan José. Es la parte que nos enferma, la que debemos iluminar para poder limpiarla o para deshacernos de ella. Pero no podemos lograrlo si somos sus esclavos, si estamos en sus manos, bajo su control, dándole todas las facilidades para que nos destruya. Sólo la sobriedad nos permite observarla, perderle el miedo, acercarnos e ir poco a poco neutralizándola… Y no se equivoque, ese no es su verdadero yo, al contrario, es su diablo…

O diabla, se le ocurre que podría haber dicho, pero entonces escucha la respiración pesada del otro y se da cuenta de que ha enterrado la barbilla en el pecho.

—Compañero —le dice, zarandeándolo por el hombro.

En vez de despertar, Marticorena lanza un ronquido y se reacomoda en el sillón, con el salivazo colgante, en un sueño profundo. Clemen se repantiga en la silla, enciende otro cigarrillo, y deja correr sus pensamientos y emociones, que ha tratado de mantener sofrenados para escuchar con atención, y sin juzgar, lo que el ahora durmiente decía, y la pregunta que gira veloz en su mente es a qué libertinaje se refería con lo de «perra en brama», porque ningún rasgo afeminado afloró mientras lo confesaba, a menos que haya sido precisamente eso…

—Se quedó dormido, ¿verdad? —dice la esposa desde el corredor, oído de tísica tiene la rolliza, recién salida de la habitación, con las muchachonas a su espalda.

Clemen se incorpora, dice que lo mejor es llevarlo a la cama, pero tendrán que ayudarle porque él padece de una dislocación en el hombro derecho, una cosa es terapear al caído, de lo que en este caso ni siquiera hubo chance, y otra muy distinta cargar bultos.

—¿Y si se despierta mientras lo cargamos? —pregunta la muchachona que parece mayor, mientras la otra, a una indicación de su madre, toma la botella de vodka del piso y la lleva hacia la cocina.

No se va a despertar, se irá de largo, por lo menos hasta el mediodía, dice Clemen, mientras con Otilia lo levantan, bendita la escualidez del recaído, y que la esposa sea tan robusta, y lo conducen a la habitación, seguidos por las chicas, quienes, una vez que el cuerpo yace sobre la cama, proceden a acomodarlo. Que en cuanto el susodicho despierte, le haga saber que él (Clemen) pasará

a recogerlo a las 3.30 para ir juntos a la reunión del grupo, le dice a Otilia cuando regresan a la sala, que cualquier problema ella tiene su número telefónico y no dude en llamarlo.

—¿Le dijo qué le pasó, por qué nos ha hecho esto, qué daño le hemos causado nosotras? —pregunta ella, resentido el tono y la mueca de la víctima.

Clemen la mira a los ojos, severo, luego dice que el alcoholismo es una enfermedad, y si la enfermedad es profunda, a nadie debe extrañar que ataque de nuevo, lo importante es que cuando él despierte no comiencen a achacarle agriamente su recaída, a reclamarle lo que han sufrido ustedes esta noche, a pedirle cuentas, eso sería muy peligroso, éste es un momento delicado, se ha visto casos en que el enfermo, sin que lo puedan impedir, abandona la casa y se sumerge nuevamente en el infierno de la bebida por la falta de apoyo de los familiares, ellas no deben actuar así, sino al contrario, recordar que es un enfermo que ha padecido un ataque, sin abrumarlo, con normalidad y gentileza, dejar que su conciencia vuelva a encajar donde estaba, recordarle que estuvo conversando conmigo y que acordamos eso, que pasaría a recogerlo a las 3.30, y si despierta antes del mediodía, muy improbable, usted debe llamarme, decirle que quiero hablar con él, y también sus hijas tienen que saber cómo actuar, ¿alguna duda? Otilia dice que le ha quedado claro, hablará con las niñas para que estén preparadas, y por aquello de las coincidencias, las muchachonas de piel canela salen de la habitación y regresan a la sala para despedirse, para que él les eche un último vistazo, muchísimas gracias, qué hubieran hecho ellas sin su presencia, no sabe la de angustias que han padecido esta noche.

Una vez fuera, antes de entrar al Austin Cooper, enciende otro cigarrillo, contempla la tenue luz del amanecer, aspira el aire fresco

que muy pronto se convertirá en bochorno y disfruta una sensación de alivio, de placidez: recuperará al compañero Marticorena, saldrá de ese bache, lo sacará adelante, él, que nunca ha recaído, que desde que tomó la decisión de dejar la bebida se ha mantenido sobrio, incólume, no poca cosa frente a lo que le ha tocado ver a lo largo de sus largos años de abstinencia, inevitable la emoción de superioridad, el regocijo de creerse por encima de los otros, pero enseguida recula, temeroso de que por su soberbia le caiga un castigo encima, sólo la ayuda del Cristo Negro de Esquipulas ha hecho posible su sobriedad, desde que lo salvó del paredón de fusilamiento ha permanecido a su lado, sin esa fe quién sabe qué sería de él, jamás olvidarlo.

Entra al auto.

Una perra en celo, vaya confusión, canino sería el verdadero ser del compañero. ¿Recordará su confesión esta tarde o borrará película? En fin, que no pasó a más, aunque sabe muy bien lo que hubiese respondido en caso de que el otro hubiese insistido en preguntar cuál es su demonio, algo que se le viene a la boca con naturalidad, la conflictiva relación con su padre, Pericles, ese es mi demonio, compañero, y lo hubiera dicho, tal como en otras ocasiones, a sabiendas de que se esconde tras una coartada, ni con el más sincero propósito ha podido penetrar en esa densa oscuridad que lo atemoriza y repele, y a la que prefiere evitar, como hace ahora mismo.

Pone la marcha y da la vuelta en U para emprender el regreso. Son las 6.20, seguramente ya no encontrará a don Julio para preguntarle sobre lo que buscaba el flaco cadavérico a esa hora de la mañana. De súbito le cambia el ánimo: otra vez el agobiante tiovivo en el que giran la advertencia recibida en el sanitario de la Arena Metropolitana, el maloliente caso del Gavilán Migueleño y las

secuelas en el grupo de luchadores, los dobleces de Blanca, las llamadas telefónicas intimidantes, la sospecha de una conspiración oculta que se cierne sobre él, como si los astros se hubiesen alineado en su contra. Mejor cambiar de disco, relamerse con el recuerdo de las muchachonas de piel canela, de Yolanda, a la que tratará de encontrar en pocas horas… Pero, de pronto, algo encaja en su mente. ¡Caramba!, cómo no lo había pensado antes, buscan a Pericles, saben sobre su plan de ingresar clandestinamente al país, suponen que podría guarecerse en su casa y por eso el flaco cadavérico anda sonsacando a don Julio.

Enfila por la Segunda Avenida.

15

Sucede a veces que el miedo y la pulsión sexual caminan tomados de la mano, a un paso que da aquél, un paso que da ésta, y si el primero se echa a correr, ella también corre a su lado, como zagales juguetones en el césped se revuelcan, pero nunca se confunden, ella sabe que lo acompaña para confortarlo, para que no desespere. Así salió Clemen de la casa de los Marticorena y así llega cuatro horas más tarde al parque Centenario: curioso, con la expectativa de que la conversación con Yolanda le ayude a explicar los sospechosos eventos que lo acongojan, aunque al mismo tiempo temeroso de que ella le revele algo de lo que fuera mejor no enterarse, de que el sueño que lo despertó antenoche, cuando se disponía a besarla y fue interceptado por la pacotilla de matarifes, sea un mal augurio (lo pensó entonces, mientras trataba de volver a dormirse); pero también con el ansia lúbrica, las ganas de estrujar esas carnes, que al sueño se le puede agarrar por la cola, darle la voltereta, presagio sería entonces de que terminará mordisqueando esos muslos, esas hermosas ancas. Y ese revoltijo de emociones es la fuerza que lo mueve, lo ha sacado de casa y lo tiene ahora estacionando el Austin Cooper justo detrás de una picap, en cuya cama Severino y el hermano del Gavilán Migueleño están colocando el colchón sobre el que no dormirá más el infausto luchador, que un momento uno está aquí, y al siguiente ya no, ni aquí ni en ningún lado, piensa Clemen

mientras sale del auto, aunque aferrarse a la idea de que el alma permanece en el más allá es reconfortante, porque sin Dios ni el Cristo Negro de Esquipulas él no sería quien es ahora, un hombre sobrio que saluda, simpático, que da ánimos, pero que nada de considerable peso cargará desde la habitación hasta la picap, lo lamenta, dada la luxación que padece en su hombro, tal como les explica, cigarrillo en mano, sólo ha venido en una carrerita, enseguida tendrá que marcharse a un compromiso importante, ni más ni menos que almorzar con el general y Blanca, algo que se contiene en decir, evita la jactancia pese a las ganas, como si la mención del jefe de la policía evocara más la suciedad que el poder, nombrar la soga en casa del ahorcado. Severino le dice que no se preocupe, el colchón era lo último grande que quedaba, en la cama de la picap yacen también apretadas un par de sillas, la mesita, las tablas que servían de repisas para trastos y ropa, cajas, pocas cosas quedan que doña Yolanda y la hermana menor del fallecido están empacando en la habitación, si quiere pasar a saludarlas, lo dice con un guiño de complicidad, no porque pueda leer los ocultos deseos carnales de Clemen, sino porque él mismo le telefoneó media hora atrás para avisarle que los visitantes ya habían llegado, era su oportunidad de hablar con ella. Clemen cruza el portón, un tanto sorprendido de que en la noche del viernes no haya visto lo que ahora ve a la luz del día, lo paupérrimo del mesón, las sucias y descascaradas paredes, la mugre acumulada en el corredor, entonces la penumbra y la inmediatez de la tragedia embotaban su vista, pero ahora mira con claridad lo que le rodea y al entrar a la habitación, donde las dos mujeres, vestidas de luto, están cerrando las últimas cajas, las observa también con otros ojos, aunque a decir verdad son ellas las que tienen distinto rostro, oculto estaba en la noche de marras por los pañuelos que contenían sollozos y

lagrimeos, y por esa bruma que la presencia de la muerte impone, de tal manera que la jovencita de la que no había registrado bien los rasgos ahora le parece una copia fina del Gavilán Migueleño, en tanto que Yolanda, la viuda a la que con ansia deseaba ver, embutida en el que parece el mismo vestido de aquella noche, lo saluda con una expresión en la que no encuentra ni rastro del encanto erótico que había imaginado y hasta soñado, sino cierta dureza, acentuada por los estragos de la pérdida.

Que ya casi terminan, dice ella, sacudiéndose las manos, no era mucho lo que el difunto tenía en esta habitación, estando su casa en San Miguel, donde pasaba buena parte del tiempo, pero entre más pronto se lo lleven, mejor, por eso se dejaron venir este mismo domingo, que el amigo que les ha prestado la picap para hacer la mudanza, la necesita para trabajar de lunes a viernes, y si dejasen las cosas la siguiente semana tendrían que pagar por la habitación un mes más, el miércoles entrante comenzará el mes de marzo.

«Saldré un momento a hablar con el señor», le dice Yolanda a la hermana del luchador que está cerrando una caja. Clemen se hace a un lado y le indica con un gesto, cortés, que pase ella primero, y mientras cruza el umbral, puede contemplarla un momento a su antojo, aunque algo se le apagó, como si la fantasía de la posesión fuese un globo desinflado, de pronto siente que una distancia infranqueable lo separa de esa mujer que no aparenta más de veinticinco años, y no es la edad, claro, que nada tiene que ver con el deseo, quizá la ha visto como lo que en verdad es, una pobre mujer de origen humilde haciéndole frente a la tragedia, lejos de cualquier erotismo. Clemen le explica que ha venido en una carrerita, tiene un compromiso familiar a mediodía, Severino le contó un poco el asunto de las presiones a las que estaba sometido el Gavilán Migueleño por parte del Apache y el Vikingo, y le recomendó

hablar con ella. «Nosotros también nos iremos muy pronto, en cuanto terminemos —dice ella mientras caminan por el corredor, que sin haberse puesto de acuerdo se dirigen a la calle, a sabiendas de que las paredes del mesón tienen orejas—, esta tarde a las 5.00 será la primera misa de novenario, y con la picap cargada no podemos ir muy rápido en la carretera». Al salir por el portón miran a Severino y al hermano del Gavilán Migueleño, que sudan copiosamente bajo el fuerte sol mientras batallan con una soga para atar con fijeza el mobiliario a la cama de la picap. Clemen señala al otro lado de la calle, una banca en el parque sombreada por la copa florecida de un maquilishuat, a la que con un andar pausado se dirigen, ella diciendo en voz baja que sí, el difunto ya estaba harto de la necedad de los dos luchadores que insistían en convencerlo de que entrara a trabajar en la policía, hasta ha llegado a creer que su marido aceptó lo de jugar a la ruleta rusa para demostrar su hombría ante el Apache, no se le haría nada raro, lo que le cuesta entender es que haya recaído tan súbitamente en el guaro, era su maldición, no se cuidó, pese a que ella se lo advirtió, pero como era un descreído. Y, luego de que se han sentado en la banca, le pregunta, a boca de jarro: ¿Usted cree en el más allá, don? Clemen voltea a mirarla, frunce el ceño, inquisitivo, y dice que sí, él es un creyente, pero no entiende a qué se refiere, aunque ha intuido, por el tono de secrecía con el que ella ha pronunciado las últimas palabras, que no se está refiriendo a un asunto religioso, sino a lo que enseguida confirma, cuando ella le pregunta si se ha hecho alguna vez una limpia. Él permanece unos instantes en silencio, contemplando a Severino y al hermano del Gavilán Migueleño, quienes por fin han logrado amarrar con firmeza los muebles en la cama de la picap y se dirigen a la habitación a recoger las últimas cajas, y el recuerdo que arremete en su memoria es muy viejo, al

menos veinte años lo separan de aquel evento que ahora regresa con fuerza, la tarde en que visitó a una bruja en el barrio San Jacinto para que lo protegiera de la maldición que le había puesto su exesposa, el sahumerio, los baños con sal gorda y la oración al Santo Niño de Atocha que debía repetir mientras el agua caía por su cabeza. Caramba, la de cosas que pasan en la vida. Y afirma, con un movimiento de cabeza, sí, se hizo una limpia, pero eso fue hace muchos años, ahora sólo se encomienda al Cristo Negro de Esquipulas. Yolanda se reacomoda en la banca y, con la mirada fija en la picap que relumbra bajo el sol, mientras una pareja de viandantes pasa frente a ellos, dice que sobre eso quería hablar con él, para que tome sus providencias: ella visita en San Miguel a una señora que la protege, que le lee en las cartas los peligros que la acechan, y cuando Ismael comenzó con los problemas, a ser acosado para que trabajara como oreja, ella trató de convencerlo de que fuera a hacerse una limpia con doña Chita, pero él no creía en esas cosas, ni siquiera cuando hace dos semanas las cartas dijeron que él corría un grave peligro, ella le dio la alerta, y nada, sólo le dijo con enfado que no perdiera su tiempo y su dinero en esas cosas, una estafa, según él, pero ya ve que las cartas no se equivocaron. Clemen está absorto, como ido: el más allá, por Dios, la de vericuetos que tiene la muerte para anunciar su llegada. Lo que quiero decirle, continúa ella, es que doña Chita dijo claramente que corrían riesgo Ismael y uno de aquellos que lo ayudaban, uno de que aquellos que le hacían el bien, ningún familiar, sino un amigo o conocido, y ella sólo puede pensar en Severino, en Felipe, el mejor amigo del difunto en San Miguel, y en usted, que lo sacó de la bebida, por eso le recomiendo que se haga una limpia, que el mal siempre anda suelto y a veces se acerca demasiado, como se lo advertí a Severino, quien sí se lo ha tomado en serio, pero me dijo

que él no tenía suficiente confianza para planteárselo a usted, por eso quería contarle, y disculpe el atrevimiento. Vaya mierda, lo que le faltaba, que una bruja de refundida chifurnia haya descubierto su destino, no es posible, aunque padece un apretón en las tripas, una súbita resequedad en la boca, como si el cuerpo resintiera lo que la mente rechaza, porque no puede ser él a quien la tal doña Chita se refiere, Severino fue el que convenció al Gavilán Migueleño de entrar a los alcohólicos anónimos, como a todos los demás luchadores, sin el ejemplo de Severino el grupo no existiría, tampoco sin la iniciativa del Chele Panameño, quien buscó a Clemen para que le echara una mano, que la permanente borrachera de los púgiles amenazaba su negocio… Si conoce a alguien que le haga una limpia, le está preguntando Yolanda mientras él divaga, turulato, pues de no ser así, ella le podría pedir a doña Chita que le recomiende a una persona de confianza en San Salvador, uno no debe moverse a ciegas en estos asuntos, o él podría preguntarle a Severino, cuya esposa consulta a una señora al parecer muy buena. Que no se preocupe, él lo resolverá, dice Clemen, con la imagen de la tía Berta y la prima Angélica cuando, en aquel entonces, lo convencieron de que su exmujer le había montado un trabajito sucio —por eso se sentía como angustiado, se le deslizaban los vasos de cristal de las manos sin motivo alguno, el agua se le estancaba en el lavatrastos —, y lo pusieron en contacto con la bruja del barrio San Jacinto, quien no sólo lo limpió del conjuro, sino que le hizo saber que el trabajito sucio daría una vuelta cual bumerán en el espacio y golpearía a su exmujer donde menos lo esperaba, que así funcionan las energías negativas, siempre su precio cobran. Pero ahora Yolanda se ha puesto de pie, dice que eso era todo lo que quería decirle, y además darle las gracias por lo que hizo por su marido, por su acompañamiento, por el apoyo de los alcohólicos anónimos, y

Clemen aprovecha para verle de reojo el rotundo trasero que se le ha ceñido en el negro vestido, aunque lo hace por el viejo tic, la pulsión sexual quedó tirada en el camino, y sólo acierta a decirle que gracias a ella por advertirle de la situación, por prevenirlo, y enseguida le pregunta si doña Chita le dijo quién le puso el conjuro al Gavilán Migueleño y a su benefactor, a lo que ella responde que esa misma pregunta le hizo ella a la señora, pero no hubo una respuesta precisa, algunas veces el mal se aproxima por sí mismo, sin que nadie lo llame, aunque lo más probable es que el Apache y el Vikingo sean los traedores de la sombra. Y ahora irá a darle una revisión final a la habitación, que Severino y el hermano del Gavilán Migueleño están acomodando las últimas cajas en la cama de la picap, y deben partir lo más pronto posible de regreso hacia San Miguel.

Cruzan la calle en silencio, bajo un sol que, de súbito, desasosiega a Clemen, porque lo único que desea es largarse de inmediato, como si fuese víctima de la perseguidora, esa ansiedad que acomete a los bebedores cuando la resaca golpea, y por eso se despide de prisa de Yolanda, sin siquiera verla a los ojos, de igual manera que del hermano del Gavilán Migueleño, un adiós cordial, buen viaje, con cuidado, y a Severino le dice que lo llamará luego, ya va tarde para su cita, aunque no puede evitar una fugaz mirada de complicidad, ahora ambos están enterados del chisme, cada cual pensando que es el otro el destinatario del sortilegio.

Y en el instante en que entra al Austin Cooper, un horno bajo el solazo abrasador, el cuento de la pitonisa migueleña hace un clic con lo que le sucedió en los sanitarios de la Arena Metropolitana la noche anterior, y siente que el engarce entre los dos sucesos está causando un cortocircuito en su mente, achicharrando sus neuronas, hasta zurumbo lo deja. Por Dios, ¿qué le está sucediendo? Y luego

de bajar las ventanillas, cuando se dispone a poner la marcha, cual puntillazo, descubre a un tipo leyendo el periódico en una banca del parque, un sujeto que no estaba ahí cuando él salió del mesón con Yolanda, tiene clarísimo el momento en que le echó un rápido vistazo a las bancas y a nadie vio entonces, y el tipo le rememora al que estaba en esa misma banca la noche del viernes anterior, cuando la muerte del Gavilán Migueleño, podría jurar que es el mismo. Enciende un cigarrillo, pone primera, maniobra para rebasar a la picap y agita la mano diciendo adiós al hermano del fenecido y a Severino, quienes permanecen en la acera para despedirlo, y pasa sin voltear hacia el hombre que lee en la banca, proponiéndose sacar de su mente las amenazantes coincidencias que del mundo de los luchadores proceden, no puede seguir agotándose en eso, cuando en un rato deberá entrar a la casa de Blanca y el general con la mayor de las naturalidades, lo peor que podría pasarle es llegar afectado, con la preocupación en la jeta, o como ausente, que el milico piense que está nervioso porque algo teme, azuzando sus sospechas. Aunque también se curará en salud, no vaya a ser el tuerce: al final de la tarde, luego de la reunión dominical con los compañeros de la colonia Centroamérica, se lanzará a donde la tía Berta para contarle los hechos y pedirle que lo ponga en contacto con aquella bruja del barrio San Jacinto, si aún está viva, o con otra, en su defecto, evitando hacer cualquier llamada desde la casa, pues, conociendo a Esther, no se la quitaría de encima con sus comentarios sarcásticos sobre las estupideces que le han sucedido por andar de redentor de esa chusma de luchadores, como tampoco se la quitaría de encima si ella supiese que ha venido a hablar con Yolanda, y no a una visita de apoyo a la familia del compañero Marticorena, como le ha hecho creer.

Y ahí va de nuevo por la Décima Avenida Norte: pasa frente al

Cinelandia y la casa de The Torment, baja con el motor apagado por la cuesta hasta llegar al puente del Tutunichapa, y luego vuelve a encenderlo para salir de la hondonada, sin percatarse de que es la tercera vez que sigue esta ruta en tres días consecutivos, quizá haciendo los mismos gestos y movimientos, envuelto en el humo del tabaco y en la angustia, no está para percibir tales agudezas, mucho le ha exigido a su psiquis, agotada de moverse en el enredo de sus mundos, y el cansancio por salir de la cama en lo mejor del sueño para socorrer al compañero Marticorena también le está pasando la factura. Y por eso, si alguien le preguntase qué pasaba por su cabeza en los quince minutos que dura el trayecto hasta la entrada a la cochera de su casa, no sabría qué responder, nada se pega a la mente absorta, nada queda de la nubosidad de pensamientos nonatos, y sólo regresa al aquí y al ahora cuando descubre que Esther lo está esperando en el umbral de la puerta, emperifollada, con el reproche en la jeta, y no lo sorprende tanto la visión de su mujer sino más bien el hecho de haber perdido la idea del tiempo, hasta ahora se entera, mirando de reojo su reloj de pulsera, de que viene cuatro minutos tarde, suficientes para que ella se contorsione como si un rabioso tábano le estuviese mordisqueando el cereguete, dispuesta a saltar dentro del auto para reñirlo, pero él la deja con la recriminación en la boca, porque sale de prisa diciendo que lo espere un minuto, debe orinar antes de partir, no quiere llegar a casa del general pidiendo permiso para pasar al urinario, explica, aunque lo hace para fastidiarla, ganas de sacarla de quicio, que si le tendrá que aguantar monserga y regañina a lo largo del camino, mejor tomársela con calma. Y mientras él entra a la casa rumbo al baño, ella sólo alcanza a espetar: «¡Apurate, niño, que vamos tarde!». Un chorrito enclenque es el que le sale, pero luego aprovecha para refrescarse el rostro, peinarse cabello y bigote, y para encomendarse

al Cristo Negro de Esquipulas y pedirle que, si el general por sus sospechas le ha tendido una emboscada, salga indemne, y al fin y al cabo que suceda lo que tenga que suceder, caramba, lo más recomendable en la vida es pasarla como si nada estuviese pasando.

Cuando regresa al Austin Cooper, Esther yace, oronda y enfurruñada, en el asiento del copiloto, pero, en vez de la regañina por la tardanza, que es lo que Clemen espera, ella dice que finalmente logró hablar con sus padres, su calvario de cada domingo es conseguir que la operadora la contacte con Tegucigalpa, desde la guerra entre ambos países, tres años atrás, las comunicaciones telefónicas son casi imposibles, y lo peor es que las llamadas, luego de un par de minutos, se cortan con frecuencia, pero ahora pudieron hablar sin problema, y ella repitió la petición de que le envíen un dinerito porque les urge comprar una lavadora de ropa, la sirvienta no da abasto con todo el trabajo, antes tenían dos, la de la limpieza y la cocinera, pero ahora Fidelita se hace cargo de todo, sin la ayuda económica que don Erasmo le enviaba regularmente a su hija hasta que estalló la guerra, el salario de Clemen no puede estirarse para mantener a dos empleadas, como sí tienen todas sus amigas, una caída en su reputación eso de tener una sola criada. Y en tanto ella perora, él se pregunta si sería prudente contarle al general de las amenazas del Apache, de la animadversión de éste hacia los alcohólicos anónimos, de lo que le sucedió en el sanitario de la Arena Metropolitana, contárselo haciéndose el suizo, como para que aquél se dé por enterado, a sabiendas de que un luchador de baja estofa nada decide, sólo es la mano torturadora del teniente que lo controla, y aunque éste sea a su vez la mano del propio general, quizá tenga su propia rasquiña, por aquello de haber probado también lo que la anfitriona que ahora los espera guarda entre las piernas. Ya verá si se le abre la oportunidad para hablar de ello.

Muy pronto llegan a la casa de Blanca y el general, en la colonia Buenos Aires, custodiada por una radiopatrulla de la policía, y tres uniformados que, perezosos y guarecidos del mordiente sol bajo los frondosos almendros, lo observan estacionarse, sin recelo, están enterados de su llegada, y uno de ellos camina para abrir el portón, y los saluda como se debe saludar a los amigos del patrón. La misma Blanca los recibe en la puerta de la sala, alertada por el ladrido de los perros, dos pastores alemanes que los han escoltado agitando la cola, para contento de Clemen, a quien le encantan los perros, y para aflicción de Esther, a quien le causan temor. Y entonces se enteran de que no son los únicos invitados, otros dos comensales yacen en un sofá, Pío Fajardo y Mayte Echazarreta, quienes ahora se han puesto de pie sorprendidos y se disponen a saludar a los recién llegados. «¡Dichosos los ojos!», exclama Pío y se abalanza a dar un sonoro abrazo a Clemen, su excompañero de clase en el colegio García Flamenco, uña y carne fueron en esos años de adolescencia, tanto como con el Cusuco Lemus, pero luego Pío entró a la universidad a estudiar Derecho, mientras Clemen enrumbó hacia el rebelde desatino, y aunque volvieron a juntarse en los meandros conspirativos para el golpe de Estado de 1944, la vida ordena a su antojo y desde entonces muy pocas veces tienen oportunidad de encontrarse. «Qué gusto verlo», le dice Mayte Echazarreta, con su ronca y sensual voz, y sus rasgos hombrunos, la cortesía distante propia de quien ha sido rica toda la vida, un verdadero braguetazo pegó el afortunado Pío al casarse con ella, heredera de tierras y tierras sembradas de algodón al oriente del país, un braguetazo gracias al cual Pío se convirtió en el abogado favorito de los grandes terratenientes y se encumbró a las alturas del poder nacional.

Y entonces Clemen escucha el vozarrón del general que se acerca

por el corredor a sus espaldas y exclama, con regocijo: «¡Qué les parece la sorpresita que les teníamos!… El doctor me contó que ustedes habían sido amigazos en el colegio y se nos ocurrió juntarlos sin avisarles», dice mientras le da un apretón de manos a Clemen con la afectuosidad de siempre, ni miradita de soslayo ni gesto que delate sospecha, al menos así lo siente éste, a quien la sola presencia de Pío ha relajado, el desconcierto por lo inesperado de inmediato se ha convertido en contento, nada mejor que un chero de los viejos tiempos para llevar la conversación por otros rumbos, para esfumar el tensionamiento que aquejaba su espíritu, lo de las sospechas del general ahora parece una falsa alarma, como si el Cristo Negro de Esquipulas hubiese escuchado sus ruegos.

—Pero siéntense, niños —dice Blanca

Clemen y Esther se acomodan en el sofá de cara al que ocupan Pío y Mayte.

—¿Qué querés beber? —le pregunta Blanca a Esther.

Ésta dice que un vodka con Sprite, aún con la sonrisa impostada, porque la tal Mayte no le hace ninguna gracia, le parece una arrogante que ha pretendido hacerla sentir de menos en las contadas ocasiones en que han coincidido, qué ínfulas de mujer, y no sólo arrogante, sino «fea como un pecado capital», tal como repite con maledicencia cuando la ricachona es mencionada en las conversaciones de su grupo de amigas —el club de las zopilotas, como las llama Clemen—, afirmación compartida con sorna por todas, incluida Blanca, ya se sabe que la envidia genera consenso.

—A ustedes les tengo fresco de tamarindo —le dice Blanca a Clemen—. ¿O querés otra cosa?

—Está bien cargado —dice el general, jocoso, tomando su vaso de fresco de la mesa como si se tratase de una bebida espirituosa, y enseguida se sienta en su sillón.

—Si usted lo dice, mi general —exclama Clemen.

Blanca se dirige a la mesita rodante donde están vasos y bebidas, y le grita a Ambrosia, la sirvienta que está en la cocina, que traiga más hielo, una Sprite y otro pichel con fresco de tamarindo, en tanto Clemen la mira un momento con la expresión cariñosa y desinteresada de quien se fija en la mujer de un amigo a la que nunca ha deseado y a la que nunca deseará, aunque valga aclarar que con el general no llegan a ser amigos, sino compañeros fraternos de los alcohólicos anónimos, eso de intimar con los civiles es una mariconada para los militares, bien lo sabe Clemen, cuyo abuelo fue un coronel de la vieja guardia, gracias a quien aprendió a tratarlos y a conocer los vericuetos de su mentalidad y comportamiento, por lo que siempre lo llama general, y nunca Lolo, como sí hacen Blanca y Esther.

Que el ser humano es un animal de manada y costumbre nadie lo duda, y que el hombre maduro, y hasta el envejecido, vuelve a los aires de la adolescencia cuando se encuentra con amigos de aquella época, rememorando la joda chabacana y la levedad del espíritu, con gestos y actitudes que se sacuden el moho y recuperan el brío, también es un aserto innegable, tal como pronto les sucede a Pío y a Clemen, quienes comienzan a pasar por la criba de sus lenguas a excompañeros del colegio que ahora son este ministro, aquel diplomático, el otro juez, este empresario, aquel otro médico, personajes de la vida pública a los que se refieren con apodos y sobre los que cuentan picantes andanzas juveniles que la concurrencia goza y celebra, no con la misma intensidad, claro está, que mientras Blanca y Esther atizan a los maledicentes, y el general no se pierde detalle, Mayte mantiene una sonrisa condescendiente, y en más de una ocasión ha entornado los ojos, su forma de censurar las subidas de tono, como si hablar mal del prójimo no fuera el

deporte nacional, un gesto que Pío conoce demasiado bien, por lo que luego de un rato, con su sapiencia de leguleyo, endereza la plática hacia los recientes acontecimientos de la política nacional, y le tira la pelota al general: ¿Qué harán los pescados ahora que el coronel Molina ha sido nombrado presidente electo?

—Dígamelo usted, doctor, que es el que sabe de política. Yo sólo me encargo de que no se rompa el orden ciudadano —dice el milico.

Zamarro y malicioso el general, piensa Clemen, quien se arrellana en el sofá, con las ganas de perorar bien maniatadas, como hace en las sesiones con el grupo de generales alcohólicos anónimos, que si ellos mencionan algo sobre política, él guarda silencio, no vaya a ser que crean que quiere sonsacarlos, lo mismo que ahora, cuando de lo que se trata es de ser espectador, a ver quién tira más de la lengua del otro, en un duelo de guayaberas, se le ocurre a Clemen, celeste y manga larga la de Pío, blanca y manga corta la del general, quien no carece de verdad al decir que Pío sabe mucho de política, fue fiscal general de la república un par de años y también diputado del partido de gobierno, el partido de los militares, valga recordar, y aunque ahora esté de regreso en su acaudalado bufete de abogados, mantiene sus contactos en las altas esferas del poder. Pero el general también peca de modestia: nadie debería saber más de política que el director de la policía.

—No les queda más que llorar —dice Pío, burlón.

—Nunca hay que confiarse —sentencia el general, parco.

—Dicen que Duarte anda tratando de soliviantar a los gringos. El Departamento de Estado aún no ha dado a conocer la carta de reconocimiento de la elección del coronel. A ver qué dicen… Nixon está en China haciéndole la corte a los comunistas, hasta con Mao se ha reunido —dice Pío, luego bebe un sorbo de whisky, y se queda con un cubito de hielo en la boca, como saboreando su provocación.

—China está bien lejos —dice el general, con un dejo de burla.

—Qué impresionante debe ser esa Muralla China —comenta Mayte —. Una lástima que no podamos conocerla.

—Uy, niña, a mí me daría nerviosismo estar entre tanto chino —dice Blanca—. Todos me parecen iguales.

—Ni quiera Dios —agrega Esther y se zampa un trago de vodka.

—Pero bien que si me invitaran te apuntarías para acompañarme —le dice el general a su mujer, burlón.

—Qué te van a andar invitando… —le responde ésta.

—Pues no —dice él, y se ríe.

A quien sí invitaron es a Pericles, piensa Clemen con la boca bien cerrada, estuvo en Pekín una semana y también lo llevaron a conocer la famosa Muralla, como a Nixon, pero con menos pompa, por supuesto, era parte de una delegación del Partido Comunista Salvadoreño que participó en un congreso, a principios de los años cincuenta, antes de que los chinos y los rusos se pelearan a muerte. Si estuviese ante otra audiencia y en otras circunstancias, Clemen repetiría la sabrosa anécdota que Pericles contó a su regreso: les pidió a los chinos si podían conducirlo a una barbería, y éstos le dijeron que sí, con gusto, lo llevarían a una donde el barbero hablaba español, y cuál no sería la sorpresa de Pericles cuando al entrar al establecimiento, el barbero corrió a saludarlo con una gran emoción y exclamó: «Don Pericles ¿no se acuerda de mí? Soy Tiburcio, el barbero de Mejicanos». Era un viejo camarada del Partido al que se le había perdido la pista muchos años atrás, contó entonces su padre.

Que la palabra pueda ser imprudente, ni quién lo dude, pero que el recuerdo también lo sea, Clemen lo descubre en este instante, cuando rememorar la anécdota de Pericles lo lleva en una fracción de segundo a la imagen del detective flaco platicando con don Julio

en la esquina donde el sereno pernocta, y este recuerdo es como tirar un fósforo ardiendo a la pradera reseca, el fogonazo de la sospecha lo quema de nuevo y, aunque sea un maestro en el arte del disimulo, a partir de ese momento su mente se quiebra en dos partes, esta de acá que mira y escucha con aparente interés lo que los otros conversan, y esa de allá dentro, donde la memoria de los últimos días está tratando de asaltarlo, mientras él escucha a Pío pontificar sobre los sucesos que padece Chile, el caos que sufre ese país por culpa del gobierno de Allende, la debacle económica y la convulsión social, algo así pasaría si Duarte hubiese ganado las elecciones, porque los comunistas lo manejarían a su antojo.

—¡Ni Dios lo quiera! —exclama Esther.

—Por eso no importa qué puertas toque ese señor en Estados Unidos, doctor —dice el general mientras se incorpora en el sillón y le tiende el vaso a Blanca, para que le sirva más fresco de tamarindo —. Los gringos, cuando quieren, son sordos…

—¿Otro whiskito, Pío? —le pregunta Blanca.

Que no se hará de rogar, dice el abogado, y le da el vaso.

—Es difícil de entender cómo hace el ejército para aguantarlo —comenta Pío.

—¿A Duarte? —pregunta alarmada Esther.

Que no, la corrigen al unísono Blanca y Pío, éste se refería a Chile, bruta, cómo se te ocurre que los militares van a aguantar a Duarte, si por eso nunca va a ser presidente, dice Blanca, y se ríe, que burlarse de la tontería ajena es sabroso y relajante, y también Clemen sonríe, y a punto está de hacer el amago de pegarle un coscorrón a su mujer, como si estuviese retozando con su grupo de la adolescencia, o en su programa «Ño Canuto», pero algo detiene su gesto burlón, quizá la presencia de Mayte, severa y adusta.

—Ya me perdí, niña —dice Esther—. Necesito otro vodka.

—No va a ser presidente porque la mayoría de la gente no votó por él —corrige el general a Blanca, mirándola con el ceño fruncido —. Nosotros no tenemos vela en el entierro.

Quién necesita vela o entierro, si el presidente es militar, el partido de gobierno es el lupanar de los militares y la Asamblea Legislativa es el circo de los militares, diría Pericles, piensa Clemen con un leve rictus, aunque en el acto trata de sacudirse la ocurrencia, como si hubiese olfateado que es una infiltrada de los recuerdos recientes que lo mantienen sitiado y, al fin y al cabo, qué carajos hace pensando en lo que podría decir su padre, de lo que se trata es del aquí y el ahora, por ejemplo de la gran papada que le ha crecido a Pío con los años, que se le mueve como bolsa de agua cuando habla, tener barriga, vaya, que a todos sucede, pero la papada, Dios Santo, cómo deforma, parece chompipe engordado, pero que tiene mucho valor el flamante abogado, ni quién lo dude, porque cogerse a Mayte tendrá que ser un acto de coraje, no sólo es la cara de hombre feo, sino también el cuerpo, al que no se le ve por donde agarrarlo. Y Clemen se ríe para sus adentros, como adolescente, sabroso regocijo, y se congratula, que éstas son las ocurrencias que ayudan, aunque no se percate de que es la presencia de Pío la que lo remonta al sonsonete de los tiempos idos.

—¿Y a vos qué te pasa, Clemen, que te veo como mudo? —le dice Blanca sin rodeos.

Nadie a quien despierten súbitamente a las cinco de la mañana en un domingo puede estar rebosante de energía a mediodía, eso le sucede, la recaída de un compañero lo sacó de la cama y a esa hora tuvo que salir volando a atenderlo, que en estos casos entre más pronto se atiende al reincidente más pronta será su recuperación, como vos bien sabés, mutis mutandis, por lo sucedido con tu hermana Rosa Inés, podría decirle a Blanca, pero jamás lo dirá, sería

violar con flagrancia el principio del anonimato que rige el trabajo de la organización, su mismo nombre lo indica, nos une el padecimiento de la enfermedad y en segundo plano quedan las singularidades que nos otorga el cómo nos llamamos, y aunque sólo estuviesen los cuatro, sin Pío ni Mayte, tampoco lo diría, para qué mencionar la soga en casa del ahorcado, pese a que esta altura no tenga claro si el ahorcado es él o el general, duda que revolotea fugaz en su mente, pero que es acallada cuando Esther dice que con esas llamaditas telefónicas en plena madrugada a veces piensa estar casada con un médico, y si bien su entonación es la de quien quiere ser graciosa ante la concurrencia, la gota de veneno casi se le escapa por la comisura.

—O con un bombero, o con un chofer de ambulancias —dice Clemen, socarrón.

—O con el director de la policía —dice el general.

Y todos lo celebran con risas, hasta Mayte afloja su envaramiento. Y Pío, que no deja pasar una, exclama:

—Sobre todo cuando hay un golpe de Estado.

Blanca se carcajea, engolosinada, que sólo la intimidad permite aguijonazos que Dios guarde si otro se atreviera:

—Ya me lo imagino corriendo con los pantalones a medio poner —dice, guasona.

Y Clemen mira al general, de buen humor está el hombre que se ríe de sí mismo como éste hace, sin el desparpajo de su mujer, claro está, sólo con sus semejantes se permitirá el jolgorio, la patanería y el soltarse el pelo, lo que es un decir, que la rapadura es aquí y en todas partes un distintivo de la casta militar, pero seguramente en sus adentros algo se le ha puesto en guardia, lo que también le sucede a Clemen, que el tal Pío es un pícaro, a la menor oportunidad ha metido el pie para abrir la puerta, como hace ahora, cuando,

mudando el semblante, dice que, ya hablando en serio, cada vez hay más rumores de golpe de Estado, el chisme es que los pescados están tocando las puertas de los cuarteles, que una supuesta juventud militar los apoya. Pero el general no pierde el buen humor ni soltará prenda, rumores siempre ha habido y siempre habrá, dice, normal es que crezcan en momentos de calentura política, los pescados pueden tocar las puertas que quieran, nadie les abrirá, dividir a la institución siempre ha sido la divisa comunista, siembran el rumor y luego ellos mismos se lo creen.

—Están en la lona, pues, espaldas planas —dice Clemen, aludiendo a un lance en el que el luchador yace tendido con el adversario encima y al conteo de tres pierde la caída.

—Ya vas vos, niño, con tu obsesión por la lucha libre —le reprocha Esther.

Y si Clemen ha metido su cuchara para fingir asentimiento ante las palabras del jefe militar, para no pensar en lo que sabe, porque el conocimiento de la conjura de Mincho y los suyos es una papa caliente que le está quemando la lengua y el paladar, el general no deja pasar la oportunidad para cambiar de tema y dice que, a propósito de lucha libre, se ha enterado, vaya usted a saber cómo, de que un luchador murió de manera trágica, un suicidio en la mejor edad de la vida, qué pena, «¿lo conocía usted, Clemen?». Esther reacciona presta, como si la pregunta fuese dirigida a ella, hasta se endereza en el sofá como si con una vara le hubiesen puyado la espalda: que ni se lo recuerde, Clemen se pasó la noche entera del viernes en ello, adiós a los planes de ir al cine, ni había terminado de cenar cuando entró la llamada para contarle del suicidio y tuvo que salir a la carrera. Con asombro, el general le pregunta a Clemen si el fallecido era un compañero, caramba, eso no se lo dijeron quienes lo hicieron partícipe de la información, pobre muchacho, y musita esta

última frase con una consternación que hasta el mismo Clemen le creería si no supiera lo que sabe, y que termina de desconcertar a Pío y a Mayte, quienes apenas comprenden retazos de lo que escuchan, por lo que Clemen debe explicarles que él atiende a un grupo de luchadores alcohólicos anónimos y que uno de ellos, en una recaída, se quitó la vida. Y el relato que hace Clemen de un hombre joven, sumido en la depresión a causa de problemas familiares y de la recaída alcohólica, a quien se le ocurre ponerse a jugar a la ruleta rusa y muere por accidente, conmueve a las presentes, que exclaman ¡qué horrible!, ¡pobre muchacho!, ¡qué será ahora de su familia!, ¡a lo que puede conducir la bebida!, hasta que Pío rompe el clima fatídico y, antes de paladear un sorbo de whisky, pontifica, «hay que saber controlar el trago», y le hace un guiño a sus amigos abstemios por voluntad propia, pero también a la fuerza, porque precisamente por no poder controlar el trago es que se convirtieron en alcohólicos anónimos, aunque ahora se den el lujo de compartir con bebedores sin caer en tentación, en fin, que mientras las reacciones a su relato suceden, Clemen comprende que, así como él se guarda de mencionar la presencia del Apache y de las turbias circunstancias en la muerte del Gavilán Migueleño, de igual manera el general se guarda lo que conoce del episodio, es imposible que no le hayan informado en detalle, habida cuenta de que los instigadores y perpetradores son gente bajo sus órdenes, y esta idea regresa a Clemen al estado de zozobra, hasta ganas tiene de pedirle al general si pueden hablar un rato a solas, quizá en el patio, para plantearle lo sucedido el viernes en la noche con el Apache, la inquietante advertencia recibida en el urinario de la Arena Metropolitana, esas llamadas telefónicas intimidatorias, las revelaciones de Yolanda sobre el ominoso presagio, decirle que una sombra lo cubre desde la muerte del luchador y quiere saber si hay

algo específico en contra de él, alguna desconfianza o sospecha que haya llevado a que la institución bajo sus órdenes lo mantenga bajo vigilancia, le parece muy raro que haya tantas coincidencias, podría ser que uno de sus oficiales le tenga animadversión y esté procediendo en su contra sin que él, el general, haya sido informado, por ejemplo, no le extrañaría que ese teniente de apellido Villacorta, celoso de su trabajo, sospeche que Clemen mantenga contacto con su padre, lo cual sería absolutamente descabellado, nada sabe sobre sus andanzas, o celoso de los cojones, sospeche que Clemen tenga un enredo con Blanca, cuando es él, ese oficial, el tal chele Villacorta, el que se encuentra a escondidas con ella, le consta, los vio por casualidad ayer en la mañana en Metrocentro, una cita furtiva a todas luces, ¿lo sabía usted, general?…

Asoma la sirvienta para decirle a Blanca que la comida está lista, servirá en cuanto la señora ordene. Clemen vuelve en sí, al sofá en el que está sentado, a los gestos de Blanca cuando les pregunta si ya quieren pasar a la mesa, a la voz de Esther que dice que se llevara su trago de vodka, a la expresión desdeñosa de Mayte, al general que bebe el poso del vaso de fresco de tamarindo y enseguida se pone de pie. Entonces tiene la impresión de que está viviendo una escena montada, que la súbita invitación al almuerzo, la inesperada presencia de Pío y su mujer, la campechanía del general, y todo lo que está sucediendo es parte de una escena montada con un propósito oculto, que le concierne, pero desconoce. Y cuando se encamina al comedor junto a los otros, mira con pasmo, procedente de la blanca pared, el destello de la infausta katana.

16

Con los tres vodkas que trae entre tetas y espalda, Esther no para de despotricar contra la tal Mayte a lo largo del camino de regreso a casa: esa mujer insoportable, más fea que pegarle a Cristo, y aburrida como una ostra, la jeta de espanto que puso cuando Esther le pidió a Blanca subirle el volumen a la cumbia que sonaba en el tocadiscos para echarse una bailadita, lo más normal en una reunión de amigos, luego de que ha bajado la comida, sacudir el cuerpo, convocar la alegría, pero la tal Mayte dale con que cómo iban a bailar ahí y a esa hora, por Dios, pobre Pío, haberse casado con ese esperpento, y él tan simpático y guapo. Y Esther no parará esa matraca hasta que el Austin Cooper entre en la cochera de casa, mientras Clemen conduce y responde con monosílabos, absorto, dividido entre la tranquilidad de haber superado la prueba de los cuernos en casa del general, tal como ha acontecido en todas las demás ocasiones semejantes, y la sospecha de que este hecho no borrará los sombríos presagios que lo han acechado en los últimos días, aunque anhela que todo vuelva a la normalidad, superstición natural en el hombre, creer que se puede regresar al pasado, pero también anhela un descanso, calcula que tendrá tiempo para echarse una siesta antes de salir a recoger al compañero Marticorena y dirigirse a la reunión del grupo de la colonia Centroamérica, que lo que fue una estratagema para despistar a

Blanca y a los presentes del porqué de su silencio, el levantarse de madrugada y no la zozobra, ahora, con el golpe noqueador de la tarde hirviente, se ha convertido en realidad, y la modorra apachurra su ánimo.

Pero no le será fácil lograr tal descanso. Fidelita lo recibe con la noticia de que la señora Marticorena ha llamado en tres ocasiones, muy alterada, que le urge la ayuda de Clemen, insistió en que le diera el número de teléfono donde él se encontraba, y aunque Fidelita le explicó varias veces que no podía darle el número porque lo ignoraba, necia la señora en su insistencia, y grosera, parece que el marido se le ha escapado. Clemen se aboca al teléfono; Esther refunfuña: «No es posible, niño. Tenés que descansar. ¡Es el colmo!». La señora de Marticorena está junto al aparato, ni duda cabe, porque levanta la bocina antes de que termine de sonar el primer timbrazo, y enseguida, sin siquiera saludar, comienza el lamento y la queja, que ese Juan José es un tal por cual, un ingrato, un infame, no hay otra manera de llamarlo, al menor descuido de ella se escapó y quién sabe dónde estará ahora emborrachándose el maldito. Clemen escucha a la mujer que, entre sollozos cada vez más intensos, cuenta que su marido se despertó al mediodía, zarandeado por la resaca, tembloroso y sediento, bebió una garrafa de agua, pero se negó a probar el caldo que ella le había preparado, luego tomó una ducha y dijo que ya se sentía mejor, pero que necesitaba urgentemente una Coca-Cola para rehidratarse, iría a comprarla, a lo que ella se opuso, le haría daño caminar bajo el solazo, mejor que las niñas fueran a la tienda, lo que él agradeció, y se sentó a ver la televisión como si ya estuviese tranquilo, el muy canalla, porque en un descuido, cuando ella tuvo que meterse al excusado, calladito se esfumó. Clemen quisiera sentir compasión por la mujer que llora desconsolada, pero está agotado, harto, y la

imagina mandona y grosera exigiéndole a Fidelita el número de teléfono donde él se encontraba, miserable la doña, y en vez de decirle que saldrá pronto hacia su casa para hacerle compañía en estos momentos tan difíciles, y también para contemplar con regocijo a las muchachonas, lo que masculla es que lamenta mucho lo que está sucediendo, pero nada puede hacerse hasta que Juan José reaparezca, y él debe salir ahora mismo hacia una reunión en la sede del grupo de la Centroamérica, que lo llame de inmediato cuando su marido regrese, el número de allá es 26-6925, anótelo, mientras tanto encomiéndese al Señor, y cuelga, con un rictus sardónico, porque se imagina al compañero Marticorena con peluca, vestido de mujer, con los labios pintados de rojo carmesí, más fea la pobre, pero libre y feliz. Deja descolgado el teléfono, por si a la mujer se le ocurre volver a llamar. Anuncia que tomará una siesta, se encierra en la habitación, baja las persianas, se pone el pijama y a los pocos instantes, sin necesidad de que le hagan piojitos, cae profundamente dormido, y sólo se oyen sus estridentes ronquidos y el sordo zumbido de las astas del ventilador que cuelga del techo…

Despierta hasta que Esther lo zarandea y lo conmina: «¡Te agarró la tarde, niño, despertá, no vas a llegar a tiempo a la reunión!». Y él, asustado, se incorpora, ve el reloj y salta de la cama. ¡Vaya babosada!, se fue de largo, tal sería su agotamiento, menos físico que emocional, es obvio, han sido dos días de todos los diablos, suficientes para que su reloj interno se quede sin cuerda. Apenas tendrá tiempo para lavarse la cara, cuando lo que necesita es una ducha fría que lo ponga en forma y un café fuerte. A los trancos se lanza al baño y, mientras se enjuaga el rostro y se cepilla los dientes, trata de recordar lo que soñaba, tiene la sensación de que era algo importante, pero es sabido que el despertar brusco evapora los sueños, no habrá manera de que algo aparezca en la oscuridad

de su memoria, ni tiempo para ello, que pronto está vestido y con el cigarrillo en la comisura, listo en apariencia, no en espíritu, pues una vez dentro del Austin Cooper padece una emoción desagradable, mezcla de miedo y rechazo, como la que solía tener cuando se preparaba para asistir a las primeras reuniones de AA, y el demonio del guaro le susurraba al oído para convencerlo de que no fuera, que él era capaz por sí mismo de controlar su forma de beber, que cómo era eso de que ya nunca se iba a tomar un trago, pero a diferencia de aquellas ocasiones en que el sentimiento dominante era la repulsión de ir a confesarse frente a un grupo de desconocidos, ahora el sentimiento que lo paraliza es una especie de pánico que le seca la boca. Palpa su bolsillo en busca de un caramelo, saborea la dulzura cítrica, se dice que sufre un agotamiento nervioso, no debe paralizarse, ya tendrá tiempo para descansar cuando termine la jornada, y con la subida del azúcar vuelve el ánimo, echa a andar el auto y enfila hacia la colonia Centroamérica.

Poco tráfico circula los domingos a esta hora de la tarde, si le mete al acelerador en menos de diez minutos estará llegando, raspadito, eso sí, lo que tampoco es tan importante, porque a Tony le toca coordinar la reunión, se van rotando cada domingo los miembros de la junta directiva, pero ahora debe concentrarse en conducir, no vaya a ser el tuerce, que hace un momento ha pegado un brusco frenazo al entrar a la calle a San Antonio Abad, aún va embotado, las siestas tardías y demasiado largas, en vez de vigorizar, amodorran, dejan una densa nube en la mente, tal es la sensación con la que Clemen entra a paso rápido a la sede, un par de minutos después de las 4.00 de la tarde, cuando Tony está iniciando la reunión, dando las protocolarias palabras de bienvenida, de soslayo mira a Clemen, seguramente preguntándose qué le habrá pasado que siempre llega el primero, en tanto que ahora se le ve

agitado, antes de tomar asiento se dirige a la mesa donde está la cafetera, y luego de servirse se sienta en la última fila, que el salón está lleno, al fin y al cabo es la reunión principal de la semana en la sede, unos treinta compañeros siguen las palabras de Tony, incluidos aquellos que recién se han incorporado y están muy nerviosos porque deberán dar el testimonio público de su enfermedad, y enseguida pide un minuto de silencio por la trágica muerte del compañero Ismael Villaseñor, nombre del conocido luchador el Gavilán Migueleño, un compañero muy querido, todos se ponen de pie, cabizbajos, y una vez pasan los sesenta segundos, se sientan y permanecen muy atentos a lo que dice el coordinador, menos Clemen, que oye pero no escucha, su mente saltarina va de allá para acá, y luego acullá, hasta que encuentra algo de lo que aferrarse, el almuerzo en casa del general, y entonces lo rebobina una y otra vez, no es posible que todo haya ido tan bien, alguna trampa debe de haber, pero para qué buscarle tres pies al gato, lo mejor es felicitarse porque salió incólume del embrollo, su mascarada aún funciona, los miedos de Blanca eran infundados, o más bien infundidos por el teniente de marras, y se repite que el hecho de que hayan invitado a Pío fue una bendición, en su fuero interno le da gracias al Cristo Negro de Esquipulas, su protector. Pero como la preocupación siempre encuentra hendiduras por donde filtrarse, enseguida está pensando en cómo abordará el suicidio del Gavilán Migueleño y el problema con el grupo de los luchadores en la sesión de la Junta Directiva que tendrá lugar después de esta a la que no pone atención, en la que Tony le cede la palabra al primero de los novicios que reconocerá en público los estragos que el alcoholismo ha causado en su vida. Y como un pensamiento siempre lleva al siguiente, que el fluir de la mente sólo la muerte detiene, Clemen imagina que la amenaza procedente del grupo de los luchadores y

policías es como una serpiente que se desliza rápida y sigilosa entre los pies de los presentes en busca de sus tobillos, y la sensación es tan fuerte que lo obliga a bajar la vista hacia el piso de baldosas, a tensionar las piernas como si debiera estar listo a alzarlas en cualquier momento, carajo, las tonterías a las que conduce el cansancio y el miedo, por ellas no escucha el testimonio del compañero, no logra ordenar sus ideas sobre la propuesta de Tony de disolver el grupo de los luchadores. Y así transcurre la reunión, fuera de su eje, sin aprehender lo inmediato que le rodea ni aterrizar en sí mismo, su caos interior es como una turbulencia que no cede pese al segundo café y que sólo disminuye más tarde, cuando la reunión concluye, los compañeros se ponen de pie y él cruza el salón hacia donde Tony conversa con Julio y Matías, también integrantes de la Junta Directiva. Les cuenta que el compañero Marticorena recayó, desde la noche anterior agarró la farra, regresó a su casa en la madrugada, enceguecido por los tragos, por lo que la mujer llamó a Clemen a esa ingrata hora y él tuvo que levantarse y salir a la carrera a atenderlo, hasta que lo dejó dormido bajo el cuidado de su esposa y sus hijas, pero a mediodía se les escapó, la mujer llamó fuera de sí y él también tuvo que darle atención, en fin, por eso ha llegado un poco tarde y no porque la siesta se le alargara.

Antes de meterse en la oficina con los otros directivos para la junta semanal, Clemen vuelve a la mesa donde está la cafetera a servirse la tercera taza, quizá está abusando, lo pagará en la noche cuando no pueda pegar los ojos, pero ya está ahí, rodeado de varios compañeros que se han quedado conversando, y uno de ellos, un chaparrito esmirriado con fino bigote, se acerca a saludarlo, se presenta como Simón Pérez, le dice que es nuevo, su primera vez, en la próxima reunión le tocará dar su testimonio, y le pide si pueden conversar un momento para contarle su caso, para que lo

aconseje. Clemen se disculpa, tiene que entrar de inmediato a la junta. ¿Quién es el compañero que lo recomendó para venir a este grupo?

—José Escamilla —dice el chaparrito.

Nada le dice el nombre a Clemen, pero su memoria no está en su mejor momento.

—Él es nuevo también. Sólo ha venido dos veces y hoy se le complicó. Por eso me recomendó hablar con usted. ¿Y si lo espero a que termine su junta?

Clemen iba a decirle que sí, cómo negarle la palabra a un compañero en busca de impulso y estímulo, pero en ese instante recuerda que debe pasar por donde la tía Berta antes de la cena, que muy a pecho se ha tomado la advertencia de Yolanda y, entre más pronto le hagan una limpia, mejor.

Le dice que lo lamenta, luego de la junta deberá salir a toda prisa a un compromiso familiar, pero aquí está el número telefónico de la sede, y le entrega una tarjetita, siempre hay alguien en la oficina al final de la tarde que lo puede poner en contacto con él. El chaparrito toma la tarjeta, le da las gracias y busca la salida, mientras Clemen se dirige a la oficina haciendo malabares con la taza, porque, descuidado de sí, la llenó hasta el borde, y también con un poco de culpa por no haber podido atender al compañero, su obligación moral, pero a decir verdad le produjo un sentimiento de desagrado, expele una vibración fea, mezcla de simulación y lambisconería… ¿Qué le pasa? ¿Desde cuándo recurre a esos juicios para evadir su responsabilidad?

Poco participa Clemen en la primera parte de la sesión. Tratan asuntos administrativos, la atención a los grupos locales establecidos en la capital, la coordinación con las sedes regionales a lo largo del país, el punto de los casos extremos y urgentes, como el del

compañero Marticorena, del que Clemen da parte, y por último lo sucedido al Gavilán Migueleño y el futuro del grupo de los luchadores. Clemen narra los sucesos acaecidos la noche del viernes, pero omite la amenaza personal del Apache, la insistencia en reclutar a la víctima como informante y policía, y el aciago presagio de Yolanda; lamenta contrito el no haber estado a tiempo para salvar al compañero, la pena que le causa el haber sido incapaz de prever la situación, la vergüenza de que un compañero bajo su cargo haya muerto en tales circunstancias, algo que siempre llevará a cuestas y que espera que nunca vuelva a suceder; los seis miembros de la Junta Directiva le dicen que no fue su culpa, una tragedia imprevista, lo acuerpan, lo apapachan. Luego de un respiro, Clemen les explica que el principal problema con el grupo de luchadores es que uno de sus integrantes es también detective político, y sus excompañeros de farra en la policía le tienen ojeriza al grupo, una actitud muy agresiva, como si haberlo convertido en abstemio fuese una traición. Tony plantea que lo más conveniente es disolver el grupo y que sus integrantes se incorporen a otros grupos de acuerdo con su lugar de residencia, que el mismo Clemen podría encargarse de reubicarlos, una propuesta con la que todos están de acuerdo, hasta Clemen, aunque se sienta dividido: una parte de él respira con alivio, el solo recuerdo del Vikingo le incomoda ya, y el del Apache, peor aún; pero a la otra parte le embarga una tristeza desoladora, cual si estuviese sufriendo una inconmensurable derrota. ¿Cómo se sentirá ahora cuando vaya a la Arena Metropolitana, con quién departirá tan amenamente su pasión por la lucha libre? Seguirá siendo amigo de Severino y de los otros, pero ya no será lo mismo.

Dan por finalizada la sesión. Mientras los compañeros se despiden, Clemen toma el teléfono para llamar a la tía Berta, quiere confirmar

que no haya visitas, en casa de Mama Licha siempre están entrando y saliendo familiares, sobre todo en domingo, algunos se quedan a almorzar, otros a la cena, mandan a comprar pupusas y tamales de elote, y él no quiere moros en la costa. La tía Berta alza la bocina: le dice que venga de una vez, que se deje de babosadas, aunque en el fondo él escucha voces y carcajadas, que solas las dos ancianas y la sirvienta no están, pero qué importa.

Clemen se despide de Tony y Matías, que se han quedado conversando en la oficina, y también del par de compañeros encargados de acomodar las sillas y dejar limpio y ordenado el local. Al salir a la calle, enciende el último cigarrillo, lo aspira profundamente y luego expele el humo con lentitud, mientras observa el celaje naranja que anuncia la caída de la noche y piensa que hoy se ha quitado dos pesos de encima, el miedo al general y el desagrado de tener que tratar con el Vikingo y su tenebroso compinche, sólo le hace falta que le hagan una limpia y la tranquilidad volverá. Por llegar tarde a la reunión tuvo que dejar el Austin Cooper a cuadra y media del local. Enfila por la avenida Izalco y, para su sorpresa, unos metros más adelante, apoyado en un auto, está el chaparrito esmirriado de fino bigote, ¿cuál era su nombre, carajo?, quien se incorpora, lo saluda, le dice que perdone su impertinencia, pero el consejo le urge, pueden hablar mientras lo acompaña un trecho, si no le molesta. Clemen lo mira con cansancio, pero asiente y el chaparrito se le empareja, dice que él siempre ha tenido mucho miedo a hablar en público, se le seca la boca, se paraliza, le pasó varias veces en el instituto, cuando estudiaba la secundaria, y se le cierra el estómago de sólo imaginar que deberá hacerlo ante tanta gente y que, además, tendrá que confesar las cosas feas que ha hecho en sus borracheras.

—¿Usted a qué se dedica, compañero? —inquiere Clemen.

Le dice que trabaja en el área de mantenimiento de la Dirección de Aduanas. Clemen tiene la corazonada de que este hombre finge, no sólo no dice la verdad, sino que actúa, no en balde él también fue actor en sus buenos tiempos, pero algo tiene que decir para quitárselo de encima, un consejo para cumplir su deber: «Lo más importante es tener fe en que hay una fuerza superior a nosotros que nos ayuda, que nos impulsa hacia adelante en los momentos difíciles, y también tener fe en los compañeros y en el grupo, confiar plenamente, saber que todos estamos juntos para ayudarnos…». En ese instante, Clemen oye unos pasos a su espalda, pero no alcanza a voltearse: un tremendo impacto lo golpea en la base del cráneo y cae de bruces, con la mirada fija en el vacío. No podrá contemplar su cuerpo tendido en la acera, la sangre que mana, los restos de masa encefálica, el cigarrillo humeante que cayó en el arriate; tampoco verá al chaparrito correr junto a un gordo zarco hacia el auto que los espera con el motor encendido unos metros más adelante.

EPÍLOGO

El asesinato de Clemente Aragón sacudió a la opinión pública salvadoreña. Hubo estupor, interrogantes y versiones diversas sobre los motivos de semejante hecho. Resultaba inexplicable que, en un clima extremadamente enrarecido por los acontecimientos políticos, fuera asesinado un destacado miembro de la sociedad salvadoreña sin ninguna filiación partidaria y que más bien se dedicaba a ayudar a personas víctimas del alcoholismo. El velorio fue apoteósico: centenares de ciudadanos —incluidas decenas de compañeros alcohólicos anónimos procedentes de diversos puntos del país— se hicieron presentes en la funeraria La Auxiliadora, y la fila para dar el pésame a los deudos y ver el féretro salía del edificio hasta la calle. Hubo quien dijera que el crimen fue como un catalizador de la tensión vivida por la ciudadanía en las últimas semanas a causa del zipizape electoral. Tal como lo pensó Clemen mientras fumaba en la caseta telefónica del parque Centenario su último viernes en la noche, se publicaron muchas esquelas mortuorias en los principales periódicos del país, algunas de ellas a página entera, como la del Canal 3, la de los AA y la de la Asociación de Medios Publicitarios. No le hubiera gustado saber, empero, que opacaron casi por completo a las del Gavilán Migueleño.

Esther Mira Brossa viuda de Aragón vivió muchos años luego del asesinato de su esposo. No regresó a Honduras, su tierra natal, pese a las súplicas de sus padres; tampoco se volvió a casar. Mujer de ideas fijas, de las que dicen «Este macho es mi mula» y no hay manera de bajarlas de ahí, siempre sostuvo que el asesinato de

Clemente fue una equivocación, lo confundieron con otra persona.

Brenda, la secretaria de Clemen, conmocionada por el hecho, pronto renunció a su empleo en el canal de televisión y fue contratada por la agencia de publicidad del Cusuco Lemus, el gran amigo de su antiguo jefe. El dueño del canal, Moris, el Borlaco, envió una gigantesca corona de flores al velorio de su empleado y amigo.

Pocos años después del crimen, el Chele Panameño cerró la Arena Metropolitana: los problemas laborales con los luchadores se complicaron, y éstos emigraron a un nuevo local que recién había abierto; otros salieron del país, como Severino, el famoso The Torment, quien, apenas unos días después del asesinato, aceptó una oferta para irse a luchar a Colombia, donde radicó varios años, aunque al final de su vida regresó a su México natal.

El Vikingo sobrevivió a un atentado perpetrado por la guerrilla en febrero de 1981, pero murió meses más tarde de un cáncer estomacal. Ese mismo año, el Apache fue ejecutado por un comando guerrillero; en su comunicado, la guerrilla lo acusó de haber torturado y asesinado a decenas de sindicalistas y militantes de izquierda en los sótanos de la policía. De los otros policías políticos no quedó registro, como si hubiesen sido sólo sombras en la historia.

La fortuna del teniente Villacorta tuvo otros vuelcos. Su ascenso en las filas de la inteligencia militar fue meteórico. Realizó cursos de especialización en Estados Unidos, Taiwán, Panamá y Argentina. Al regreso de uno de esos cursos, un comando guerrillero lo secuestró cuando llegaba a su casa. Ninguna organización armada se responsabilizó del hecho. Una versión decía que hubo infructuosas negociaciones con el ejército bajo la mesa para canjearlo por presos políticos de la izquierda; según otras versiones, la guerrilla sólo quería extraerle información y luego ejecutarlo. Nunca se supo nada más de él.

El general Dolores Aguirre se pronunció «conmocionado y dolido» por el asesinato de su amigo y guía en los AA, prometió que se capturaría a los criminales y les caería todo el peso de la ley. Tres meses después del hecho, el 1 de junio, con la entrada del nuevo gobierno, fue relevado de su cargo, junto a todos los jefes —muchos generales— que pertenecían a su promoción, y pasaron a retiro. Blanca padeció mucho con el crimen de Clemen, estuvo al lado de Esther durante el velorio y el entierro, y continuaron siendo las mejores amigas hasta el final de sus días.

El abogado Pío Fajardo siempre recordaría el almuerzo que disfrutaron las tres parejas en la casa del general Aguirre pocas horas antes del asesinato. Ninguno de ellos imaginó que ésa era la última ocasión en que conversaban con su amigo. Pío sostenía que la guerrilla comunista fue la responsable del crimen, perpetrado con el propósito de descarrilar el proceso que culminaría con la toma de posesión del coronel Molina. La hipótesis de Pío fue repetida por más de un columnista en los principales periódicos del país. Su amistad con Esther se estrechó y, contra lo esperado, la viuda y Mayte también se convirtieron en buenas amigas.

La suerte no acompañó al grupo de alcohólicos anónimos complotistas encabezados por el coronel Mincho Mejía. En la madrugada del 26 de marzo, un mes después del asesinato de Clemen, se lanzaron al asalto del poder desde las instalaciones de la Brigada de Artillería, bajo el mando de Mincho, y con el apoyo de la Primera Brigada de Infantería, también ubicada en la capital. Capturaron al presidente de la República, el general «Tapón» Sánchez Hernández, y formaron una Junta de Gobierno dirigida por Mincho y por el Flaco Pérez —que recibió el apoyo entusiasta del candidato presidencial de la alianza democratacristiana, Napoleón Duarte. Pero la policía, al mando del general Dolores Aguirre, y la

Guardia Nacional, al mando del general Gutiérrez, así como la plana mayor del Alto Mando de la Fuerza Armada, se opusieron al golpe, y con el apoyo de la aviación y de los destacamentos del interior del país, pusieron en fuga a los golpistas en menos de veinticuatro horas. La mayoría de éstos y sus simpatizantes —incluidos Mincho, el Flaco Pérez, Duarte y hasta el mismo Alberto Aragón— se refugiaron en sedes diplomáticas y salieron al exilio.

Años más tarde, en 1986, en plena guerra civil, el coronel Mejía, de baja militar y retirado de cualquier actividad política, regresó con su esposa al país. Unos días después, cuando viajaban en su picap en una carretera en las afueras de San Salvador, fueron emboscados por hombres desconocidos y murieron a causa de 86 impactos de balas. Nadie dudó de que la autoría era del ejército.

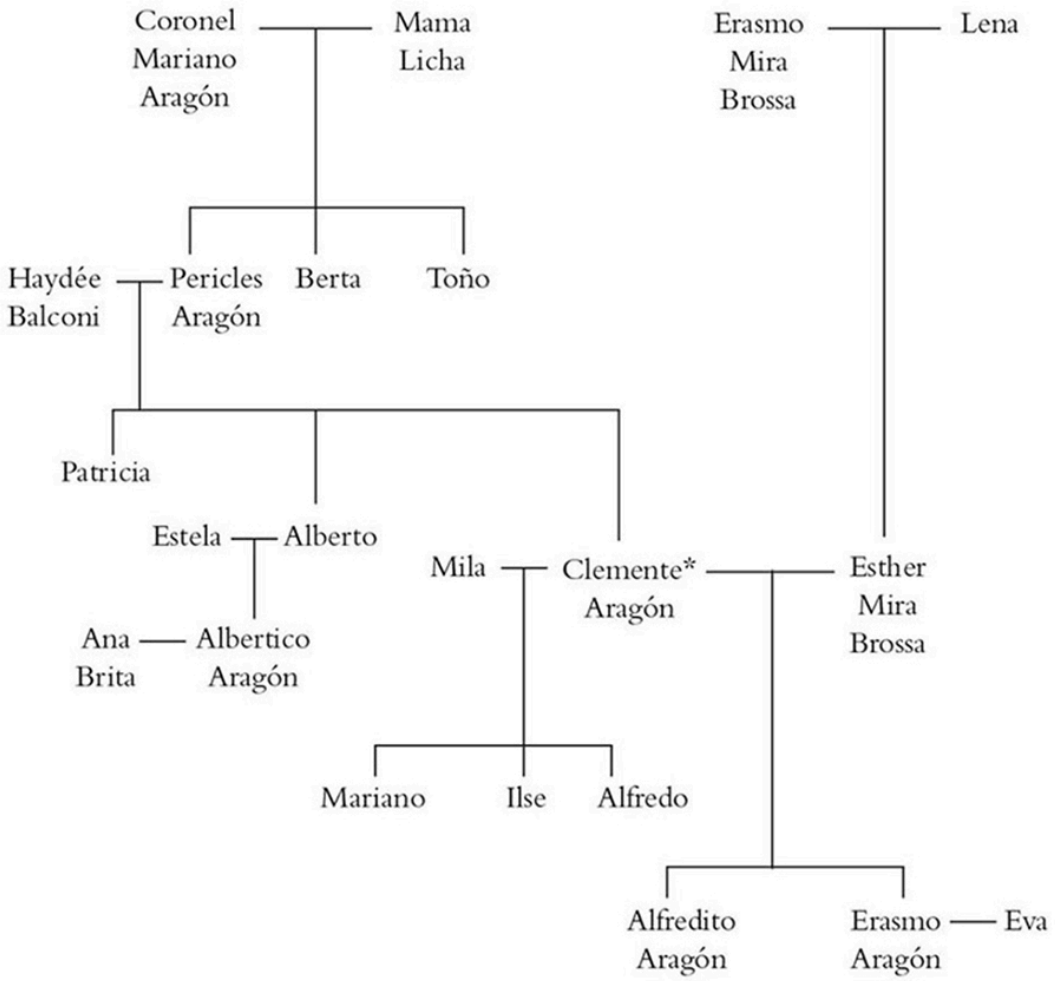
El Flaco Pérez fue más sagaz. Nunca regresó a El Salvador, sino que permaneció en México, país que le concedió asilo, hasta su muerte natural ya en la vejez. Decía que Mincho era un ingenuo, que sólo así se explicaba que, contra todo sentido común y los consejos de los amigos, regresara al país; y también decía que era un timorato, no se atrevió a cañonear los cuarteles de la policía y de la guardia para convertirlos en escombros. Otro pájaro les hubiera cantado si se hubiese atrevido.

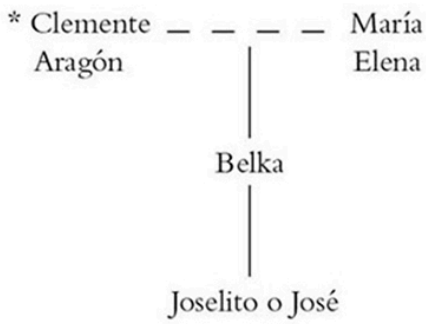
Según el Flaco Pérez, al compañero Clemente Aragón lo mataron los militares porque consideraban que era un «infiltrado de los golpistas», o porque creían que era un «lleva y trae», o porque les querían enviar un mensaje contundente para que se echaran atrás en sus planes de lanzar la asonada. Aseguraba que nunca nadie lo sabría.

Y, sí, el crimen quedó impune.

FAMILIA ARAGÓN

FAMILIA MIRA BROSSA



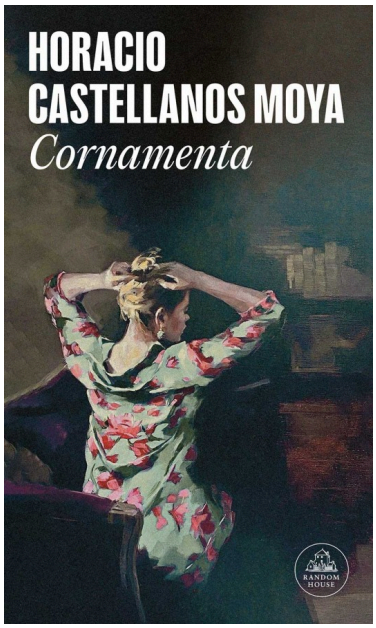


TÍTULOS DE LA SAGA ARAGÓN

Donde no estén ustedes
Desmoronamiento
Tirana memoria
La sirvienta y el luchador
El sueño del retorno
Moronga
El hombre amansado
Cornamenta

Después de *Moronga* y *El hombre amansado*, llega la nueva novela de Castellanos Moya. Una nueva pieza fundamental de la saga de la familia Aragón.

«Uno de los escritores más interesantes del panorama literario en español».
Eduardo Mendoza



Clemente Aragón no entiende por qué, siendo un hombre casado y con buena reputación en la sociedad salvadoreña, continúa enredándose con mujeres. Su aventura con Blanca, esposa de un general y buen amigo suyo, podría haberse filtrado. Anida ahora en Clemente una nueva sensación de paranoia, que se acrecienta con

unas misteriosas llamadas y el extraño suicidio de uno de los luchadores de lucha libre que asistía al grupo de Alcohólicos Anónimos que coordina. Es finales de febrero de 1972 y, después de que el gobierno militar de El Salvador cometiera un fraude electoral, el nombramiento de un nuevo presidente desata las protestas y una oleada de intrigas y conspiraciones. Clemente preferiría mantenerse al margen, pero los acontecimientos se precipitarán a lo largo de un fin de semana, mientras el destino de la familia Aragón se entrelaza con la deriva de una nación en medio de un conflicto inagotable.

A través de esta saga familiar brillantemente construida, Horacio Castellanos Moya explora la historia de violencia y caos de un país; una historia que recorre de forma indirecta con una prosa afilada y pulso tenso.

La crítica ha dicho:

«Castellanos Moya ha convertido la ansiedad en una forma de arte y en un acto de rebelión».
Natasha Wimmer, *The Nation*

«El instinto de Castellanos Moya por el humor marca también su trabajo: captura el absurdo *noir* que surge en los escenarios más mordaces o improbables».
The New York Review of Books

«Cada uno de los libros suyos que he leído es original y exigente a su manera. Su obra es política, pero íntima».
James Wood, *The New Yorker*

«A diferencia de tantos escritores que tratan la memoria, escritores que tienen fe en que pronunciar el horror de alguna manera lo silencia, Moya constantemente imposibilita esa opción. [...] En general, las novelas de Moya preguntan: ¿Cuál es el verdadero valor de la memoria?».
LA Review of Books

«Es uno de los escritores más auténticos de Centroamérica, capaz de trasladar a su ficción el ambiente de violencia que se ha respirado en El Salvador bajo formas que escapan a toda tradición y con una voluntad de estilo tan potente como original».
Diego Gándara, *La Razón*

«Horacio Castellanos Moya es un escritor experto [. . .]. Tiene instinto para narrar sucesos, maneja con habilidad las elipsis y utiliza un lenguaje dúctil, rico en matices y capaz de afrontar con solvencia cualquier modalidad discursiva».
Ricardo Senabre, *El Cultural*

Horacio Castellanos Moya es un escritor salvadoreño nacido en 1957, autor de catorce novelas y varios libros de relatos y ensayos. Su primera novela, *La diáspora* (1989), obtuvo el Premio Nacional otorgado por la Universidad Centroamericana (UCA) de El Salvador. Luego escribió *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador* (1997), novela que dio lugar a controversias y amenazas que lo obligaron a abandonar su país. Fue editor de diarios, revistas y agencias de prensa, principalmente en Ciudad de México, donde vivió trece años; también ha residido en Costa Rica, Guatemala, Canadá, España, Alemania y Japón. Actualmente reside en Estados Unidos y es profesor en la Universidad de Iowa. Ha sido traducido a quince idiomas, y entre sus últimas obras publicadas destacan las novelas *Moronga* (2018) y *El hombre amansado* (2022). El Gobierno chileno le otorgó el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas 2014 por el conjunto de su obra.



Primera edición: junio de 2025

© Horacio Castellanos Moya
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Laurence Bost

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4492-4

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cornamenta

Primera parte. Tarde y noche del viernes

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte. La jornada del sábado

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Tercera parte. Al fin el domingo

- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Epílogo
Títulos de la saga Aragón
Sobre este libro
Sobre Horacio Castellanos Moya
Créditos